



Escribir es
dibujar la silueta
= vibrante o difusa
DE UNA EXISTENCIA



Universidad
del Valle

Serie
Escrituras significativas en el Aula
*Escribir es dibujar la silueta,
vibrante o difusa,
de una existencia*

Volúmen I

Coordinación de este número:

Esperanza Arciniegas Lagos
Luis Emilio Mora Cortés

Profesores Escuela de Ciencias del Lenguaje
Universidad del Valle

Karla Klein
Candidata a grado en la Licenciatura en
Lenguas extranjeras de Univalle.



Cali, Colombia



Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Escuela de Ciencias del Lenguaje

Título: Escribir es dibujar la silueta, vibrante o difusa, de una existencia No 1

Coordinación del volumen:
Esperanza Arciniegas Lagos
Luis Emilio Mora Cortés
Karla Klein

ISBN 978-958-670-955-2
No 1. 2017

Rector de la Universidad del Valle: Edgar Varela
Vicerrectora Académica: Liliana Arias
Dirección Curricular: Claudia María Payan
Subdirección Curricular: Liliana Patricia Torres
Grupo de Investigación Leer, escribir y pensar
Directora del Grupo: Esperanza Arciniegas Lagos
Diseño de Carátula: Diana Carolina Gutiérrez A.
Corrección de Estilo:
Karla Klein
Diana Carolina Gutiérrez A.
Diagramación: Diana Carolina Gutiérrez A.

©Universidad del Valle DACA
©Comité Editorial:
Esperanza Arciniegas Lagos
Luis Emilio Mora
Profesores Universidad del Valle
Karla Klein
Candidata a grado en la Licenciatura en Lenguas Extranjeras de Univalle.
Ciudad Universitaria, Meléndez
A.A. 25360
Cali, Colombia

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

Cali, Colombia
2017

Contenido

Biografías

Música del corazón – Anónimo	Pág.10
A mil gramos de distancia – Anónimo	Pág.18
Y así empieza – Anónimo	Pág.23
Estirpe psicodélica – Karla Klein	Pág.26
Nostalgia Espiral – Jeniffer Rojas	Pág.42
Aforismo de sonatinas – Carolina Bonilla	Pág.49
Episodios – Miguel Ángel Martínez Caicedo	Pág.69
Momentos – Nathalia Serrano Reyes	Pág.75
Entre las nubes – Brenda Millán González	Pág.82
Recuerdos con itinerario – Nathaly Monedero	Pág.86
Rompecabezas – Adriana Alejandra Restrepo Orozco	Pág.94
Confesiones – Daniel Alejandro Sánchez Franco	Pág.99
En la vida se muere y se vive constantemente, lo importante es disfrutar cada momento – Anónimo	Pág.103
Experiencias que me condujeron a estudiar lo que estudio ahora donde lo estudio ahora – Aura maría Yepes	Pág.118
Un poco de mi – Andrea Mercado Calero	Pág.138

Contenido

Ensayos

El nuevo doctor frankenstein: comparación entre la construcción del monstruo de frankenstein y “el año del verano que nunca llegó”

Katherine Vásquez

Nathalia Serrano

Ángela Cordero

Pág.150

“El año del verano que nunca llegó” como exponente de la posmodernidad en la literatura colombiana.

Daniel Alejandro Sánchez

Angie Alejandra

Kimberly Vaca Muñoz

Pág.154

*Autobiografía, género intrigante, alabado por psicólogos y filósofos
y despreciado por algunos literatos, es, por el contrario, para quien la
realiza como ejercicio, lograr existir en todo el sentido de la palabra,
podríamos decir que por vez primera.
Es pasar a la conciencia.*

María Isabel Zamora
Lic. En Lenguas Extranjeras
Univalle

Escribir es
dibujar la silueta
= vibrante o difusa
DE UNA EXISTENCIA

BIOGRAFÍAS



Introducción

¿Qué es escribir y para qué sirve?

Son dos preguntas planteadas por cuanto estudiante ha pasado por el curso de Lenguaje y Creatividad, cuando, recién llegados a las aulas universitarias, descubren que deben darse a la tarea de escribir.

Los profesores Arciniegas y Mora llevan más de veinte años preparándolos para abandonar un miedo injustificado, transmitido desde tiempos antiguos en las escuelas tradicionales. Yo fui una de aquellas estudiantes temerosas, pues, a pesar de amar la poesía desde los ocho años, con sólo escuchar palabras como “ensayo” o “reseña” resonar en medio de esas aulas para mí inmensas y nuevas, se me iba toda inspiración.

8

Lo más común cuando uno tiene frente a sí el papel y en la mano el lápiz, es sentir que no sabe lo que quieren de uno. ¿Qué debería escribir? se plantea allí no una cuestión de identidad propia como autor, sino, contrariamente al ideal de libertad, una escritura complaciente, con, en su contenido poca reflexión auténtica, que seguramente aburre hasta a los mismos profesores.

Autobiografía, género intrigante, alabado por psicólogos y filósofos y despreciado por algunos literatos, es, por el contrario, para quien la realiza como ejercicio, lograr existir en todo el sentido de la palabra, podríamos decir que por vez primera. Es pasar a la conciencia. Escribir es dibujar la silueta, vibrante o difusa, de una existencia. Cuando ese alguien a quien damos vida es nada más y nada menos que sí mismo, la profundidad, el poder y los efectos de -con precisión o desparpajo, con poesía o humor-, trazar tal retrato, el propio, son imborrables.

Atreverse a decir quién soy, ponerse frente al espejo y enfrentar la imagen que tantos interrogantes plantea a pesar de habernos acompañado siempre, es tener valor. Una autobiografía es una auto-narrativa. ¿Seremos capaces de soltar el cuento, a voz en cuello o en secreto, pero sin poder ya quedar indiferentes ante esa voz muchas veces acallada?

Una vez emprendido el camino, no es tarea fácil. Lo primero que salta a la vista es que no se sabe a ciencia cierta quién se es exactamente, a

pesar de tener información de primera mano. El problema es que, para los amigos soy uno o una, para la familia otra, y aún para sí misma soy una, a veces en silencio, a veces en secreto. Entonces, ¿quién soy?

El siguiente paso y la solución es ir tras las huellas de una existencia con sus lados vividos a todo color, frescos aún con olores y todo, y de sus sombras y sus preguntas en el aire. Una existencia compleja, bella... en otras palabras multifacética. En resumidas cuentas, como yo soy, mía.

Es esa la clave de por qué es necesario permitir e impulsar la escritura en el aula, una de la que el estudiante se apropie. Una escritura significativa.

Los jóvenes que participaron en los cursos de Lenguaje y Creatividad dejan testimonio de su reflexión personal, auténtica y sentida. Basta con leer las páginas de sus relatos para percibir lo que debió significar para ellos construirlos. Al releerlos, se habrán seguramente sorprendido al reconocer una voz que por primera vez les es permitida y que resuena en estas páginas dándoles aún más el derecho de existir.

En un país que busca que todas las voces sean escuchadas como único camino hacia la paz, el presente libro es una luz de hacia dónde podemos encaminar la educación universitaria. Una en donde el pensamiento crítico, que es la semilla de la investigación, de la Ciencia y del Saber, acompañe a la enseñanza en lectura y escritura.

María Isabel Zamora Yusti
Licenciada en lenguas extranjeras, Universidad del Valle
Mención de honor, premio de investigación “Ciudad de la Autobiografía”. Italia, 2016.

Música del corazón

Anónimo

“Miro al cielo y puedo encontrar la inmensidad de tu amor, puedo respirar tu aire, y escuchar el murmullo de tu dulce voz. Tocas mi interior, y llenas de magia todo mi ser, vivo en un cuento de hadas del que no sé si despertaré. Sueño contigo, vivo por ti, y sé que a tu lado soy demasiado feliz; mi vida es una nota musical de la que tú puedes crear muchas melodías, tú me inspiras cada día para seguir; te escucho en todo mi ser: eres el latido, la “música del corazón”

Annie.

EPISODIO I

Dulce despertar

10

Abrí mis ojos, era una mañana soleada en la que el sol brillaba en medio de las montañas, y las nubes cubrían el cielo como copos de algodón. Yo era gordita y alta para la edad de 8 años, y me caracterizaba por ser muy respetuosa y amable con los demás. Ese día me desperté muy temprano. Recuerdo que tenía una pijama rosada, el cabello recogido y aquellos aretes de oro que me acompañaban desde que nací. Me levanté de la cama, abrí mi puerta y caminé por un pasillo para ir a la pieza de mi mamá Claudia. Era el primer día de colegio y yo entraba a segundo grado, así que mi mami me dio un besito de buenos días y fue a prepararme el desayuno, mientras yo me recosté en su cama a ver *“Dora La Exploradora”*. Recuerdo que las paredes de mi casa eran blancas, había un gran armario donde había libros y, en medio, estaba el televisor, ese al que alguna vez le eché agua con mi hermano Sebas y con mi prima Luisa porque queríamos “lavarlo”. La cama estaba en frente del televisor, y a cada lado de la cama había un nochero.

Mi mami ese día me preparó un delicioso desayuno con una porción de cereal, un vaso de leche y un sándwich. Una vez hube

terminado el desayuno, fui a ducharme al baño que quedaba en el pasillo para llegar a la cocina. Tenía la costumbre de cantar cuando estaba en la ducha... Bueno, de hecho todavía lo sigo haciendo. Salí del baño y mi mami me ayudó a vestir, me puso esa blusita con un bolsillito en donde estaba el logo del colegio; esa jardinera que jamás podré olvidar y que era gris, uno de mis colores favoritos; esas medias blancas y aquellos hermosos zapatos negros... ¡Cuánto quisiera devolver aquellos tiempos, así fuera tan sólo por un momento! Aunque ahora me río de los peinados que me hacía mi mamá, eran realmente lindos.

Tan pronto como mi mamá terminó de vestirme, peinarme y guardarme los libros en mi maletín, salimos para mi colegio ubicado exactamente a dos cuadras de mi casa; estaba construido en ladrillo limpio y era de tres pisos, y me parecía muy bonito. Al llegar, me despedí de mi mamá y saludé a Don Luis, el señor que siempre estaba al cuidado de la puerta. Una vez adentro, me sentí un poco asustada y nerviosa, así que me permanecí de pie en el patio, justo en frente de la tarima, esperando el sonido del timbre para hacer la fila en compañía de mi profesora correspondiente. El profesor Harold tocó el timbre, y fui de inmediato a buscar a mi profesora, Janeth Córdoba, quien era trigueña, de cabello ondulado, estatura media y una linda sonrisa. Ella nos llamó a lista en cuanto sonó el timbre y luego nos dirigimos al salón que era grande, y estaba ubicado en el primer piso cerca de la rectoría, a unos veinte pasos. Las paredes eran azules y el tablero verde, puesto que en ese tiempo todavía se utilizaban las tizas. Y En cuanto llegamos, busqué un asiento cerca de Diego, un niño que me hacía sentir maripositas en la barriguita porque me parecía muy lindo, y tan sólo con mirarlo me hacía suspirar. Era más bajito que yo, tenía la piel blanca, los ojos verdes, el cabello castaño claro y se peinaba con los pelitos parados. Había cursado el año anterior conmigo, y estaba acostumbrado a que yo le mandara dulces y cartas de amor. Pero así como tenía en el colegio un “amor platónico”, también tenía unas cuantas

enemigas, ya que también les gustaba el mismo niño que a mí, pero la verdad, yo no les ponía atención ni a Stephanie ni a Paola. La primera tenía el pelo largo y castaño claro, era delgada y muy bonita, mientras que la otra niña tenía el cabello negro y corto, era bajita y gordita, y tenía una hermana en tercero llamada Andrea, a la que yo le tenía miedo porque cuando yo estaba en primero, ellas intentaron ahorcarnos a mi prima Luisa y a mí por gustarnos el mismo niño que a ellas.

Pasó el tiempo y llegó marzo, mes en el que se elegía a la reina del salón, así que aproveché la oportunidad y me postulé. Como era tan buena estudiante, la profesora Janeth decidió que yo representaría el grado segundo cuatro. ¡Mi alegría fue tan inmensa al saber que sería candidata para el reinado del colegio! Y ese mismo día escogieron a mi edecán, pero por mi mente nunca pasó que esa persona fuera a ser Diego. Sin embargo, mi dicha duró poco porque a él le dio tanta pena que no aceptó, entonces me asignaron como edecán a José Luis, quien era trigueño, de pelo liso y castaño. Él era muy amable conmigo y sentía algo muy especial por mí, pero a mí no me interesaba, así que ignoré su comportamiento cursi para conmigo. Ese mismo día, en cuanto la profe me dijo que participaría en el reinado, esperé ansiosamente la hora de la salida del colegio. Le conté a mi mamá y a mi abuela, quienes se pusieron muy felices y empezaron a buscar el modelo de mi vestido porque, eso sí, tenía que ser la más hermosa del colegio para ganar el reinado, algo que nunca sucedió. En la prueba de talento hice el oso más grande de mi vida, ya que le avisé a mi mamá que debía hacer una mímica sólo con un día de anticipación, y ella, por el afán y la desesperación, llamó a una emisora y pidió una canción de JLO, y en cuanto se la pusieron, la grabó en un casete, mientras mi abuela me hacía el vestuario. Al momento de la prueba de talento, el baile y la mímica que iba a hacer se me habían olvidado, pero al final pude defenderme improvisando. Ese momento nunca lo podré olvidar, pues aunque han pasado los

años, mi mamá continua viendo el video en el que hice el oso más grande de toda mi vida, ¡qué vergüenza!

“No obstante, puedo decir que realmente hay momentos que marcan la vida de nosotros los seres humanos, siendo, nuestro más grande anhelo en la niñez, jugar y divertirnos al lado de nuestros seres queridos. Y esos momentos, por más que deseemos devolver el tiempo, sólo los podremos revivir por medio de los recuerdos que, al pasar por nuestra mente, evocan nostalgia pero también magia”.

Annie.

EPISODIO II

Wake up!, no todo es un cuento de hadas

La noche del 31 de diciembre del año 2006 estaba triste, llorando en el baño de la habitación de mis padres. Me miraba al espejo y no encontraba el porqué de mi tristeza. Por mis mejillas corrían las lágrimas, un profundo dolor inundaba mi dulce corazón, la soledad había inundado mi alma, y ni mis padres ni mi hermano estaban en la casa porque habían decidido ir a visitar a los tíos, así que me quedé sola. Yo estaba experimentando una depresión que en los últimos años se había despertado debido a tantas cosas que hacían más y más grande mi tristeza. Me senté al lado de la puerta del baño y empecé a observar todo a mi alrededor, pero lo que veía era el desierto en mi interior, y vino algo a mi mente y a mi corazón: mis vacíos necesitaban ser llenados por alguien que cambiara mi vida para siempre. Y así, el tiempo fue pasando y llegaron muchas noticias a mi vida, las cuales nunca podré clasificar ni como buenas ni como malas. En marzo del año 2007, unos días después de mi cumpleaños, mi mamá viajó a los Estados Unidos, el país del “sueño americano”, pues necesitaba comprar algunos implementos para su negocio de fotografía, así que mi papá la envió por tres meses. Sin embargo, mis padres tenían muchos problemas, tanto así que mi mamá estaba decidida a quedarse en los Estados Unidos. Fue entonces cuando me empecé a dar cuenta de que yo vivía en una realidad

ficticia, creyendo que en mi familia había una gran felicidad, una felicidad que se esfumaba con el viento. Aún así, hoy en día puedo sentirme muy feliz al recordar aquella situación, pues a raíz de ésta sucedieron cosas de gran bendición tanto para mí como para mi familia. Mi papá conoció de Dios y aprendimos como familia a dejar todo en manos de nuestro Padre Celestial. Finalmente, mi mamá regresó a Colombia un mes antes de lo previsto, y como en ese mes mi hermanito cumplía años, le hicieron una gran fiesta en Jenó's Pizza. Pero aún había mucha tensión en mi familia, y ya las cosas no eran igual entre mis padres, y a mi hermano y a mí nos entristecía mucho esta situación. Unos días después, mis padres decidieron que iríamos a vivir a los Estados Unidos. Mi hermano y yo recibimos la noticia con mucha alegría, aunque ello implicaría dejar atrás muchas cosas de nuestra vida como el colegio, el trabajo, la familia, y la alegría y la tranquilidad de vivir en nuestro país.

El 2 de julio de 2007 tomamos un avión rumbo a Miami Florida. La verdad, estaba muy emocionada ya que hacía cinco años no iba a los Estados Unidos. No obstante, la relación entre mis padres, aun estando tan lejos de nuestro país, no cambió por lo menos al principio. Ellos y mi hermano se quedaron en la casa de Luis, mientras que yo me quedé en la casa de Giselle, mi mejor amiga, por 2 meses aproximadamente. Después conseguimos un apartamento en la ciudad de Tamarac donde vivimos por un año y medio, hasta que nos regresamos a Colombia. Pero debo confesar que al estar en los Estados Unidos, Dios me formó a mí y a mi familia, pues aunque nos vimos en situaciones difíciles, Él fue grande y restauró nuestras vidas. La situación con mis padres no cambiaba y eso me hacía sentir muy triste. Por ejemplo, un día mi mamá llegó con unas flores a la casa, lo que causó mucho revuelo en mi padre, pues a su mente vino la idea de que aquellas flores habían sido obsequiadas por alguien más. Esa noche yo estaba sentada sobre un sofá verde con flores, solamente escuchando la discusión entre mis padres, y como yo

Llevaba la Biblia conmigo, Dios tocó mi corazón y vino a mi mente una gran idea: hacer una carta bíblica, dándoles consejos. Puedo decir que ésta es una de las cosas más grandes e importantes que he hecho en mi vida, pues tuve el coraje para tratar de solucionar esa situación entre mis padres. Ese día me acosté un poco más tarde de lo acostumbrado, terminé la carta y la dejé en un lugar en el que sabía que mis padres la podían coger y leerla. Al día siguiente, después de haber llegado del colegio, y estando todos reunidos en la casa, tocamos el tema de la carta.

Si no hubiese sido por esa idea del Señor, mis padres el día de hoy no estuviesen juntos. No recuerdo muy bien lo que escribí en aquella carta, lo único que sé es que esas palabras llegaron hasta lo más profundo de sus corazones y hubo una solución al problema que llevaba tantos años. Ese día mi hermano y yo nos sentimos muy felices y agradecidos con Dios. Ya todo andaba bien en mi familia, compartíamos más tiempo juntos, no discutíamos y estábamos muy interesados en las cosas de Dios. Admito que extraño la vida en los Estados Unidos, puesto que fue fácil acostumbrarme al nuevo estilo de vida, además de tener experiencias totalmente nuevas para mí. El apartamento en el que vivíamos era muy lindo, quedaba ubicado en un área donde vivían personas mayores de edad, por lo tanto todo era silencioso. Estaba rodeado de un campus de golf, y a diez cuadras quedaba la biblioteca. El apartamento quedaba en el último piso o sea el tercer piso; tenía dos alcobas, dos baños, una cocina muy bonita, un balcón muy grande y la sala y el comedor estaban juntos. Y, ¿cómo olvidar mi colegio Nova High School que era hermoso? Pero lo que más me enamoró fue las personas que siempre estaban con una sonrisa.

El corazón se me estremece al evocar tantos recuerdos de experiencias vividas que me hicieron tan fuerte, recuerdos que algunas veces llenan mi vida de tristeza pero también de alegría. Con nostalgia recuerdo a mis amigos, esos de los que nunca

me hubiera querido ir de su lado, y desearía tan sólo devolver el tiempo así fuera un segundo para volver a abrazarlos y a molestarlos como solía hacerlo todos los días al llegar al colegio, o simplemente para tener la oportunidad de decirle a ese alguien cuanto lo quería, mandándole cosas cursi como siempre solía hacerlo. Pero me siento muy feliz y agradecida con Papito Dios por su gran amor para conmigo y mi familia. Aunque al principio fue duro aceptar aquella situación llena de tantos altibajos, sé que esa fue su perfecta voluntad.

“Muchas veces nos preguntamos el porqué de las cosas, olvidando que hay alguien que lleva el control de nuestras vidas. Cuando tú y yo hacemos las cosas según nuestra voluntad, eso nos traerá sólo cansancio, pero si descasamos en las manos de nuestro Padre que está en los cielos, Él se encargará de cumplir cada una de las peticiones de nuestros corazoncitos, y eso que alguna vez deseamos, será concedido mejor de lo que esperábamos. Es difícil desprenderse, es difícil afrontar circunstancias en las que sabemos qué así como podemos ganar, también podemos perder, pero lo más importante es que no perdamos la fe.

Cree y espera porque hay alguien que te conoce, que te ama y que quiere lo mejor para ti. Ese alguien se llama Jesús.”

Annie.

EPISODIO III

Música del corazón

*“Nada es fácil en la vida. Tenemos que pasar por pruebas para entender el verdadero valor de las cosas”
Hoy quiero cantarte, que me hables al corazón;
Sé que he pasado por cosas difíciles, pero solo me basta tu gran amor.
Eres mi único motivo, eres la única razón;
En ti solo confío, eres mi Rey y mi Señor.
Esta melodía que sale de mi corazón
Pronuncia Tu gran amor,
Las cosas que hiciste, haces y harás por mí.
¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti?
Y fuera de Ti no deseo nada más en la tierra.*

Annie.

Empezó otro año, lleno de nuevas expectativas, motivaciones y sueños. No había podido superar mi llegada de nuevo a Colombia, pero sabía que esa era la voluntad de Dios. Sin embargo, había un problemita, y es que no quería salir de mi casa. Un día mis padres me llevaron a la iglesia y, aunque me sentía deprimida y confundida, decidí ir. Ese día nunca me imaginé que, además de encontrarme con Papito Dios, conocería a alguien que pondría a latir mi corazón:

Te vi aquel día... Recuerdo muy bien que ese día desde que te vi por primera vez, sabía que eras para mí, y que eras esa persona que Papito Dios había puesto en mi camino. ¡Te esperé tanto tiempo!, y cuando menos lo imaginé, llegaste tú lleno de la gracia y del amor de Dios. Fue así como te conocí ese día. Mi vida es una bendición y la tuya también querido amiguito. Sé que estás leyendo una partecita de mi vida, y quiero decirte que nunca desfallezcas, cree en Dios y espera en Él.

¡He afrontado tantas situaciones! Tuve que pasar por muchas pruebas que me sacaron lágrimas, ya que muchas personas me juzgaron y quisieron pisotearme, pero te puedo decir que aunque muchas veces sentí que no podía seguir, Papito Dios siempre estuvo ahí para levantarme y decirme: “hija, tú puedes, no te rindas. Si crees en mí, todo lo haré posible. Yo conozco tu corazón y se cómo eres, y sé que me amas”.

A pesar de que perdí algunas cosas, sé que gané muchas otras más. Sé indudablemente que hay alguien que me ama y que siempre está a mi lado. Lo amo con todo mi ser, mi alma y mi corazón. ¡Su nombre es Jesús!

A esta hora he llegado, en este tiempo nací; en tus propósitos eternos yo me vi, que para esta hora he llegado, y aunque me ha costado creer, entre sus planes me encontré. Ha sido largo el viaje, pero al fin llegué... **The End.**

A mil gramos de distancia

Anónimo

18

Eran bien entrados los 80's... Dos jóvenes profesores casados, ella embarazada... Son ciudadanos pero en su apariencia ya no queda rastro de ello, porque el almizcle y el hollín le han cedido el paso al olor de los árboles añejos, a las hojas podridas y al gemido enigmático una selva llena de grandes misterios, de soledad y de un sinfín de gigantes verdes que impiden ver el firmamento, y que tienen raíces muy profundas... pero nada de eso puede desarraigar los anhelos y los sueños más profundos de la pareja. Ella tiene 5 meses de embarazo pero no quieren que su hijo nazca ahí. Son muchas las vicisitudes que han afrontado, cuantiosas las veces que han escapado, varias las balas que han decepcionado, numerosos los días sin probar bocado, y muchas las veces que los ojos de la muerte han visto. Los indios están cansados de ellos, dicen que saben mucho y que ellos solamente quieren aprender a sumar, a restar y a leer. Le dicen al sacerdote (que va una vez al mes a dar misa) que si no se los lleva, los van a matar. Ellos aparentan estar bien pero la realidad es otra, ya que los días son tensos porque los indios cumplen lo que dicen, y desde hace varios años los barqueros que atraviesan el río no se arriman a la orilla porque les da miedo, pues ya son muchas las tripulaciones que han sido asesinadas y saqueadas, y nadie quiere ser el siguiente.

Por fin, después de una semana se hace efectivo el traslado, y el nuevo profesor es asesinado a los 2 días de llegar... le arrancaron la lengua y la pusieron sobre su tumba. La pareja ya no soporta más la situación y deciden abandonar la selva para siempre, pero... una enviada de Satanás les ofrece algo, un negocio brillante, transportar mil gramos de cocaína pura hasta el centro del país. Él está reacio, pero ella es más temeraria y, a pesar de su estado, lo convence para que acepte el negocio. Ellos deben recoger el encargo, transportarlo y entregarlo. "Parece fácil", piensan ellos, y así empiezan su travesía.

Ahora ella tiene 6 meses de embarazo y mucho miedo. Tienen que esperar un camión de gaseosa, y cuando lo ven llegar se acercan y le dicen la contraseña al conductor. En medio de la tensión, reciben un paquete y se van. Alguien les dijo que una buena idea era envolver la droga y meterla en las llantas de la moto. Él, muy ingenuo, lo hace siguiendo cada una de las instrucciones recibidas. Al otro día, temprano en la mañana, parten pero nada más al andar unos 30 km, el olor es insoportable. La heroína ha tomado la textura como de una crema, y a medida que las ruedas giran, un líquido salpica el motor, mientras que el miedo y el desespero se apropia de cada uno de ellos y no saben qué hacer. Entonces, ven un río y se dirigen a él, y en medio del desasosiego intentan lavar la moto con agua; él le quita las llantas, raspa el plástico lleno de cocaína derretida y lo empaca de forma diferente. Ahora la mujer lo llevará alrededor de su vientre, así que siguen su camino pero el olor es imposible de esconder, pero milagrosamente llegan al 30% de su recorrido sin ser detenidos ni una sola vez.

Se ha hecho de noche y deciden parar en un pueblo para descansar. Buscan un hotel y se hospedan, y tanto el pánico como olor a heroína también son invitados esta noche; quien los atiende les lanza una mirada inusual pero guarda silencio. El olor ha impregnado cada pasillo de aquel hotel y ellos ya no saben qué hacer. Él decide lavar la moto con kerosene para arrancar la pestilencia, y buscan bolsas nuevas para guardar su pecado. La noche se hace larga, el tiempo se dilata en la impaciencia que los agobia pero nadie dice nada. Él no puede conciliar el sueño, siente que algo anda mal en ese macabro lugar, y durante toda la noche una voz le recomienda que se vayan. Ya hacia las 3:30 de la mañana él rompe su silencio: “¡vámonos ya!”, exclama e, inmediatamente, ambos salen de la cama. Con precaución dejan la habitación esperando que nadie los vea, y se marchan del hotel, pero tan pronto encienden la moto se escuchan muchos disparos en el hotel y una puerta es derribada; él acelera tan

rápido como puede, mas al doblar por la esquina observan que hay tres motos a la entrada del lugar, son policías pero no de los buenos. Alguien les dijo lo que había ocurrido, y que esos policías habían venido para matarlos y apoderarse de la droga. Él continúa acelerando porque sabe que las cosas no se van a quedar así.

La adrenalina inunda sus cuerpos y todo se hace lento; sienten que no pueden ir más rápido, que una fuerza los ralentiza aunque vayan a máxima velocidad, que cada segundo sujeta con más firmeza la dirección, que la mano y el acelerador se han fundido en uno solo, haciéndose casi imposible advertir dónde termina el hombre y dónde comienza la máquina; cada cambio es llevado al máximo de revoluciones, él revisa su retrovisor constantemente pero no ve ningún reflejo, la lluvia empieza a caer sobre ellos y cada gota de agua se mezcla con el sudor de sus cuerpos, vuelve a mirar una vez más el retrovisor y encuentra lo que no quería pero esperaba: en su espejo se refleja la luz de una moto montada por dos hombres, la competencia es por la vida y no piensan ceder; la lluvia de la oscura madrugada sigue cayendo sobre el solitario y silencioso camino, y solo el sonido de dos motores rugiendo con furia hacen huir la calma de allí; con la carretera mojada, cada curva es un riesgo y un reto por afrontar, por momentos siente que pierde el control, que tanto moto, como vida y amor se deslizan de sus manos, pero algo o alguien lo sujeta, anula la fuerza de gravedad y endereza su camino. De repente, en una curva y sin aviso, los persecutores se desdibujan en un segundo de su espejo, él gira su cabeza hacia atrás y en el instante se estrellan violentamente contra un árbol, y por los aires salen proyectados sus cuerpos y la moto. Es la primera vez que un accidente trae alivio y descanso, la paz libera su manto sobre ellos y el sosiego es indescriptible.

El largo camino los ha llevado al supuesto lugar donde dejarían la raíz de sus males, es una pequeña finca aislada, junto a una

carreterita polvorienta. No obstante, una vez allí, las cosas no parecen ir mejor y los moradores de ese lugar no parecen ser felices. Ellos sólo quieren su dinero y marcharse, así que preguntan por el hombre en cuestión (desde este punto lo llamaremos Eurquidi) y sale a su encuentro, pero lo que Eurquidi les dice es diferente a sus planes: “hay que ir a vender la droga al pueblo que queda como a 9 km”. Repentinamente, la paz que sintieron se va. “Esto parece que no va a terminar nunca”, piensan ellos, y le responden: “¿quééé?!, pero si ese no era el trato”, responde él exaltado. “¡Usted verá!, pero ahí también está mi parte”, dice Eurquidi mientras un tono amenazante impregna su voz... después de todo, esa clase de gente no son hermanitas de la caridad, por tanto la desesperanza otra vez hace acto de presencia y, en medio de tanto desaliento y después de un suspiro, de su boca se escapa un sincero “¡vida hijue..., vamos pues!”.

“Algo no anda bien”, revive la voz en sus mentes. Él y el extraño Eurquidi se dirigen al pueblo mientras ella se queda en la casucha con sus otros ocupantes. En el camino él le cuenta lo sucedido en el hotel y Eurquidi le hace saber que los que fueron por ellos eran policías. Hasta este momento, él no sabía quiénes eran sus perseguidores y le parece sospechoso que Eurquidi lo sepa. Sin embargo, no dice nada y guarda silencio pero en su mente sabe que eso no es normal, no puede ser ni paranoia ni una exageración de su mente, como tampoco una simple casualidad. Desde ese momento siguen todo el recorrido en silencio. Finalmente llegan al lugar donde esta vez sí les darán el dinero, es una casa a las afueras del pueblo en la que tampoco parece que haya vecinos cerca. “Espérame aquí”, dice el andrajoso Eurquidi. Mientras tanto, en la casucha se respira tensión, nadie dice palabra, sus formas de actuar no parecen normales y al fondo se escuchan susurros. Ella, estando en la otra casa, también tiene esa vocecilla en su mente que le dice que se vaya, entonces pide prestado el baño que está afuera, sale de la

casa y cierra la puerta detrás de sí; entra al baño y lo decide, sale corriendo por la parte de atrás de la casa que es puro monte, corre tan rápido como puede, como nunca antes en su vida había corrido ... en tanto, en el pueblo, él trata de ver qué pasa adentro de ese lugar, y en medio de las cortinas que obstruyen su visión puede ver que alguien saca un arma... sus ojos se abren sorprendidos, sus pupilas se dilatan y su respiración se detiene, mientras se pregunta a sí mismo: “¿un arma? ¿Por qué un arma? ¿Para qué un arma? ¿Yo no tengo ningún arma?” En ese mismo instante la voz de Eurquidi resuena desde el interior de la casa: “¡ENTREEE!”; pero él decide que no y se dirige con prisa a su moto con su maleta entre sus manos; monta la moto, le da la patada y no enciende; una vez y otra vez intenta encenderla pero como si fuera una broma del destino, su fiel acompañante se reusa a encender. La voz de Eurquidi se vuelve a escuchar desde el interior pidiéndole que entre, y justo en ese momento de desesperación mira la llave de encendido, había olvidado girarla, así que nuevamente lo intenta, y esta vez sí enciende y se marcha. Inmediatamente, los hombres salen de la casa y le disparan a discreción, pero por suerte ningún tiro da en el blanco. Ahora en su mente, mientras huye, sólo está su amada, tiene que ir por ella, así que hace mil promesas a la de Jesús que si los saca de ésta con vida, no lo vuelve a hacer jamás. Todavía está en camino cuando en medio de la vía polvorosa aparece la más hermosa de todas, vestida de blanco como si fuera una aparición... ¡tan bella como siempre la recuerda! Entonces la recoge y se van de allí para siempre. En medio del camino se deshacen de ese imán de desgracias; han perdido su dinero pero no su vida ni su libertad; han perdido inocencia pero han ganado experiencia, y perdieron mil gramos de heroína, pero todavía les queda un millón de sueños y...

...Y así empieza

Anónimo

... una vida, mi vida. No me gusta hablar de ella, pero quiero ser honesto con lo que escribo. No quiero hacer un texto que impresione, ni mostrar una personalidad que no tengo; es absurdo leer el escrito de alguien “profundo” y no poderlo identificar en persona porque es otro completamente diferente. Tratando de ser fiel a ello, intentaré hablar de mi vida de la forma más cómoda posible tanto para mí como para el que lee. Mis padres, protagonistas del relato anterior, después de los acontecimientos ocurridos recibieron una llamada ofreciéndoles que llevaran 10 kg, con la garantía de que esta vez sería diferente, pero recordando su promesa, se negaron sin vacilación alguna.

Soy normal, tan normal como todos pero mi vida se vio influenciada por la de mis padres. Mi papá fue sacerdote, alcalde, portero del Quindío, biólogo del I.C.A. (Instituto Colombiano Agropecuario), banquero, profesor, harlista, incluso trabajó en Bavaria pero en todo renunciaba. Mi mamá por su parte fue primero monja y luego rectora del máximo nivel que existe, y fue allí donde conoció a mi papá. Justo cuando estaban a punto de separarse conocieron del señor Jesucristo. Tal vez para muchos eso de la religión no funciona, sea una mentira, o simplemente una mierda, pero para mí sí fue algo verdadero porque Cristo llegó a nuestro hogar y transformó nuestras vidas. Después de unos años de conocer del Señor Jesucristo, mis padres se volvieron misioneros cristianos y por esa razón he vivido en muchas partes. Nací en Bogotá, pero hice la primaria en Roldanillo Valle donde sentí, por primera vez, lo que era enfrentar el mundo solo. En mi primer día en el kínder, estando en la entrada, no paraba de llorar hasta que un amigo me dijo que no llorara más, que mejor fuéramos a jugar; mi aflicción se fue solo un par de minutos para luego volver. Creo que era el niño más llorón y cobarde de toda la escuela, pero las profesoras eran amables y amistosas, e intentaban darme consuelo aunque

de forma infructuosa porque yo solo quería irme, y fui tan llorón que mi papá me retiró. Meses después entré a un nuevo kínder, pero esta vez con mi hermano, mi mejor amigo del colegio y de la vida. Cuando él llegó ya no me sentí solo, era lo que esperaba para sentirme bien; andábamos juntos para arriba y para abajo, y fue una amistad que se estrechó en todo aspecto: en juegos de carros, en partidos de fútbol, en la banda de música... en todo siempre estábamos juntos. Recuerdo que allí, en el kínder, recibí mi primer golpe de un niño cochino que vivía con mocos en sus narices y parecía no importarle, hasta que un día lo vi chupándose un bombón y cómo asquerosamente se mezclaba con su pegote nasal que parecía tener vida propia, era verde, espeso y repugnante... parecía material radioactivo, así que decidí decirle: “¡niño no sea cochino, límpiese!”. Eso sólo desencadenó en un “uppercut” en mi estómago; ese miserable gorilita se salió con la suya.

A pesar de ser el más grande del salón, yo era el menos peleón y tal vez, por qué no decirlo, el más cobarde. En otra ocasión, otro niño vino y me pegó solo porque se le antojó, y me encerró en el baño y me prohibió salir. Yo, muy cobarde, solo lloré y le demandé a mi hermano de forma estúpida el hecho de que no me haya defendido... esas son algunas ridiculeces de la vida. Luego vino la primaria en una nueva escuela en la que volví a ser víctima de un compañero que se enojó conmigo después de una típica pelea de “lo mío es mejor que lo tuyo”, pues cuando llegamos al punto de que el avión de mi papá era mejor que el de su papá (algo totalmente incierto porque ninguno de los dos papás tenía avión alguno), al verse sin argumentos me lanzó un puño directo a la cara. Tal hecho enojó a mi papá, ya que ningún papá quiere que su hijo sea golpeado por alguien, y nos metió en una academia de artes marciales, lo que parecía ser una buena idea ya que nos convirtió en seres poderosos, y ahora nosotros éramos los que íbamos imponiendo la ley a punta de Kung-fu, la íbamos liando por donde queríamos, y ya no nos daba miedo de nadie.

Luego siguió la secundaria en un nuevo colegio ubicado en otro pueblo. Así fue la vida en secundaria, dos años en un lugar y después en otro, algo que puede parecer duro pero que

formó un carácter firme, ya que conocer varias culturas y tipos de personas permite tener una perspectiva más amplia y real del mundo; se aprende a no apegarse a nadie, a adecuarse a cualquier situación, y a estar dispuesto a aceptar las diferencias de cada persona.

Cuando salí del colegio conseguí mi segundo trabajo, no porque necesitara dinero, sino porque mi papá decía que es bueno para formarse. Mi primer trabajo fue haciendo cajas de frutas durante 8 días y después, en una droguería con mi hermano, la paga era una miseria y el trabajo demandante. Recuerdo que el 24 de diciembre los dueños estaban súper borrachos, y ni mi hermano ni yo no manejábamos todos los precios, así que vendimos una barata por nuestra cuenta. Al otro día renunciamos, y un año después uno de ellos salió por la televisión regional con las manos en la espalda, arrestado por vender droga adulterada, trabajo que mi hermano y yo hacíamos sin hacer preguntas. Lo siguiente fue ser bomberos, servir al pueblo desinteresadamente; las paredes de fuego y arriesgar la vida a cambio de honor es algo que también forja la vida. Infortunadamente, el bajo presupuesto hacía más difícil el trabajo como bomberos, pues el caos reinaba porque muchas veces las máquinas viejas afectaban la misión, el fuego nos acechaba y lo único que podíamos hacer era correr porque el agua no brotaba, así que teníamos que escabullirnos hacia nuestras viejas máquinas tan rápido como habíamos llegado, solo para darnos cuenta que el maquinista ya había conseguido que funcionaran las mangueras...

Y hasta aquí llevo mi relato, no veo necesario contar más, ni entrar en detalles. Creo que he sido lo suficientemente honesto conmigo mismo, no necesito alardear ni usar grandes palabras para describir mi vida, una vida como todas, con sus peculiaridades, pero al fin y al cabo una vida normal.

Estirpe Psicodélica

Karla Klein R.

(1.990 - 2.0...)

Por desgracia, a veces, los seres humanos
hacemos de nuestro mundo un bote de basura,
donde depositamos las escorias
de nuestra naturaleza pecaminosa,
y luego nos quejamos del hedor
tan insoportable que este despide.

Karla Klein

26

*...Resbálate tiernamente por las fibras de mi alma,
Algunas están rotas, no vayas tan deprisa...
Instálate en mi corazón y si, estando allí dentro, te alcanza la
gélida corriente del viento,
Es porque mi corazón está averiado...
Desliza precavidamente tus manos por los muros de mis adentros,
si sangran tus palmas,
Es porque en ellos se esconde el filo hiriente de mis fallas...
Siéntate en reverente silencio en los aposentos de mi esencia,
Pero cúbrete con un manto, pues te confieso que hace un poco de
frío
Y moja la lluvia de mi nostalgia aquí dentro...
Visita con sigilo el reino de mis instintos,
No vaya ser que el vehemente fuego allí contenido
Enardezca lo que llevas tú dormido en lo más recóndito de tu
fuero interno:
Tus peligrosos deseos ocultos...*

Mi génesis

Era una noche con un cielo agujereado por estrellas de resplandor místico, cuando el amor y la pasión se unieron en un rito sublime, pero lleno de vehemencia, para dar lugar a una danza de genes que, en ese momento, se unirían para dar origen a un nuevo ser... Fue entonces cuando ya no importaron las distintas razas, y los tejidos de mi piel empezaron a liarse con hilos genéticos multiculturales: papá aportó sus matices ingleses, estadounidenses y alemanes... mamá aportó sus matices colombo-cubanos y también alemanes. Había matices en común: alemanes, los que pintarían mi esencia con un poco de cándida frialdad...

Gestación (Enero – Septiembre de 1990)

Recordar aquella época... ¡Imposible! Pero, según la versión de mis padres, estuvo llena de momentos inolvidables. A través del vientre de mi madre se colaban los sonidos del mundo externo: la música, las risas, las voces de mis padres y la de los allegados a la familia...

27

Alumbramiento (14 de Septiembre de 1990 – 10:00 a.m)

Los dolores de parto de mi madre eran desgarradores. Para mí no fue fácil atravesar el umbral de vida que se interponía entre el mundo exterior y yo. Empezaron los inconvenientes y, en ese momento, lo más viable era nacer por cesárea. Literalmente, faltaron cinco segundos para que ese cálido lugar que fue mi morada durante nueve meses, se hubiera convertido en mi sarcófago de piel y fantasmagórica placenta. Al entrar por fin en contacto con mi nueva realidad, convulsioné... Desde el principio, la vida se me complicó un poco. Eran las 10:00 AM del viernes 14 de septiembre de 1990, cuando yo, Karla Klein Restrepo, respiré los aires de este mundo por vez primera...

Un Milagro del escepticismo (Septiembre - Diciembre De 1990)

Tras pasar varios días en una incubadora después de mi nacimiento, la neurología recitó con amargura a los oídos de mis padres un diagnóstico que parecía más una letanía: la terrible noticia de que muy seguramente yo padecería, en un futuro muy próximo, retardo mental. Tanto mamá como papá, muy escépticos, se negaron a admitir semejante absurdo y, hasta el día de hoy, puedo decir que tal escepticismo obró un milagro, pues desde el punto de vista científico, no había marcha atrás.

Influencias (1991 - 1999)

Fui creciendo y desarrollándome de manera muy normal, pero con un destino ya marcado: a mi piel, sobre mis espaldas, ya traía adherido a mi yo, antes de nacer, una capa de peregrino para enfrentar todo lo que me esperaba: hija única; mis padres no vivían juntos, ambos eran muy devotos a su mundo laboral y viajaban mucho, en especial mi padre, y aunque pasaba mucho tiempo sola, mi abuela materna se convirtió en mi ángel guardián terrenal... Cosas materiales y lo que se me antojara estaban a la orden del día, eso no era muy bueno pero, poco a poco, por causa de la distancia de mis padres y por la carencia de hermanos, dentro de mí se arraigó con una fuerza animal algo que me ayudó a madurar, pero que, en ocasiones, no resulta ser muy favorable: la AUTOSUFICIENCIA en extremo. No obstante, en tanto podían, mamá cultivaba mi vida espiritual; mientras papá, mi vida intelectual... Aún recuerdo las frases célebres que estos tres seres escribieron con tinta indeleble en las primeras páginas del libro de mi vida:

Papá: “Lee Karla... lee todo lo que más puedas, pero no creas ni estés de acuerdo con todo”.

Mamá: “Cuando hagas algo Karla, hazlo bien o simplemente no lo hagas”.

Abuela: “Ahorra y cuida tu dinero, así también te ahorrarás grandes dolores de cabeza”.

Con el pasar del tiempo, poco a poco, se fue fortaleciendo mi temperamento y estructurando mi carácter. Busqué adentrarme en el mundo de la lectura, de la música y de la escritura de manera un tanto exagerada, en tanto me iba conociendo a mí misma. De este modo, fue como empecé a plasmar mi vida con la sublime y mágica pluma de la poesía; o bueno, al menos eso es lo que he intentado durante todo este tiempo que llevo escribiendo. Recuerdo que comencé a los cinco años de edad.

Mi capa de peregrina (1999 - 2012)

Desde que estaba muy joven, mi espalda aprendió a soportar el peso del yugo de mi soledad, y las circunstancias adiestraron mis pies para recorrer un largo camino, sin un lugar fijo como morada, por eso...

*Hoy puedo decir que desde aquí,
Impasible miro el lejano sendero del futuro...
¡Se ve tan incierto!
Hasta el hoy he llegado con profundas heridas en mis manos
A causa de los abrojos que he recogido en el camino...
¿Qué me queda después de todo?
Pedacitos de ilusiones, que aún impulsan mis pies...
Polvo en mis zapatos, que me recuerda mi condición...
Residuos de amor, que me dejan saber que aún tengo piel...
La armadura de la paciencia, para protegerme de los golpes de la
impotencia...
Lazos de lecciones aprendidas, para atar mis emociones
compulsivas...*

El peso de las experiencias vividas, para asentar la ligereza de mi pensamiento...

Esposas en mis muñecas, para cuidarme de las palabras prontas a salir de mi boca...

Un ego estropeado por las críticas, para no lanzar juicios a la ligera...

Talentos acribillados por la incredulidad, para jamás dudar de la sensibilidad...

Heridas que me hicieron saborear la exquisita ambrosía de la sanidad...

Heridas que hicieron de mi alma un terreno fértil para las semillas de la espiritualidad...

Pero para llegar hasta aquí, tuve que recorrer un largo y pedregoso camino, entrando así, por la puerta estrecha de la vida...

Mi yo introvertido vs. mi yo social (1999 - 2002 y parte del 2012)

Conocerme a mí misma ha sido todo un proceso que me ha conducido a explorar diferentes corrientes religiosas, y campos como la psicología para lograr comprender mi propia complejidad como humano y, a la vez, comprender la de mi prójimo. Sin embargo, esa sed y curiosidad por adentrarme en el camino del conocimiento del comportamiento humano, ha disparado mi producción mental y escrita más que la oral. ¡Y ni hablar de mi mal humor y mi carácter introvertido!, pues por conveniencia y la necesidad de “adaptarme”, al menos un poco a esta semi-putrefacta sociedad, he tenido que optar por salir de mi cascarón y convertirme en un ser más sociable. Al hacerlo, desde luego, he comprendido la importancia de la interacción social en la vida del ser humano, porque aunque nos diferenciamos en algunos aspectos, nos une de lo que estamos hechos: de carne y hueso y lo que, en nuestra intimidad, a veces sin saberlo, compartimos los unos con los otros. Sin duda, creo

que aunque unos parezcan más intelectuales que otros, nos une nuestra complejidad emocional que se dilata como un nervio cuando estamos...

A solas...

*Hoy mi cuerpo mortal expiró y, convertido en polvo,
Hasta tus ojos, un vendaval me arrastró...
Los cerraste con fuerza,
Pero una parte de mí, una partícula de ese polvo,
Quedó guardada detrás de tus párpados...
Te lastimé un poco y, créeme, lo siento
Pero mi propósito era instalarme dentro de tus ojos...
Llegaste a casa y, estando a solas, dejaste que tu cuerpo,
Junto con tu alma, se desplomara en el lecho de tu intimidad
Ese mundo oculto para todos, pero del cual yo ya hacía parte en
ese momento...*

Derramaste unas cuantas lágrimas, y por poco me resbalo por tus mejillas

Pero con ahínco me adherí a tus párpados, quería conocerte a solas...

*Cerraste tus ojos buscando desesperadamente algo de sosiego
Mientras sigilosamente yo me internaba en tus adentros:
Recorrí el espeso bosque de tus sueños, topé con el montículo de
tus deseos;*

*Me cegó el esplendor de tu luz, casi me pierdo en tu oscuridad;
Escuché el susurro de tus secretos, le vi el rostro a tu soledad;
Observé las fotos de tus recuerdos...
Atravesé el turbulento mar de tus angustias, me aventuré por el
precipicio de tus vacíos;*

*Escuché la compleja melodía de tus emociones, sentí los delicados
golpes de tus palpitaciones;*

*Fui confidente silencioso de tus oraciones y fiel testigo de cómo
eres realmente*

Cuando estás “completamente” a solas....

Entonces me embriagué de sensibilidad,

*Y me dejé arrastrar por las tibias corrientes de la reflexión
Para concluir que, entre el sobresalto de ser humano
Y lo sublime de sentirse humano,
Es en lo que a veces nos debatimos y divagamos...
Entre los matorrales de la duda abriéndonos paso,
De lo agridulce de la certeza bebiendo con cautela cada vaso;
Con los agujones de los errores del pasado en el alma hincados,
Con algunas virtudes hechas pedazos;
Con el libre albedrío a veces encadenado
Pero, de cuando en vez, con el espíritu más libre en el interior...
Definitivamente, se necesita ser un aguerrido guerrero
Valiente, osado y decidido
Para debatirse entre el sobresalto de ser humano
Y lo sublime de sentirse humano...*

Todo este emocionante proceso de conocer la complejidad humana ha sido un poco distante de la compañía y dirección de mis padres pues, por diversas razones, la distancia se interpuso entre ellos y yo... Ese momento fue desbastador para mí, pero hoy puedo decir que, después de todo, no lo fue tanto ya que aprendí que, así como algunas plantas crecen más rápido en la oscuridad, en las tinieblas de mi soledad pude y puedo continuar creciendo, aunque eso me haya causado aflicción de espíritu. Ciertamente, a veces, crecer resulta inevitablemente doloroso, pero sorprendentemente glorioso... porque si algo me ha quedado muy claro, es que...

Si no...

*Si no has sufrido abandono,
No conoces lo fría que a veces resulta la soledad...
Si no has cruzado el valle de sombra de muerte,
No conoces lo terrible de la densa oscuridad...
Si no has atravesado ríos de furibundas y turbulentas aguas,
No sabes cuánto puede arrastrar la corriente y herir el filo de las
piedras...*

*Si no has estado en una violenta guerra,
No sabes cuánta sangre se puede derramar por una profunda
herida...*

*Si no has sido víctima del escarnio y el rechazo,
No conoces el daño que hace la hostilidad y el orgullo desmesurado...
Si nunca has perdido tus posesiones materiales,
No conoces la hipocresía de algunos de los que te rodean y te
sonríen...*

*Si no has sufrido una grave enfermedad,
¿Cómo puedes, entonces, comprender a quien la padece?*

Mi proceso de escolarización fue normal en lo que cabe, al punto que hoy puedo decir que me encuentro definiendo algunos aspectos referentes a mi futuro: la etapa universitaria.

¿En dónde nací? ¿De dónde soy? No soy ni de aquí ni de allá, tan sólo soy de mí misma y todo el planeta tierra es mi nación y, como peregrina, de tanto ir y venir, hoy estoy aquí, en la Universidad del Valle (Cali, Colombia); mañana, no lo sé...

Como si no pasara (1999)

*Hay día,
Pero inminentes sombras;
Hay sonrisas,
Pero latentes nostalgias;
Bailan los sesos al son de la lógica,
Pero sucumben actos en la inconciencia;
Inmorales se esconden tras su inexistente moral,
Mientras despojan a la sexualidad de toda espiritualidad...
Religiosos se sumen en el fanatismo,
Mientras libertinos confunden su esclavitud con libertad;
Un mundo más poblado y dogmatizado,
Pero almas cada vez más completamente desoladas
Porque la mayoría de las guaridas religiosas*

*Están infestadas de ídolos inservibles...
Son el oscuro lugar donde descaradamente trafican
Con algo que llaman “La Palabra de Dios”,
Mientras manipulan las almas de sus fieles,
Pero indiferentes todos, como si NADA pasara...*

Y así, de esta manera, a la edad de nueve años, renuncié a continuar siendo partícipe de las corrientes católicas...

Falso misticismo (2005)

*Escandaloso resulta el miedo vertiginoso de ciertos religiosos
Por cometer los “pecados” más deliciosos...
Viven en un mundo mórbido,
Sumidos en un letargo de conciencia sórdido
Mirando con fantasmagórico espanto ante un espejo
El reflejo de sus rostros lívidos,
Moldeado por las manos de lo que complace sus instintos:
Sus ardientes deseos más reprimidos.
Entonces, el tener hálito de vida encarna
En una frenética situación que alimenta a sus demonios,
Esos que se esconden detrás de sus impulsos...
Pero, ¡cuán destructiva les resulta usar el falso antifaz
De una santidad que le es ajena a los simples mortales!
El alma les escuece dentro, perturbada por ridículos dogmas
humanos
De los que se mofa el mismo Cielo,
Porque tan adoctrinadas mentes, a veces, suelen ser las más
vulnerables
Ante eso tan inevitable e inherente a los mortales: el deseo...
Entre racional e impulsivo, ¿cuál es el equilibrio?
De cierto, la religiosidad nunca ha tenido ojos para la espiritualidad,
Pues siempre ha usado ese velo tejido con hilos de un falso y
desmoralizado misticismo
Con el que ha querido cegar a la humanidad...*

Y así, a los quince años de edad, después de reflexiones como ésta, gestada dentro de mí y engendrada por lo amargo de ciertas experiencias con aquellos que predicán “Dios es amor”, pero aplican “nosotros somos odio”, tomé la decisión de distanciarme de los protestantes y, en definitiva, de todo lo que estuviera ligado a una religión. Fue entonces, cuando concluí que Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo, son tres poderosas energías contenidas en un solo ser impulsado por el poder del amor que, para manifestarse, no requiere de ninguna religión. Sin embargo, aclaro que no todos los que siguen determinadas religiones sucumben en el error: hay “fieles”, aunque sean unos pocos, dignos de la admiración y el respeto de este ser oscuro que soy yo, con destellos luminosos de cualidades, pero también con un arsenal de defectos que, como a demonio, han expulsado de distintas iglesias de diferente índole religiosa...

Ella con su nombre de mujer (Abril de 2010)

Tras un accidente que me privó durante cuatro meses de la gloria que resulta poder caminar, al recuperarme me sumergí más en ella...

Porque desde temprana edad me enamoré profundamente de su esencia...

Y por defenderla hasta me he ganado el desprecio de toda mi familia,

A excepción de mi progenitora, que también la ama...

Porque ella es vida, y cuando mis dedos recorren sus delicadas fibras,

Se adormece mi corazón, y su melodiosa voz estremece mis sentidos,

Agitando con vehemencia mis pasiones...

Ella, con su nombre de mujer, me hace olvidar de todo lo terrenal

Y extasía mi alma al inyectar de una deliciosa fantasía mi realidad...

Fantasía misma más real que mi propia existencia.

*Con ella soy capaz de crear miles de historias y cantarlas...
No es una mujer cualquiera, ni siquiera sé si es una mujer,
Es la música, el oxígeno de mi existencia...*

Por esa época grabé mi primer sencillo titulado “A Topsy-Turvy World” (“el mundo al revés”). Mi intención era emigrar al extranjero en busca de nuevos comienzos, pues tras terminar la grabación, mis oídos se deleitaron con una propuesta nada despreciable pero, quizá, por cuestiones del destino, hubo cambio de planes. Esta “caprichosa” circunstancia me permitió continuar perfeccionando mi arte que, en la actualidad, alterno con mi carrera de idiomas. Admito que no es fácil abrirse camino en la industria musical, porque eso sí, mi pequeña nariz está algo estropeada por el sinnúmero de portazos que ha recibido...

36

Lejos de mí misma (Septiembre de 2010)

*Estar lejos de mí misma es como si mi alma encarnara
En el más profundo de los abismos;
Es como si mi esencia lamiera el polvo mismo,
Convirtiéndose así en ceniza...
Ceniza inerte incapaz de hacer brotar
Ni siquiera la más minúscula chispa de vida...
Eso es estar lejos: vivir en mí misma,
Pero no siendo yo...*

Tras la grabación de mi sencillo “A Topsy-Turvy World” (“el mundo al revés”), el mundo del modelaje y del “glamour” me guiñó un ojo y me abrió sus puertas. No sólo aprendí lo que es posar para una aburrida sesión de fotos, o caminar como una maniquí robotizada por una pasarela... O cómo subirme con entusiasmo a diferentes tarimas presentando mi propuesta musical... No, aprendí algo más que eso, tanto de quienes están cobijados por ese, tan competitivo entorno, como de mí misma:

Con todo y por todo

*Fui tan prudente como serpiente para deslizarme con sigilo
Por un camino cenagoso aunque, a veces, no lo era del todo...
Entre lobos rapaces, siendo oveja,
Me hice como uno de ellos para no terminar como su presa...
Siendo mansa como paloma,
Me escondí tras mi coraza para no sentir algunos golpes de la vida...
Rasgaron mis vestidos con las miradas afiladas de la lujuria,
Tocaron mi piel con las manos desesperadas del deseo,
Besaron mis labios con los errantes labios del instinto,
Intentaron seducirme con palabras vacías pero tentadoras...
Pero con todo y por todo,
Mi frente la llevo en alto con cierta satisfacción de espíritu
Porque, por desesperante que fue el asedio,
No pudieron alterar la sustancia pura de mi alma: mi esencia misma...*

Pasados varios meses, me retiré de ese mundo. Sin embargo, esta experiencia me condujo a elaborar mi propio concepto de belleza:

Aquella frase, “la belleza viene de adentro”, es como un refrán sin sentido que ya todos pronuncian sin ser verdaderamente conscientes de su esencia. En realidad, el concepto de belleza es más amplio y complejo. Por eso, a quien le atribuye cierta belleza física, sería conveniente que se esforzara por interiorizarla, mientras que quien crea que carece de ella, debería esforzarse por exteriorizar la belleza que adorna su alma; y quien goza del privilegio de ser hermoso físicamente y tiene un alma preciosa, debería esforzarse por cultivar esas dos extraordinarias bellezas: la del cuerpo, aunque sea tan efímera, pero más aún la del alma, que es la que realmente prevalecerá. ¡Ah!, y si alguien creyera

carecer de todo tipo de belleza, considero que se encuentra en serios problemas...

Fatigado tiempo (Septiembre – octubre de 2011)

*Es la época del aturdidor silencio,
Pero también del silencio bullicioso;
Es la generación de la desolada caterva,
Pero también de la multitudinaria soledad;
Es el tiempo de la alegre nostalgia,
Pero también de la melancólica satisfacción;
Es la enfermedad de la angustiosa calma,
Pero también de la sosegada ansiedad;
Es el período de la insensata intelectualidad,
Pero también de la lúcida demencia;
Es la moda de la masculinizada feminidad,
Pero también de la afeminada masculinidad;
Es la era de la gélida sensibilidad,
Pero también de la ardiente frialdad;
Es sencillamente nuestro “avanzado”,
Pero semi-pútrido y fatigado tiempo actual...*

Ésta fue a la conclusión que llegué después de haber sido partícipe de una campaña política de un tal Francisco Javier Guzmán, quien se había postulado para la alcaldía de un municipio del Valle, llamado Pradera.

Fui contratada por unos meses para dictar clases de inglés básico a los niños de ese municipio ya que, una de las propuestas de aquel honorable señor, era implementar la enseñanza del inglés en las diferentes aulas escolares a nivel público. Sin embargo, mi labor terminó enfocándose más en el trabajo social, pues era evidente que un pueblo con hambre no sería muy receptivo a la adquisición de nuevos conocimientos. Precisamente allí radica

el meollo del asunto: este tipo de situaciones presentadas, no sólo en el sitio en mención sino en todo el país e, incluso, en algunas partes del resto del mundo, es el cómodo colchón donde inescrupulosos políticos y religiosos hacen su cama de poder y dinero, tejido con los hilos de la mentira, el soborno y las falsas promesas, mientras el pueblo, cegado por el hambre e incapaz de pensar porque la pobreza anestesia sus sesos, contribuye a que continúe creciendo el malévolos montículo de corrupción que se cierne sin piedad alguna en las profundidades de nuestra azotada sociedad. En tanto, los dueños del látigo ríen a carcajadas y festejan con sello azul...

Por esta manera de pensar, basada en los hechos no ocultos a mis ojos, empezaron las contiendas. Así que, una vez terminado mi contrato, con la alegría más enorme retorné a la tranquilidad de mi entorno, pero a la vez, con la tristeza más amarga al pensar en esos niños que dicen, son el “futuro” de nuestro país y que, por esa razón, nuestros mandatarios están “luchando” por una educación de “más calidad”. Claro está, una educación que sólo les enseñe a obedecer más que a PENSAR (especialmente a las clases menos favorecidas)... porque el mundo constantemente cambia y a veces no es para bien.

A decir verdad, no me gustan los tiempos en los que nací...

Llaga purulenta

*Generación incrédula,
Semejante a una llaga purulenta...
Gritas más que parturienta
Eres más débil que la niebla
Eyaculas lascivia
Escupes tonterías
La insensibilidad te aturde
La vanidad te corroe...*

Enfermedad del ego

(Octubre de 2011)

*Mi intelecto, tenebroso rascacielos,
Imponente y majestuoso;
Albergue de mis sofisticados conocimientos,
Es el templo de mi intocable ego...
Mi corazón, putrefacto calabozo,
Miserable y desastroso;
Lodo de mis mezquinos sentimientos,
Es la sacrílega guarida de mis latentes miedos...
¿Será acaso que ésta, una enfermedad del ego,
Es la enfermedad de moda en nuestros tiempos?*

40

Fue entonces, cuando empecé a interactuar con muchos individuos pertenecientes a la comunidad estudiantil de distintas universidades, entre ellas, Univalle. Conocí y continué conociendo muchas personas con una calidad humana extraordinaria, pero algunas de ellas, por desgracia, víctimas de esta enfermedad, pues ciertamente en estos tiempos cuando la educación superior parece ser tan poco accesible, se puede sucumbir en el grave error de la arrogancia, porque en algunos casos se hace evidente esto que leí en la Biblia un día: “El conocimiento envanece, más el AMOR edifica”; y a veces, lo reconozco, tiendo a caer en ese grave error... Pero entonces esto se convierte en un reto para mí: entre más poder, más conocimiento y más dinero tenga, más humilde debo ser. Precisamente, en eso consiste el secreto de la verdadera y perdurable grandeza, y la Biblia lo cita también: “A los grandes honores los precede la humildad...”

El hoy... (2012)

Para concluir mi autobiografía, me permito hacer una pequeña (y algo incompleta) definición de quien soy después de todo este peregrinaje lleno de matices, que ha derivado en la creación de una estirpe algo...

“Psicodélica”

No tengo pacto con la luz, más me alimento de ella;

No tengo pacto con la oscuridad, más mi esencia atraviesa su umbral;

No soy completamente melancólica, pero tampoco soy un náufrago de la alegría...

Mi piel no está tejida con fibras angelicales, pero no supuran en ella llagas infernales.

Puedo encenderme con la furibunda lava de mis volcánicas pasiones,

También puedo aquietarme con el penetrante hielo de mis sentimientos más simples...

A veces suelo revolcarme en la embelesante neurosis de mis embriagantes inspiraciones,

A veces, tan sólo en la convulsa hipnosis de mis psicodélicas alucinaciones...

Klein.

Nostalgia espiral

Jeniffer Rojas

Mi plácido y acogedor refugio se desvanecía aquella noche de noviembre, y aturdido por tan inexplicable acontecimiento, mi frágil existir contactaba por primera vez con la realidad. Mientras, mi madre estaba extasiada por la emoción, observando con singular curiosidad mi cuerpo que era explorado por las miles de manos que me recibieron al nacer...

Al asomarse el sol, ese día, sobre aquellos tejados, traía consigo un cauto y escurridizo amanecer que irrumpía en los ventanales de aquel hospital. Y esos instantes maravillosos estaban destinados a oficializar mi código social, definido desde varios meses atrás gracias a una serie estadounidense de televisión sobre detectives. A partir de ese momento, “Jeniffer” fue la “marca indeleble” que perduraría para siempre. Pero, aunque el origen de mi nombre resulta un tanto encantador, la aventura no finalizaba allí. El alba demarcaba y acompañaba nuestro destino a aquel cálido hogar repleto de personas que, expectantes, nos esperaban. Naturalmente, no me es posible recordar los detalles de esa primera reunión familiar, pero estoy segura que para mí, una infanta asombrada y recién nacida, el lazo afectivo que me ataría para siempre a esas personas sería irremplazable.

En aquellos días fluctuantes y alucinantes, el tiempo transcurría en irremplazables e inocentes oportunidades para saciar mi particular y pueril curiosidad por la inmensidad del mundo. A pesar de que, no obstante, estaba rodeada de mis familiares, sus cotidianas actividades interrumpían mis vacilantes momentos, pero mis abuelos con sus helados y sus comidas exóticas eran arrolladores. Sin embargo, debo admitir que la introspección en ocasiones contribuía a explorar mi interior, siendo mis barbies y mi leona de peluche Carolina mis fieles compañeras. También recuerdo que, aunque Mozart y Beethoven tocaban en mi oído

sus flamantes notas durante el día, mientras contemplaba las estrellas sobre la hamaca de mi abuelo en las noches para conciliar el sueño, escuchaba los boleros que a él le encantaban.

Con el pasar del tiempo, mi particular espontaneidad se convirtió en un deleite para toda mi familia, especialmente cuando recitaba mis poesías en un “escenario” como la sala de la casa, en medio de todos que me aplaudían y me contemplaban con una gran sonrisa. Fue en aquel entonces, estando un poco más grande, que “Ricardo” el juguete de la niñez de mi hermana, se convirtió en mi muñeco predilecto. Yo le lanzaba besos desde aquel “escenario” y lo cuidaba como si fuese un niño de verdad. No es que creyera que era mi hijo, pero era mi prospecto de ojos azules y de rostro agradable, digno de todas las muestras de afecto propias de mi infancia. Realmente, en aquella época toda mi vida estaba llena de una quietud indescriptible, incluyendo mis días en el jardín infantil. Allí los niños eran de la “high” y, aunque hacía parte de ellos, no despertaban en mí un interés específico, y siempre preferí acercarme a los niños más que a las niñas. Mi comportamiento un poco hostil era evidente, pues no era feliz ya que jamás me consideré como una de esas niñas pedantes que estaban en el jardín conmigo; ellas me resultaban inmensamente idiotas. A pesar de todo, traté de sobrellevar la situación, saliendo victoriosa. De ese modo, culminé esa etapa de mi vida para iniciar una nueva que fue determinante para mí.

Aquella mañana el uniforme de color vino tinto se vio en problemas por el maravilloso olor a tierra mojada. Era el inicio de mi primer día de clases, y las inmensas gotas recubrían tanto mi paraguas de siete metros, como también mi gigantesco maletín de Winnie Pooh. Todo ello, sin embargo, auguraba los mejores años en un nuevo lugar, con nuevas personas y repleto de niñas, que fue mi hogar durante casi cinco años. El estudio, a decir verdad, era importante. Pero para mí tenía una importancia enorme departir con mis amigas, leer y escribir, pues todo eso

era parte de mi diario vivir, incluyendo el arenero del colegio (al que le llamábamos “la zona loca”), las mentas de colores, los pitillos de Pedro Picapiedra y las paletas de chicle de \$200. Y, aunque las peleas por tener el mejor disfraz sucedían cada año en Halloween, mi innegable amor por la academia surgió en aquellas aulas inmensas, decoradas con pupitres de colores. Con el pasar del tiempo, empecé a destacarme como una excelente estudiante. Sin embargo, aunque era muy sociable, tenía pocas amigas pero, aun así, mi compañerismo era notable a tal punto que, uno de esos días en los que el dinero no estaba por encima de mis intenciones, gasté más de \$5.000 en dulces para todo el salón. Por desgracia, no tuve en cuenta que aquel dinero era el del transporte de mi hermana quien, como la apasionada adolescente que era en aquel entonces, me reprendió por mi tal acto de tonta generosidad, producto de mi inocencia.

Aunque las ferias, el zoológico, el Aquarama Oparin, la ciclovía de los domingos y los paseos en familia a todos los lugares posibles del Valle del Cauca eran mi fuente de diversión, mi puerta al mundo de la imaginación eran tanto las caricaturas y las pinturas que cambiaron para siempre mi limitada percepción de la realidad, como también algunos sucesos. Cada día era una nueva oportunidad para hacer algo inesperado y magnífico, y como la academia no me resultaba tan demandante, tenía tiempo para reflexionar.

Recuerdo aquella tarde de noviembre en la que todo mi existir dio un vuelco dramático. Solo tenía diez años y no era consciente de la dimensión de aquella noticia que hizo que las lágrimas descendieran como arroyuelos por mis mejillas en ese momento, y aún ahora al evocar ese día. Todo resultó ser una coincidencia un tanto traumática, ya que aquel día estaba armando un árbol de navidad para entregárselo cuando él regresara después de su penosa recaída. Sin esperarlo, la llamada destruyó el plácido silencio de nuestro hogar; la mujer quien lo cuidaba se encargó

de darnos las malas nuevas a las 6:15 de la tarde... ¡Había muerto no solamente un ser humano, había muerto mi compañero de juegos y cómplice silencioso! Se trataba de aquel hombre sincero, admirable, parco ante los demás, amable y humano que, aunque lo conocí por tan solo unos cuantos años, su existencia dejó una profunda huella en mi vida para siempre. Mi rostro lleno de ingenuidad se congeló por un microsegundo mientras escuchaba la voz de mi abuela cuya considerada consigna fue: “vea, su abuelo se murió...”. En ese momento mi mente se perturbó; ya no habitaban en ella unicornios y tablas de multiplicar, sino la desoladora idea de “la muerte”. A tan corta edad, la noción de pérdida se tradujo en un dolor que jamás había sentido, un sentimiento incomprensible, que aún hoy me resulta una paradoja.

Un nuevo colegio que solía ser por tradición masculino y que, de la noche a la mañana, se volvió mixto, fue mi hogar por más años de los que esperaba. Había sido lanzada al confuso abismo masculino, y fue terrible para mí porque, en ese entonces, le tenía asco y miedo a cualquier tipo de contacto con los niños, pues el peculiar ambiente de testosterona me helaba los huesos. Además, eran demasiados niños y había muy pocas niñas en el salón que me tocó y, aunque eran amables, eran “demasiado madres” para mi gusto. Sin embargo, aquel “6B”, el bien llamado “el curso de los ñoños”, fue mi ambiente de influencia. Mi perfil durante el primer año de bachillerato fue, particularmente, de niña antipática porque me encontraba en terreno desconocido y, aunque no era “el país de Nunca Jamás”, mi madures en aquella edad era mayor a la de los demás. Por tal razón, tendía a ser petulante y me creía superior, tomando una actitud ridícula que no perduraría por mucho tiempo.

Las vacaciones fueron una gran oportunidad para tomar aire fresco y asimilar que mi mente y mi alma no eran lo mismo. Los meses siguientes fueron reveladores; las clases iniciaron

nuevamente y aquel olor de cuaderno nuevo impregnaba mi nariz, anunciando que mi vida se vería invadida, ciento por ciento, por testosterona. Impresionada, arribé aquel día al inerte salón del grado séptimo en el que fui la única mujer en medio de treinta y ocho niños, mismos que se convirtieron en mis confidentes y desataron en mí el lado masculino que toda mujer tiene. Compartíamos gustos comunes (Dragon Ball Z, Los caballeros del Zodiaco, Ranma 1/2, Los Súper campeones el fútbol, el rugby...), todos eran mis compañeros, y mi predilección por el colegio aumentó considerablemente en ese año. Pero tanta dicha se nubló en el grado octavo porque entraron más niñas al colegio, y algunas a mi salón, desbancándome de mi papel protagónico. Este cambio abrupto tuvo en mí notables consecuencias que me llevaron a un camino alterno, emocional, académica, intelectual y familiarmente hablando.

Parecía que mi existencia hubiera quedado envuelta en un torbellino. Fue como si toda la oscuridad se hubiera apoderado de mi destino. Cada instante de mi vida se impregnaba de cotidianidad y de rutinas académicas absurdas. Incluso, y aunque siempre he sido muy vanidosa, aquellos destellos de feminidad absoluta desaparecieron de mí durante aquellos años que son cruciales en la vida de cualquier adolescente colombiana, preocupada por la impresión que los demás tengan de ella; esa etapa cuya prioridad es coquetear con la mayor cantidad posible de tipos, sin importar que tan feos o vacíos sean con tal de que tengan dinero. Pero en mi caso, estos estereotipos afortunadamente nunca hicieron parte de mí. De hecho, me valía madre lo que pensarán de mí (y todavía eso no cambia). Sin embargo, en aquellas épocas mi estado mental y espiritual era crítico. El desolador sentimiento que me embargaba era inexplicable, se trataba de “la malparides existencial” como la denominó un gran amigo. Me abrumé por completo, estaba destruida y aunque tuve muchos recursos (suicidio, por ejemplo), morir nunca fue una solución factible.

Mi singular sensibilidad fue la clave para haber sido parte del selecto grupo de filosofía del colegio, llamado “Valhalla”. El grupo era conformado por los denominados “intelectuales” o “los raros” de los grados décimo y undécimo. Satisfecha por ser diferente, en las reuniones de los miércoles y de los jueves hallé mi refugio intelectual durante dos años aproximadamente. Fue entonces cuando se despertó en mí una intensa fascinación por el ser humano (psicológicamente hablando), por los asesinos en serie, por el dolor y el placer, y por el porqué de las cosas, y otras cuestiones filosóficas. Todo ello transformó mi pensamiento sobre Dios, la política, los sentimientos y los miedos .

Como era de esperarse, se aproximaba el final del bachillerato. Paulatinamente, mi crisis se había mitigado, y la felicidad se había apoderado de mi ser durante aquel año (en el que tenía dieciséis): la perfección de mi vida era incomparable, mis amigos eran geniales, todo marchaba mejor de lo esperado, e inolvidables fueron las risas, los jornadas de cine, las patinetas, la música, y los enamoramientos inesperados que se convirtieron, tal vez, en los hechos más cautivadores de aquella etapa.

Murat, aquel siniestro sujeto, fue quien despertó en mí una descabellada fantasía musulmana. Apareció como parte de un evento inesperado en mi vida, un día en el que una solicitud de amistad (Facebook) de un tipo x llamó mi atención. Su extraño nombre atrajo mi curiosidad. Aquel joven (de dieciocho años en ese entonces, y yo de dieciséis) transformó para siempre mi manera de concebir el “amor”. De hecho, creo que si lo hubiese podido abrazar y tomar de la mano, la historia de mi existencia tendría un rumbo diferente, pues a pesar de los dos océanos y millones de montañas que nos separaban, su ser despertaba en mí absurdos sentimientos. Nuestro medio de comunicación fue el único contacto que tuvimos, y toda la intangible experiencia fue solamente atracción física. Su limitado inglés me obligó a

“hablar turco” (gracias al traductor) y también la idea de recorrer las mágicas calles, detenidas en el tiempo, bajo el deslumbrante atardecer de Estambul. Eso jamás sucedió, a pesar de que fue, en aquel entonces, nuestro mayor proyecto.

En ocasiones la distancia representaba una barrera maligna, y era frustrante no conocer qué sentía o pensaba. Las innumerables horas a través de la pantalla no eran suficientes para apreciar una limitada visión del mundo y, aunque un tierno “I love you canim” era lo único que repetía sin cesar, todo se tornó cotidiano y aburridor al cabo de días. De hecho, aún no sé en qué momento todo llegó a su fin. Tal vez, su arrogante actitud y su bipolaridad que asombraban no solo mi intelecto sino también mi sentido común del cual él carecía, hicieron que mi paciencia se extinguiera. Pronto, su ausencia se transformó en tristeza que perduró meses, y cada día fue más difícil mitigar mi dolor.

Consciente de que los años habían transcurrido, aquel día fue el último con aquellas personas maravillosas que ahora eran hombres y mujeres listos para iniciar la universidad. En ese instante birretes volaron por los aires, simbolizando el anuncio de una nueva etapa. En ese momento, tenía muy presente que las expectativas y los proyectos que tuviera, se concretarían por más amargo o maravilloso que fuera el nuevo camino que estaba a punto de emprender. Ahora estoy aquí, totalmente dispuesta a hacerle frente a lo que se venga, y estas líneas son solo un extracto de mi vida... Un tenue reflejo de lo que, tanto las agradables y desagradables experiencias, como todos los buenos y tediosos libros leídos, han hecho de mí...

Aforismo de Sonatinas

Carolina Bonilla Gutiérrez

Así como se escriben esas historias sobre los atardeceres naranjas, sobre una noche de verano interminable o sobre el invierno que no dejó más que el llanto de los violines con algún sujeto interpretando un aforismo de sonatinas, así... así empieza la historia de mi vida, narrada a dos voces al unísono.

Por allá en 1995 se empieza a escribir la historia de una pequeña libélula con alas de cartón, sobre las tierras de un frío municipio llamado Sevilla, al norte del Valle, tierra de café, de folclor y de trocitos de memoria, encarnándose sobre campos verdes y cafetales, y perdiéndose a veces en silencio en la soledad bajo el sol.

Supongo que el inicio de mi vida reposó sobre las ideas de algún gallinazo, o así lo decía mi madre, y después pasó al comentario de mis padres tras la necesidad de engendrar a una tercera y última hija. Al fin, resulté siendo una buena decisión...

El período de gestación fue una época brillante. Mi madre embellecía mis días con el placer de las ricas comidas, lácteos y frutas por doquier, y yo, en la deliberación de un infante, ya iniciaba mi concepción del mundo desde la perspectiva de paredes ovaladas. Yo, un insecto que naufragaba en el estómago nauseabundo de mi madre, a veces pensaba que allí adentro estaría un poco más segura que afuera, donde los monstruos podrían agazaparme; otras veces sentía ahogarme en las paredes estomacales que me privaban de la libertad. Todos esos tubos de feos y de hediondos aspectos entrelazaban casi por completo mi cuerpo, permitiéndome un movimiento limitado. Aun así, mi madre me adjudicaba talentos de acrobacia entre su vientre, una buena razón para empezar a entender mi devenir artístico. Entre la ansiedad del prólogo de mi vida, no podría resistir mi

“prisión” por mucho tiempo, pero tampoco imaginaba si lo haría con la situación allá afuera...

Un salto estrepitoso del tiempo me lanzó al mundo en la mañana nublada del 28 de agosto de 1995. Supongo que mi familia me abrió las ventanas de su humilde hogar con el mayor amor y regocijo con que podría recibirse a un ángel; de ahí el hecho de que yo me enamore casi de cualquier cosa, de que adjudique todo el amor posible a mis labores y a quienes me rodean, y de que vaya perdiéndome por el mundo entregando abrazos de corazón a corazón.

Cuando abrí mis dos cristales al escenario de la vida, lo descubrí grande, lleno de esferas y criaturas que parecían reptiles. Percibir una lámpara por vez primera, rozar una superficie sólida, y ver a los sujetos que me acompañaban moverse en una danza viscosa, todos esos descubrimientos eran para mí una razón de gran ansiedad, característica que me acompañaría durante toda mi vida.

De mi infancia conservo vívidos recuerdos, la mayoría sucedidos en la escuela “Antonia Santos”, en Sevilla, Valle. Todos pasan por mi mente como imágenes de una cámara fotográfica a color café, justo así veía lo que había afuera: café y denso. Llega a mi mente esa imagen inocente de mi primer día de clases; la emoción de salir temprano de casa con el sol mañanero asomándose a los ojos de la espera, el olor inigualable de los útiles nuevos, una manzana en mi bolso y un esbozo de la pequeña saltamontes vestida de azul: yo, una niña de 6 años, con el vestido de boleros, los zapatos de charol y los moños que ataviaban mi cabello lleno de rizos. Aún conservo el recuerdo de la canción bohemia que sonaba esa mañana en la radio, la ilustración de las monedas que mi padre me habría dejado sobre la mesa y el contraste sensorial de mi hermana mayor llevándome de su mano, y mi madre en

casa pensando que yo ya iniciaba mi camino sobre el trópico salvaje de lo que era la vida.

Fueron años en los que aprendí demasiado y empecé a degustar lo maravilloso de la vida. La experiencia más bella que me acompaña ahora es aquella donde fui un pollo, un pollo galán, sagaz y astuto que enamoraba a la gente con su poesía. Yo era “el pollo Chiras” y aparecía en la mayoría de celebraciones de la escuela recitando mi poema costumbrista, extenso pero acogedor; lo había aprendido de memoria gracias a la ayuda de mis hermanas. Fue entonces cuando experimenté por primera vez la sensación indescriptible de hacerle bien a quienes están alrededor abrazándolos con la palabra, con el arte, y con una visión diferente y sublime de su cotidianidad misma. Aproveché cada oportunidad en la escuela; participaba en los recitales, en los concursos de escritura y en las obras de teatro.

En la escuela, además de ser un pollo famoso, fui una manzana, una abeja y una ratona, y fui todo lo demás que quisieran ponerme; igual, empezaba a inventar mi vida y mis criterios a partir de mis fantasías y mi espectro real.

Las tardes de mi infancia las pasaba entre el hogar infantil de mi madre con las creaciones sutiles y a veces extravagantes de los niños que arribaban, y mis tareas de la escuela y algunas labores y rituales hogareños. Todos los días mis hermanas revisaban mis cuadernos y se sentaban junto a mí a supervisar mis maniobras; si algo no estaba en regla o tenía algún error, por mínimo que fuera, me hacían reiniciar el trabajo hasta que quedara perfecto. El momento creativo cuando podía jugar y enrollarme entre las piedras de la carretera solo llegaba al haber terminado lo que me correspondía, más las tareas que ellas mismas me asignaban.

Aprender a leer y a escribir fue una labor de la que se encargó mi madre. Ella, en sus intentos altruistas y su disciplina única, me leía cuentos y ponía mini historias en la grabadora, así yo

me familiarizaba con el mundo literario y empezaba a caminar con las primeras formas estructuradas en mi bagaje lingüístico, acompañada de iguanas que tomaban café, de pájaras pintas y principitos de plomo. Mi aprendizaje fue rápido, dice mi madre. Nunca tuve problema en la escuela y los temas que llegaban como rema a mi vida pasaban luego a ser un tópico que acompañaba a mis comentarios y vivencias.

El primer acercamiento oficial que tuve con el arte fue a mis 9 años; a esa edad empecé a asistir al grupo de teatro de la Casa de la Cultura Municipal y llegó la creación de universos paralelos a mi vida. Asistía también al club de lectura “Leyendo Sueños” donde me perdía entre los cuantiosos libros que saboreábamos algunos niños inquietos por las historias que llegaban como ráfagas a nuestros días. Y, como acto cúspide, tuve la gran oportunidad de pertenecer a la “Casa de Poesía Pablo Neruda”; yo diría que fue en ese preciso instante cuando pensé que mi destino no era ser un hombre cualquiera, mi destino sería el de la mujer que escribiría su historia seduciendo las líneas de la vida con la sutileza de la palabra. Desde allí, el cariño y la pasión por los libros se arraigaron en mí; empecé a darles fuerza a los personajes, a adoptar visiones de cada uno y a jugar con ellos. Me parecía un acto asombroso el de escuchar a otros niños creando historias y uniéndose a las mías, y el de saltar sobre los conceptos básicos que teníamos para volverlos tan propios y nuestros. Era justo lo que yo quería, era la vida coloreándose y reflejándose sobre sí misma.

En este primer proceso la compañía y la confianza de mi familia fue vital, la presencia de mis padres y hermanas siempre fue, es y será mi mayor bendición y admiración. El tiempo y el crecimiento de cada uno nos llevan distantes consigo, nos pone en distintos parajes geográficos en el espacio pero, aun así, la vida siempre nos recuerda que somos una familia de valores, formada en el amor y la armonía, unida por nuestros principios

y por la necesidad y la consideración del otro. Nunca estamos dispersos, nunca estamos sin nosotros. Hablar de mi familia y ponerla entre el ánimo existencialista de mi biografía, es un referente elemental para el entendimiento de mis días.

Empezaré por las dos semillas que crecieron en la abundancia del jardín divino y humilde de mis padres: mis dos hermanas. Ellas son para mí un sol que siempre alumbra, brillan tanto y con luz propia que me asombra y me reconforta cada historia que puedo atrapar a su lado.

Claudia es el fruto mayor; su historia se ha estado escribiendo durante 28 años. Es una mujer arraigada a la tradición en la que fue formada; está siempre velando por el bienestar de sus hermanas, cuidando de nosotras a como dé lugar. Ella trabaja fuertemente como asesora comercial y planea contraer matrimonio con Frédor, quien dice ser el amor de su vida. Podría decir que, además de mi madre, es la mujer más noble que puedo conocer; está siempre dispuesta a ayudarnos y a ayudar al otro, se sensibiliza por cada acto que aparece sobre sus caminos y lo usa para obsequiarnos una reflexión en el hogar. Está brindándonos en cada oportunidad su consejo y su palabra, y adhiere a su discurso un mensaje de amor. El esbozo de su compañía siempre me llega con una posición recta, una mirada directa y una voz clara.

Yohana es mi otro trozo de infinidad; ha transitado con osadía sobre esta vida a lo largo de 23 años, tiene una mente insaciable, muchísimas fórmulas en la cabeza y una descripción compleja. Los recuerdos que la transportan al vértice de mi memoria siempre empiezan a dar los visos de una niña de la selva pero finamente letrada, siempre con un libro en su mano, el cabello sin peinar y una sonrisa muy propia; camina rapidísimo con un bolso gigante y lleva mil ideas por organizar. Ella es una mujer excéntrica, vehemente, demasiado inteligente y dedicada. La sensibilidad

de esta mujer de versos rectangulares vive en el pasaje de la sensación efímera y el querer profundo. Las conversaciones que nos unen hacen de mi amanecer el sitio perfecto para plasmar la inspiración que me resta después de compartir historias. Ella me acompaña a estudiar en las noches por medio del chat y me cuenta su cotidianidad con el especial asombro de quien está descubriendo con pasos de gigante las esferas de la vida. Yohana es Física pura y está haciendo ahora su maestría en Geofísica en un centro de investigación de Ensenada, Baja California; a veces ensaya el entendimiento de sus nuevos conocimientos regalándome sus explicaciones que yo recibo y proceso pero, más que eso, las vuelvo verso para animar sus noches.

Mis hermanas son contrastes fantásticos; cada día recorro mis perspectivas, las evalúo y agradezco de corazón sus cuantiosos esfuerzos por contribuir a la estructura pragmática de mi historia; por ofrecerme tiempos y experiencias dignos de recuerdo y elogio, y por proporcionarme un gran recurso de escritura e inspiración desde esa manera peculiar de percibir la vida. Estas dos mujercitas suelen decir que soy una “caricatura”, que cada gesto y acción semeja la postura de un personaje de una tira cómica. Es en ese instante cuando pienso que quizá el símil más adecuado que puede ahora dar una explicación a la peripecia de galopar sobre el mundo, es el que se establece entre mi vida y lo cómico de estar en ella para vivirla, entenderla y contarla.

Por otra parte están mis padres; ellos son la ternura encarnada en el cuerpo y la voz de un ser que ha arribado al mundo para ofrendar amor y disciplina. Rubia y “el negro”, así son conocidos mis padres, quienes van por la vida regalando momentos amenos a otras personas con su humor y su energía particular; están siempre al tanto de la situación de la familia y cuidan a sus hijas cual cristal delicado que no puede recibir daño o perjurio alguno. Ellos son el ejemplo de un amor que sobrevive por años,

que crece, prevalece y no decae; el romance que inició sobre el comentario inocente de algún mes de 1982, cuando empezaron las visitas terriblemente fiscalizadas en la casa de una joven de rostro pueril, mi bella madre. Ya son 30 años de unión, casados bajo el orden católico, pero eso no implica que algo haya cambiado; verles juntos es ver la compañía y la ternura hecha toda suya; van siempre volando de la mano y se dejan notitas clandestinas sobre la mesa diciéndose “Te amo”; además, dicen ser novios. Mis padres son únicos, son nuestro refugio pleno e infalible, y nosotras somos el espejo de lo que ellos implantaron en nuestro crecimiento.

He de suponer que este debería ser el momento puntual para abandonar mis ritos de infancia, las pompas de jabón y las fábulas que explicaban mi propia existencia de bosque, pero creo que antes de dejar a mi puericia, me arraigué más al animal que acompañaba mis noches dentro de mis oleadas de inspiración taciturna; preferí permanecer en la conexión de una niña con el mundo y observarlo desde los ojos atados al lienzo de la maravilla y el dolor, ser tan humana, tan atroz y tan actual, conservando, a su vez, esa experiencia de sorpresa, de encuentro y de alacridad aurífera. Es aquí donde preciso hablar de la continuación de mi vida. Hay un momento en el cual mi cortometraje empieza a incluir visos, sonidos estridentes, alegorías, axiomas, personajes inconfundibles, escenarios sombríos y adopción de ideologías diversas.

Una segunda etapa es mi ingreso al colegio “General Santander” en Sevilla, Valle. Allí crecí como persona, como compañera, como amiga y como mujer de lucha, de derechos y de obligaciones. En la temporada del colegio inició mi pasión por la música psicodélica, las historias eróticas, las plenarias y discusiones sobre el postulado social y la necesidad de adoptar el arte y la literatura como una herramienta para llegar a otros con una visión crítica y consciente de la realidad.

A los 11 años empezó a atraparme la estridencia, el estupor y el interés por la escena cruda y oscura. Empecé a escuchar Grunge y Underground, música independiente que exaltara lo que yo realmente quería escuchar y vivir. La música creó un lazo fuerte con mi estilo de vida desde ese entonces hasta hoy. Igualmente, la literatura empezó a hacer de las suyas conmigo o yo empecé a llenarme de ella para hacer de las mías; el caso es que llegamos a complementarnos y a tornarnos complejas, siendo esa la levadura que hizo crecer mis mundos como relámpagos de ser. Allí apareció la fuerte necesidad de escribir bien, y de usar los actos de habla y el momento sagrado del discurso de manera adecuada.

Mis vertientes musicales experimentaban cambios a medida que pasaba el tiempo, así mismo mi preferencia por determinados movimientos literarios. A mis 12 años solo leía poesía vanguardista y algunos cuentos. Después empecé a leer literatura barroca, y las descripciones finas y la sensualidad con la que se embellecían las historias me hicieron aferrar a esta corriente; ya no tenía salida, había escapado a un tiempo donde lo innombrable era lo más sutil, donde la mezcla del pudor con la necesidad de echar fuego al cotidiano me proponían los contrastes que yo estaba buscando. Por tanto, tuve mi período culto, el que más valoro de todos mis tiempos, y me exigí escribir cada vez mejor para llegar con mi bolígrafo desde mi río de antaño al mar.

Después de la literatura barroca me vi fuertemente atrapada por el nadaísmo; empecé con Gonzalo Arango, y fui reconociendo a otros personajes que me llenaron de inquietudes y expectativas. Los nadaístas, con su “malvada intención”, con esas cartas al destino y a la ley, con esas ganas de “nada” pero con tanto por decir... me identifiqué plenamente con ellos, porque yo tampoco confiaba en nada de lo que veía y porque cada vez más me parecía que vivíamos en la “Islanada”, inconsecuentes e incoherentes con

el principio del hombre pensante. Mis amaneceres se esfumaban leyendo manifiestos nadaístas y cuestionándome por qué no habría yo participado de esa época que parecía tan mía.

Del nadaísmo me fui a los corredores de Sartre, Sábato, Camus y Carlos Fuentes; los sellos existencialistas y la denuncia de sus escritos empezaban a darle otro color a mi vida. Me la pasaba repitiendo sus frases y comparando realidades.

Después me llegó el tiempo de rosas, geranios y jazmines. Llegué a la Isla Negra de Neruda, encontré las golondrinas y los crepúsculos de Bécquer, y reposé cerca a las violetas de Aura. Un poco más tarde, en algún recinto poblado por la soledad y los lémmures del día, me hicieron compañía Amado Nervo, Ismael Arciniegas y, en un giro brusco espacio – temporal, el mismo Dante apareció entre mis cuentos. Me llené de versos, sinalefas y rimas. Llegar a entender la literatura me abrió un paso amplio a la vivencia deseada de mi vida. Para hallar algo nuevo cada día solo debía encontrarme en la intimidad con un libro; en ese momento me acercaba conmigo misma y empezaba a balbucear entre cuadros imaginarios mis amores paraísos, paraísos de ensueño.

Mi visión literaria tuvo una pausa para revisar manifiestos revolucionarios. Siempre quise entender lo que sucedía. No se necesitaba leer mil tratados para comprender que la realidad no cambiaba mucho, que las hojas sobre las que se escribe la historia siguen siendo manoseadas y que ahora continuamos yaciendo en las mismas discrepancias y sacrilegios sociales de siglos pasados, asignándoles un nombre diferente. Empecé a tomar otra postura y a hacer parte de grupos de acción social, colectivos juveniles que tuvieran alternativas al cambio y que pensaran en la realidad que nos golpea y en las armas silenciosas que tienen las manos y el poder de un monstruo que pisa fuerte. Así inicio mi interés y mi cooperación en la lucha.

Continué leyendo manifiestos pero no abandonaba la poesía. Me sentía muchísimo más cerca de mi plenitud literaria y existencial. Mientras tanto, y mientras mi vida se transformaba a partir de cada reflexión, empecé a buscar caminos artísticos. Fue a los 13 años cuando encontré a Minerva, la mujer de mi vida, quien logró conquistarme de la forma más brillante y delicada. Sus labios eran un puente a otro lugar donde se ocultan las hadas a cantar sus odas a Odín; su cuerpo, esa figura perfecta, estaba siempre presta a ser apreciada por mis manos, a ser convertida en oro puro con mi mayor respeto, y su compañía era para mí el lugar más seguro donde siempre quería estar. Quería zarpar su cuerpo con la habilidad felina de quien encuentra a su nueva presa, pero esta era una historia digna, de esas en las que entre la boca y el tiempo se entrega el alma. Era difícil al principio tocarla de forma correcta; acoplarnos, ser dos en una o hallar una manera inequívoca para que todo estuviera completamente bien, pero yo no tenía objeción, lo que me hacía sentir tras cada instante de brillantez estaba lejos de toda clase de comparación. Le dedicaba horas de mi tarde y me sentía muy orgullosa al salir con ella. En los momentos más crudos de mi cotidianidad, yo la tomaba en mis manos y no hacía falta nada; empezaba a conectarme con su espíritu, estar con ella era un elevado bienestar. Esa mujer fina, que nunca necesitaba maquillaje para lucir espléndida y solo requería buenas caricias para llegar al mejor atisbo del monte de los deseos, fue mi compañera fiel durante 5 años; al partir a Cali debí abandonarla. Ella, mi trompeta, seguramente ahora estará bien con su nuevo dueño; espero que sepa amarla tanto o más que yo y que la viva a plenitud tras cada nota, cada solfeo y cada nueva armonía. Mujeres como ella, muy pocas.

Minerva me acompañó en la Banda Sinfónica Juvenil Municipal, con antiguas marchas inglesas, porros de la Sabana y cumbias de tradición nacional; en un grupo Underground, “Trascendencia”; en la orquesta latina “LatinParch”, adhiriéndose al sabor latino,

tropical y del jolgorio, y en un grupo de Reggae, “La Toma Reggae”, donde nos tomábamos los crepúsculos para ofrecer un canto al amor y al arte. Sin duda alguna, jamás la olvidaré y, aunque no todos nuestros momentos fueron los mejores, con ella aprendí la dedicación, le di mi tiempo y mi empeño y me condujo a lugares sin nombre sobre tumbas del olvido, lugares que viven en mí y que son tan míos como la esencia misma del metal de su cuerpo que quedó adherido a mi ser.

En mi vida he sido una mujer apasionada, llena de detalles e historias atómicas, recogiendo versos entre los árboles y apaciguando el dulce corazón del viento enamorado. El cuerpo del pasado llega de súbito para enriquecer cada línea de mi vida o para darle otra forma o color; yo lo aprovecho y le doy la textura que necesite.

En noches como esta, con el olor del jazmín y la yerbabuena impregnándose en el planeta de mi cuarto, llegan las imágenes de mis ilusiones amorosas y mis juegos poéticos para embellecer cada cuadro. La primera ilusión me regresa a la imagen de un tipo con figura caballeresca de hombre gallardo; él lleva la luna por cerebro, es experto en acariciar las páginas de los libros y en acariciar mi alma con sus dotes de artista letrado y su presencia poética y burlesca. Camilo Luna, el chico de cabello azabache rizado, gafas redondas, sonrisa loca, cuerpo de arlequín y una barbilla apenas pronunciada, fue quien arribó a las playas de mis letras enamoradas por vez primera, y danzó de mi mano tiempo después como compañero de teatro y de historias. Un hombre de musas y querellas, y de una energía y un ímpetu intelectual arrasadores. Él estaba siempre cuidando de mí, me leía libros y me ayudaba con mis deberes. Me acompañaba a reuniones, me colaboraba en mis ponencias, y siempre estaba al tanto de mi relación con Minerva y con las letras. Nuestras disputas existencialistas entre la pubertad y otros demonios abrieron una brecha irreconciliable durante un año pero, por gran fortuna, el

arte nos unió de nuevo, regalándonos una visión amistosa, con una unión simbólica entre sus ideas y las mías.

Durante el tiempo de ruptura y el año de “celibato”, me fui a recorrer la literatura nórdica; la música de fondo de tal época logró estremecer fuertemente a mis instintos, con las historias narradas en voces guturales, la versión fría de las iglesias incineradas, pueblos segregados, la pobreza y la maldad apoderándose del mundo, y los ángeles caídos sobre la necesidad de unas alas rotas. Se trataba del Black Metal, una corriente surgida principalmente en mi país de ensueño, Noruega, aferrándose a la misantropía y la unión de jóvenes para derrotar el cristianismo. Durante mucho tiempo estuve asida a esta cultura e indagué sobre las diversas teorías y leyendas que ofrecía al público pero, además de hallar una prórroga totalmente oscura, encontré un enlace invencible de carácter espiritual. Tanta oscuridad y falta de sensibilidad no podrían describirme por completo, parecía un bulto de huesos que vivía por el combustible absurdo de moverse por ahí; nada resultaba placentero, todo era eximio, ruin y trivial. El tiempo parecía un chicle pegajoso que se extendía a través del espacio y no se reventaba nunca. Fueron 2 años de esta manera, viviendo en la penumbra y escribiendo para mi centro más oscuro, el que es parecido a Carolina: racionalista, poco sensible, crítica y tocada por la desertificación del alma.

A mis tempranos 15 años empecé a asistir a mi portal de los sueños: la “Fundación Comando de los Sueños”, donde adquirí una visión política más crítica y fortalecida a través de foros y talleres de Derechos Humanos, democracia y paz. Aparecía demasiada información en mi camino, pero yo me aferraba a la visión del combate y la utopía, a mi sangre roja y mi corazón que palpitaba fuertemente a la Izquierda. Empecé a viajar con colectivos juveniles, artísticos y con organizaciones campesinas; asistía a asambleas y encuentros departamentales y nacionales para la reconstrucción de las políticas públicas nacionales.

“Creíamos en la utopía porque la realidad nos parecía imposible”; íbamos atados a nuestra posición y creíamos que era necesario empezar a escribir la nueva historia del pueblo colombiano, una historia que no fuera manipulada, y empezar a dignificar la patria que es “una mujer digna y presta para amarla, y en vez de darle caricias solo se empeñan en manosearla”. Entre mis viajes, el más memorable es el viaje a Cartagena para la realización de un Cabildo Nacional de Juventudes que, más allá de un objetivo político, trajo a mi vida una experiencia sin olvido. Encontré una gran diversidad de personas ensimismadas y afianzadas a sus únicas convicciones; compartí con otros jóvenes que tenían alternativas al cambio desde su propuesta artística, y otros que desconfiaban de todos los procesos y creían que aquí estaríamos y seguiríamos entre puntos adyacentes. La complejidad ideológica llegaba a un fin: una repartición justa y una patria de todos y para todos. Además de esto, el hecho de caminar por la ciudad antigua y colonial cartagenera, descubrir el sol uniéndose con el mar al adentrarse el crepúsculo, y sentir el golpe de las olas sobre el cuerpo arrastrándolo sin pudor en un viaje azul salado, me obsequió una semana entera para alardear con el bolígrafo y mi soledad la belleza de ser abrigada por las maravillas del mundo puestas sobre el territorio de nuestro país.

Fue incontable el tiempo y el ánimo invertido en la lucha pero no fue suficiente; claramente de cada vivencia adquirimos un nuevo conocimiento y más fuerza para continuar con los procesos, pero hablar con el pueblo a una sola voz siempre resultará complejo. Lo más importante de este tiempo es que desde el arte y desde las actividades para la supervisión de las políticas públicas y la situación social logramos llegar, de corazón a corazón, a personas que necesitaban una voz de aliento y a otras que querían colaborar con el proceso. Hallamos un cambio en los niños, una visión de esperanza en los jóvenes y una voz de fuerza en los adultos del pueblo. Entre mi diario de lucha podría situar un amor revolucionario, un confrontación con el desánimo, el tedio y la incredulidad por parte de mi familia y un arraigo total de mi parte.

De otra parte, y recordado como los años de luz y hojas de antaño, llega mi temporada en el teatro, el mejor tiempo que

puedo recordar de mi existencia total. No quería exprimir la esencia de mi vida pasándole por encima y dejando a vuelo suelto lo que sería lo más importante. No podía resumirla cual fábula perdida en pompas de jabón; quería empezar a contarla y actuarla permitiendo que otros me leyeran. Mi alma parecía convertirse en una casita de pan blanco, formada con palitos de helado pintados a mil colores. Jugaba con todos mis diminutos “Yo”... Me paseaba entre los pasillos de ser niña, anciana, desquiciada, intelectual, poetisa enamorada, mujer de la cotidianidad y Carolina misma. Mi tiempo en el teatro fue un derroche de locura y encanto. Empecé a reconocer mi espacio, mis distintos planetas y mi cuerpo como la herramienta para jugar con toda la vida que empezaba a crearse sobre mí.

El grupo de teatro en el que nacían dragones, mujeres serpientes y otras personalidades es llamado “Cielo Roto”; aproveché, al pertenecer a él, para empalmar mi protesta de las musas con el aleteo de los versos junto a personas maravillosas que obsequiaron a mi tiempo, y al tiempo de muchos otros, noches de margaritas. El teatro adquirió una visión de la situación actual de la juventud y de las necesidades del pueblo en el que estábamos desarrollando nuestro sueño multifacético. Se empezaron a hacer pequeños festivales con mensajes sociales que conllevaban siempre la unión de culturas y la llegada de poetas y artistas de otros lugares del país.

En mi temporada de teatro tuve la mejor experiencia amorosa casual que he podido tener durante mi corto recorrido; se trata de mi profesor de teatro. En una noche bohemia, cuando los hilos monótonos de lluvia golpeaban las calles solitarias de Sevilla nos encontramos para compartir historias. Él caminaba cual lobo solitario perdido en el arte y en su trabajo, y yo jugaba a esconderme en los pasillos de su vida para topármele muy de frente. Esa noche estábamos citados, supongo que desde antes teníamos una cita con el destino. Él me llevó a un festival de

cuenteros, compartimos risas, anécdotas y soledades, alguna cerveza y un vino después. Salimos algunos días mientras él adornaba mi tiempo con su poesía inédita, con algún presente sencillo pero lleno de magia y novedad, y con llamadas inesperadas. Sus versos inigualables con el erotismo y la belleza de un amor que subyacía entre líneas fueron conquistando mis días. Ricardo llenaba mis días de colores, daba a mi cielo el azul que hacía falta, y escondía en su voz el laberinto del cual yo no tenía salida. En el escenario nuestra unión era perfecta y brillante, y en los vericuetos de la vida también resultó serlo, aun cuando mi familia no apoyaba nuestro encanto; las razones eran simples: él tenía 27 años y yo, 16. Ricardo era un hombre libre, y a veces libertino, amante de las obras vanguardistas y clásicas, de las plantas medicinales con poderes ancestrales, de la música africana y de las artes plásticas. Su aspecto era a veces añejo, tocado por el cansancio de sus días y la rutina extenuante, con la indumentaria típica de un teatrero y una mochila donde siempre llevaba a Silvia, su quena mágica con la que enamoraba a todo quien escuchara sus melodías y, como evento particular, me interpretaba el viaje de Shihiro hasta lograr que yo conciliara el sueño en sus brazos. Ricardo era un rodaje de ensueño. Todo en nosotros encajaba en la manera precisa, exacta. Mis días a su lado nunca eran grises; él se encargaba de colorearlos de cualquier manera o de ingeniar alguna historia “genuina e increíble” para llevarme a los campos de la irrealidad y la ventura. Estar a su lado era como navegar a la orilla de la dicha, sin regreso. Razones ajenas a su voluntad “dividieron” nuestros caminos pero, mientras tanto, mi alma duerme junto a su lecho, su beso vive en mi boca y mi recuerdo se despierta en sus manos. Aún compartimos textos clandestinos; él me dedica fragmentos de Cortázar o inspiración que se le viene de golpe al amanecer y yo le escribo entre mis noches y en los crepúsculos que semejan esa contextura indescriptible de los helados y las caricias que compartíamos. Ahora mi acción no tiene mucho valor, simplemente hago de las cosas lo que en la realidad no

podría: las hago poesía y hago de su recuerdo mi prosa literaria. Él me alimenta el espíritu y las líneas, y la espera afianza el ánimo de encontrarlo aún como una amistad otrora. Ya hemos dicho que nos dejaremos para el tiempo en que sea conveniente, para cuando podamos gozar de la poesía plena, de nuestros cantos y odas que exalten la belleza del alma, y cuando podamos gozar del festival de la vida poseyéndolo igual de hermoso que aquí. Espero que Ricardo recuerde nuestros sueños y que sepa que gracias a él ahora sé que “la palabra es como un barco de vela que navega a través del tiempo”...

Regresando a la audición musical que acompañaba mis días... Después de lanzar gritos al abismo sin recibir respuesta, decidí cambiar mi camino y logré encontrarme conmigo misma, con mi centro y con el mundo que en realidad me esperaba desde hace tanto; encontré a mis hermanos, la tripulación Rastafari. Fue un despertar al amor, sembrar una semilla positiva sobre el río de la vida y dejarle fluir; fue empezar a entender el amor al prójimo, a mí misma y a la naturaleza, comprender que cada paso es una hazaña, así como hacer de la música, del arte y de cada día una palabra y una expresión verídica en estos tiempos en los que todo se está autodestruyendo. Este último encuentro fue mi giro consciente, fue cerrar mis ojos y encontrarme, encontrar mil universos adentro y hallar la manera de construir senderos de paz entre ellos que fueran un puente con el universo foráneo. Me encontré conmigo, con mis miedos, con mis fantasmas y con los pedacitos intrépidos de valentía que me ayudarían a caminar a paso lento pero fuerte, conectada a la tierra y a las verdades ancestrales.

Antes de Ricardo yo había visitado el mundo de ultramar, las selvas encantadas con hadas y ninfas que lograron enamorarme; se trata de algunas aventuras que me hicieron descubrirme como una “mujer caballerosa” amante de otras flores, apasionada por la dirección del amor en mi vida que ahora giraba en torno a

sirenas de perla; yo no buscaba a un Romeo, esperaba a una Julieta. Fue algo que descubrí desde mis edades más tempranas, que estaba más aferrado en mí que la idea de compartir con un príncipe de cuentos arcaicos; yo no quería un príncipe bonachón, a mí me enardecían las princesas humildes y simpáticas. Este fragmento de mi vida, que aún lleva su espada de mayor poder, fue siempre difícil de sobrellevar hasta que me reconocí, y acepté que para hacer poesía podía fijar mi objeto de inspiración sobre cualquier superficie, y que nada sería mejor que tener poesía escrita en bello cuerpo de mujer, la mujer que me llevaba a dar una vuelta al mundo y de la que nada tendría que objetarse simplemente por ir de mi mano, amándonos y luchando sobre lo no convencional.

Al tiempo yo iba por mi senda encargada de la personería de mi colegio, de las labores con Minerva y de la terminación de mi último año escolar. A su vez, los viajes con los procesos sociales estaban entre mi agenda y la agitaban para verter conocimiento, aromas y voces sobre mí. Fue una época en la que el tiempo tomaba alas de ave rapaz y escapaba a cualquier sitio lejos de aquí.

Llegó la etapa final del colegio que trajo consigo la graduación, la despedida de quienes habían sido mis amigos y compañeros de lucha durante años, y un tiempo final para salir del abrigo de los viejos a encontrarme con el mundo de mil oportunidades que era la vida. En este entonces ya tenía el bosquejo de mi camino para los próximos años; había sido admitida en la Universidad del Valle y la capital del Valle esperaba por mí y por muchos otros caminantes que iban haciendo el camino para alcanzar sus propósitos y lozanías como yo.

Todo estaba resuelto, era la hora cero, “nuestra nave enhiesta, bruñida y rugiente apuntaba su broa y disparaba su arco contra el cielo inerte”; íbamos a la derecha, otros a la izquierda, pero cada uno tomó un rumbo distinto. Y así empecé a evadir el mundo tangible y a escapar de las glorias de mis días con olor felino.

La decisión fue definitiva. Todo el espectáculo de la vida tendría lugar sobre otras tierras. Al salir de Sevilla, me enamoré de una historia, de mi propia historia, de los personajes que llegaban a mi vida como fantasmas para que los recreara entre poesía. Me fui como una figura abstracta a jugar sobre algún paradigma, para desafiar la ley de la teología y exiliar todo pudor en la alienación de la letra. Me fui haciendo carne, sentimiento, letra y café... Abandoné mi vida saltando entre los bosques salvajes y taciturnos de la noche, encontrándome y descubriéndome. Los trozos de memoria se encarnaron en un cuerpo sostenido por los huesos y la carne, mientras el alma se regocijaba seduciendo las líneas de una hoja que parecía desvanecerse lanzada desde algún precipicio de un árbol para no perderse en el asfalto de una ciudad que huele a polvo y a historia trunca...

El día que llegué a Cali, me esperaba un sol vespertino tan perspicaz como mi misma mirada esa tarde. Mi mirada tenía ahora un reflejo oscuro, gritaba los versos más tristes y desaforados. Todo parecía un sueño en el que no quería estar; los caminos atiborrados de humo, de transeúntes que viajaban agitados sobre las carreteras de la existencia y el dolor de dejar mi vida a flor de piel. Me cubrí en mi velo oscuro, crucé la ciudad entera y continué el camino hasta llegar a mi nuevo hogar en algún barrio silencioso del sur, “El Jordán”, a donde vendrían a reposar mis esfinges y donde la tristeza me tornaría un ser escuálido y famélico.

Fue el 18 de enero del 2013 cuando arribé a Cali y me abandoné. Es con una especie de temor con el que empiezo a referir mis últimos momentos; me sentía flagelada incluso por las alas de un ángel, el viento besaba mi rostro pero sentía cada beso como una roca, como caricias de serpiente y aurora de inexactitudes. Mi cuerpo efímero, volátil y ahora vulnerable ante las fuerzas de Neptuno se abalanzaba contra el peso de una existencia brumosa, con una mirada cubierta de vapor, alternativamente

tierna, cruel y soñadora reflejando la palidez del cielo que traía los recuerdos de los días blancos, tibios y velados que se confundían con la gota libre que, al bajar por el rostro, se hacía agua, río y desolación. Mi palabra se asemejaba al paisaje bello, a la brisa que canta burlando los nervios excitados de un organismo lánguido y adormecido. Fueron 8 días de invierno implacable, de hielo y espada. Me arrasaba una tormenta de fuego, la corriente intensísima de la Parca. El cielo era ahora bajo, grávido y más pesado que una losa sobre el espíritu que gemía y se abrazaba a la bandera del pasado. Ahora estaba sin una nube de hierro que me protegiera, no estaba en las manos de nadie, no estaba en mi historia y mucho menos en el tiempo.

En estos últimos días fui un cadáver exquisito al que le enorgullecía sentirse grotesco. Una colección de versos soslayados a la luz de una vela silenciosa que gritaba mi nombre y mis cuentos. La luz era una balanza en la que reposaban las alas de una mariposa, y la esperanza pasó a ser como un murciélago que ahora batía las alas tímidas contra los muros y el placer. Yo no era ahora mucho, no era de nadie y mucho menos del tiempo; vivía sin vivir en mí y empezaba a morir en trozos de rabia, de lo absurdo y de la contaminación. Me extrañaba demasiado, extrañaba a la Carolina que había estado siempre para reivindicar y para considerar las visiones elocuentes y dicotómicas del mundo. Los designios extraños de la biología y la identidad metafísica me jugaban una mala pasada.

Al final, sobreviviendo en mi planeta cuadrado que ahora medía 4×3 , supe que la vida era una fiera divertida pero cobraba factura; que mis noches se reducían al comentario de la vida, y el insomnio y las ojeras contaban sus propias historias semejando un orgasmo de alquiler sin ruido. El mismo ruido que ocasionaba en mi mente esa lámpara intermitente que golpeaba la calle y que me llegaba de súbito por el reflejo de la ventana al amanecer. El despertador de las 5 de la mañana era horrible;

sentarme a debatir mis soliloquios era horrible, entrar a esta realidad adversa pero tan mía era ahora horrible. Simplemente todo empezó a ser horrible y decorado por la fealdad, lo duro y lo poco de mí fue deletreando nombres y suvenires en las estrellas mientras alguna estrella me deletreaba.

Fue un domingo entre árboles y sinsabores, y el canto del búho como fondo amenazante, cuando decidí dejar mi vida. Ese 27 de enero bajo la lluvia que yacía en mi rostro durmió mi cuerpo solemne diciendo adiós a su vida para reencarnar en una nueva, una que le llevara al campus de la sabiduría y la letra plena. La tierra sobre la que reposaba mi cuerpo se convirtió en un calabozo húmedo presto a la compañía de la mujer impronunciable; me fui, me fui en un coche fúnebre que desfiló por mi alma y logró incinerarla; me fui sin el canto de las aves y sin el ritual del niño que vive cual anciano; me fui y dejé la sonrisa de infante y me dejé a mí misma. Los ángeles llevaban ahora el ojo furtivo y yo no regresaría a mi alcoba para deslizarme a la muerte sin ruido; recibí el beso frío de la luna y me despedí de ella, de Carolina, para darme paso a otra personalidad. Llegó la mañana lívida y encontré mi lugar vacío donde aún en estas noches reina el frío y lo incierto.

Yo morí esa noche. Muchos pedazos de mí se fueron con cada alma que pasó por mis parques y relatos; yo fallecí en esas horas para renacer en otra poesía narrada por otro ser salvaje, nuevo y aguerrido. Dejé las epístolas que quedaron sobre mi epitafio, agradeciendo a cada pequeño personaje que había hecho de mí una persona diferente sobre líneas distintas. La tinta de mis versos era sangre derramada y yo fui la metáfora que yació putrefacta sobre el devenir y la miseria fértil.

Morí en ese instante. No logré los deseos de ser inmortal o de ver la luz más allá de los ojos desafiantes de una habitación desordenada llamada vida. Me abatí y caí pétalo a pétalo cual

flor de papel en remolino entre el viento, y me fui a danzar a lo eterno con la diosa de la luz imaginaria. Me arranqué hasta la piel, la desgarré desde las entrañas y me sacié con voracidad. Dormí en el hechizo y en el perdón de la historia que fue contada en distintas voces, pero vivida sobre una sola línea que solo esperó un viaje por el pasaje final y que se permitió dejar su esencia sobre estas hojas, que más que sustancia son píldoras bélicas que regresan mi recuerdo a la vida, y que serán contadas a otros seres que, como yo, son símbolos que fluctúan entre la santidad y la locura.

Episodios

Miguel Ángel Martínez Caicedo

Fui engendrado y, nueve meses después, dado a luz a los catorce días del mes de noviembre en el año 1992, en la ciudad de Cali. No tengo presente muchos eventos que pudieron haber transcurrido durante mi niñez, pero debe de ser por algo. Mi vida nunca ha sido muy novedosa ni ha estado llena de historias asombrosas qué contar, pero narraré lo que recuerdo.

Vivía en un ostentoso condómino al norte de la ciudad, según recuerdo, aunque la realidad era otra. Era un conjunto de casas pequeñas, con aspecto de cubículos; en uno de ellos habitaba mi pequeño ser. La pequeña casa, el lugar donde pasé mi niñez, constaba de tres cuartos, una cocina y dos baños. Dormía solo en un cuarto lleno de figuras de acción, carros de todos los colores y cualquier otro juguete deseado en la época; juguetes que nunca usé, pues no eran de mi interés. Creo que estaba en la época en la que daban los mejores TV shows, y me dedicaba a verlos en mi tiempo libre, fantaseando mientras saltaba entre canales en mi pequeño pero luminoso cuarto. Tengo dos hermanas, no muy interesadas en mí por aquellos días; no tengo recuerdo alguno de ellas estando conmigo, solo recuerdo cómo jugaban entre ellas, siempre tan distantes con quien las había desbancado y

ahora era poseedor del trono. Así fue como mi vida transcurrió tranquilamente en mi cuarto, durmiendo y comiendo mientras me la pasaba todo el día de Pokemon a The Power Rangers. Creaba escenarios con los cobertores de mi cama como un loco. Pero bueno, se supone que eso es lo que hace un niño, cuando su estado mental aún no se pone en tela de juicio. Extraño esa libertad sobremanera.

Llegó por fin mi primer día de clases, día que había anhelado por mucho tiempo. Atravesaba por ese momento de la vida en el que quieres saber más y la escuela parecía prometedora; además, siempre había querido usar uniforme y tener responsabilidades. Aún recuerdo esa madrugada del demonio en la que mi mamá me levantó a las 4 a.m., pero no me quejé porque ahora hacía parte de las responsabilidades adquiridas que tanto había querido tener.

Después de un recorrido de casi una hora por toda la ciudad de Cali, recogiendo niños de todos los estratos y colores, llegamos finalmente a nuestro destino. Ese infierno impregnado de olor a plastilina y a tempera barata, donde nadie respetaba lo de nadie y la forma más digna de sobresalir entre el resto era llorando y haciendo pataletas satánicas con el fin de conseguir algo de atención. Para alguien criado de una forma tan egoísta, en un ambiente controlado por mis gustos y disgustos, el llegar allá resultó desastroso; cero privacidad o silencio. Me atrevo a decir que ninguno de mis ex compañeros notó alguna vez mi presencia en ese lugar, puesto que me había apropiado de una esquina en la que tenía amontonado todo lo que usaba en el día, y nadie se atrevía a tocarlo. Recuerdo que lloré como loco el primer día que mi madre me dejó abandonado en aquel lugar; aún conservo el recuerdo de su silueta alejándose mientras mis ojos se aguaban cada vez más y el pánico crecía en mi pecho, hasta que me hice un mar de lágrimas. Mi profesora María Helena, una mujer robusta y de tez oscura, que siempre vestía

de blanco, trató de controlarme con un abrazo que aun comparo con una camisa de fuerza que me sostenía cada vez más fuerte contra su ser.

Pasaba mucho tiempo en casa de mi abuela, puesto que en casa todos madrugaban para cumplir con sus deberes y para hacer lo que se supone que la gente adulta debía hacer. La ruta me dejaba en casa de mi abuela, una casa grande y vieja, habitada por absolutamente nadie a excepción de ella y su empleada de ese entonces, de quien terminé siendo muy buen amigo; fue ella quien me enseñó a jugar parqués. Recibía la llamada de mi padre casi a diario, una llamada que odiaba recibir y que evitaba lo más posible. Para mí era un desconocido a quien le habían asignado el nombre de “padre”; era alguien por quien no sentía nada en absoluto, solo un sentimiento muy distante de respeto que con el tiempo desapareció. Mi madre era y es mi apoyo en absolutamente todo; ella siempre ha estado ahí para mí.

Empecé a cursar la primaria en el colegio Americano, donde pasaba la mayor parte del día, y donde me enamoré de muchas cosas que aún me mueven por estos días. El gusto por leer es lo que más agradezco. Mis habilidades para interactuar con mis congéneres no siempre han sido muy buenas, por lo que el tiempo libre que tenía en el colegio lo usaba para entrar en aquel recinto con olor añejo y de luces bajas, que se convirtió en mi refugio y la musa de muchas de mis mejores ideas.

Creo que siempre me he caracterizado por tener muchos interrogantes; unos relevantes y otros no tanto. Estuve en una clase en la que preguntar de más era casi que un delito, entonces ¿para qué iba a la escuela si no podían ayudarme y no podían explicar lo que ellos mismos predicaban? En esta parte de la historia es cuando entra Amanda, la mujer que hizo de mis clases de Religión una completa tortura, quien sembró un mar de dudas en mí y por quien eventualmente abandoné la escuela.

Amanda era una mujer blanca como la harina y gorda; no me atrevo a especular sobre el color de su cabello porque siempre iba con su traje de monja bien puesto, y no dejaba ver más que lo necesario. Se caracterizaba por ser de “mano fuerte” o, por lo menos, eso era lo que decían, pero a mi parecer era más bien grosera y petulante. Entraba a su clase con una actitud retadora y de sabelotodo que yo personalmente no soportaba. Sus clases en general eran sobre Dios y religión, pero durante la clase surgían preguntas que necesitaban que fueran atendidas; así que un día decidí lanzarme y le pregunté que cómo era posible que un ser tan magnífico como el que ella pintaba fuera real. Aparentemente, mi comparación de Dios con un amigo imaginario fue lo que la sacó de quicio. Desde aquel momento mi relación con Amanda se deterioró de tal forma que me acusó de ser el anticristo en una de sus clases y, no muy seguro de lo que quiso decir, puse la queja. Consecuentemente, se armó tremendo rollo y mi madre decidió que no debía seguir más allá.

A excepción de lo anterior, mi escolaridad en general fue muy tranquila; me movía del colegio a la casa y viceversa, y solo me preocupaba por destacarme en aquel contexto, mi zona de confort. Al iniciar bachillerato ya no vivía en el norte, me mudé al sur de la ciudad, al barrio Valle del Lili, donde conocí a quien consideraré como mi primer amor. El tema me era completamente indiferente, pero noté que algo había cambiado cuando conocí a la que fue por seis meses mi mejor amiga, que pasó a ser mi novia de un año. Solamente saber que la vería me hacía tan feliz como nadie podía imaginar; nunca me vi, ni me lo hicieron saber, pero puedo estar seguro de que el rostro se me iluminaba con la presencia de Christina. Mi vida amorosa no ha sido la mejor, por lo que esta es la historia más amorosa que puedo narrar aquí, porque hasta ahora nadie más me ha hecho sentir de la misma forma; por el contrario, otras relaciones han sido muy turbulentas y para nada fructíferas.

Llegó el gran día en el que estaría a solas con mi padre por mucho más tiempo del que yo hubiera pedido. El 11 de noviembre de 2009 me encontraba preparando mis cosas porque, sin mi consentimiento, habían comprado tiquete y me tenían un viaje programado para el día 12 del mismo mes. Querían darme una sorpresa, pero la sorpresa era que yo no quería ni asomar mi cabeza por los Estados Unidos y menos para pasar tiempo con alguien a quien no conocía del todo. Así fue como partí el 12 de noviembre del 2009 a las 4 a.m. hacia el aeropuerto. Los nervios me carcomían y recuerdo que fue la primera y única vez que estuve disgustado con mi madre; no se suponía que hicieran planes conmigo sin contar conmigo, y de verdad que eso me molestó mucho. Esperé una hora en el aeropuerto mientras revisaban que todo estuviera en orden y buscaban el nombre de la azafata que se haría cargo de mí durante todo el vuelo. El vuelo sigue siendo la experiencia más desagradable que he tenido, y aunque no era la primera vez que montaba en un avión, fue como si lo fuera. Los nervios y la ansiedad me carcomían por dentro y fue esta la primera vez que escuché sobre gastritis. Sentado junto a una joven de mi misma edad, quien hablaba y preguntaba mucho, me hizo sentir más cómodo y relajado, aunque solo fuera por escasas dos horas que fue lo que duró el vuelo hasta Boston. Para empeorar la situación, la ciudad estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, para la que no iba preparado. Esperé por casi hora y treinta minutos en el aeropuerto, sometido a ese frío glacial, esperando a que el susodicho llegara por mí.

Pasé el mes más largo de mi vida, encerrado en un cuarto de hotel a una altura de quince pisos. Mi padre, como es habitual, trabajaba hasta en vísperas de Navidad, por lo que pasé la mayor parte del tiempo solo, luchando con un idioma que no comprendía del todo y sin ayuda alguna porque hasta el control remoto del televisor era difícil de manejar. Después de dos días me las arreglé para decir números en inglés por el teléfono y así

pedir lo que comería durante el día. El 25 de diciembre fue el día que finalmente conocí a este extraño en todo su esplendor, Miguel Enrique, mi padre, un hombre muy tranquilo, alto y delgado, que tiene una educación que me deslumbró. Después de pasar tres días completos con él, sentía que lo conocía de toda la vida, y volvió la confianza que tenía en él,

Al regresar a Colombia tenía muchas cosas que contar a mis conocidos sobre aquella experiencia que marcó mi vida y de la que aún conservo algunos recuerdos.

Recientemente emprendí esta nueva aventura, la de la vida universitaria, llena de retos y de responsabilidades por asumir; de gente nueva y de cosas por aprender que me emocionan mucho, ya que será vital en mi formación como persona y como profesional.

Espero tener la oportunidad de vivir muchas nuevas experiencias que me permitan agregar nuevas líneas a mi texto a futuro. En las líneas anteriores están contenidos los episodios más relevantes de mi vida o quizá lo que estaba dispuesto a compartir con ustedes, espero disfruten leyéndolo y se sientan identificados de alguna forma.

Momentos

Nathalia Serrano Reyes

Recuerdos

Había un destello de luz que iba y venía repetitivamente y a pesar de mi penoso intento de bloquearlo cerrando mis ojos, este dejaba un rastro de lucecitas danzantes revoloteando por el rostro de mi abuela, quien, sosteniendo la cámara con fuerza, seguía empenándose en disparar flashes como si su vida dependiera de ello. “Vamos mi muñeca, sonríe a la cámara”, demandó con voz dulce mi mamá desde algún lugar de la habitación. Recuerdo no entender muy bien qué pasaba, pues pensaba que las fotos eran solo para ocasiones especiales, porque “el rollo se acababa” y la mayoría de las veces, esas “ocasiones especiales” implicaban tener un pastel de por medio, y en ese momento no veía pastel alguno. Aun así, casi de manera automática hice lo que mamá me pedía, y la luz de un último flash destelló a través de mis parpados aun cerrados.

Hace algunos meses me encontré con aquella foto, tenía sus bordes recortados en pequeños intentos de ondas y alguna que otra viruta de escarcha brillaba aquí y allá, lo que significa que esta fue una de mis desafortunadas víctimas de alguno de mis ataques artísticos. Más dejando esto a un lado, aun se puede observar claramente a la pequeña niña capturada en ella; es una mini versión de mi misma, con su cabello castaño apenas rozando las puntas de sus orejas, un flequillo que tapa ligeramente sus ojos cerrados con firmeza y una gran sonrisa dibujada en sus labios. Al darle vuelta a la fotografía, pude finalmente entender a qué venía tanto alboroto de aquel día: “Mi primer día de clases, 04-09-01”, rezaba al reverso de esta, escrito en tinta azul con la delicada y elegante caligrafía de mamá. Al observar de cerca la imagen, muchos recuerdos invaden mi mente, puedo casi sentir la textura ligera de la falda con volados color gris, y recuerdo lo molesto que me resultaba el tieso cuello de la camisa blanca, o

lo mucho que amaba el maletín azul cielo con la imagen de un hambriento Garfield comiendo su lasaña que adornada el bolsillo delantero.

Aquel día inició mi primer año en un “colegio grande”, o así me lo explicó mi abuela cuando le lloré diciendo que no quería ir a otro colegio que no fuera el de ella, y es que ¿Quién quisiera dejar un sitio donde tienes juguetes, amigos, comida y a tu abuela? Eso era mi “todo en uno”. Pero a los 5 años no tienes mucho poder de palabra; seguramente después de un “te divertirás y harás nuevos amigos”, la pequeña Nathalia terminó caminando por el pasillo de un amplio auditorio donde darían la bienvenida de inicio de año, ese mismo auditorio donde, 14 años y muchas anécdotas y experiencias después, yo cerraría el ciclo que había iniciado esa mañana del 4 de septiembre de 2001.

De vuelta al inicio

Los niños corrían de un lado a otro de la cancha de grava que era, a su vez, el centro de la escuela, con los salones extendiéndose a sus costados. Todas las paredes eran de un color amarillo crema que hacía resaltar los diversos y chillones colores de las puertas (tiempo después descubriría que era un color para cada grado). De cierta forma, me recordaba a uno de los muchos pueblitos de Colombia, que tienen el parque como eje central y todo lo demás simplemente fluye a su alrededor.

Era poco más de las 8 a.m., pero el sol parecía ya estar en todo su furor con un brillo especial, y era como si cada cosa tuviera su luz propia gracias a aquel sol; todo parecía más feliz. Pero esa felicidad costaba el aguantar más de 40 ardientes grados, o al menos así lo sentía yo a través de la falda caqui y la camisa del mismo amarillo que predominaba en todo lo que me rodeaba, ambas de una tela mucho más gruesa que con la que yo consideraría vestirme a diario en una isla tropical. Sin embargo, todo era “cuestión de costumbre”, frase que se había convertido

en el mantra favorito de mi mamá por esos días. Además, justo en ese momento, yo tenía otras cosas en mente, los nervios y la ansiedad estaban haciendo tanto caos dentro de mí, que a pesar del intenso calor, mis manos habían sido reemplazadas por un par de témpanos de hielo.

Observaba, por un lado, a los niños que pasaban cerca de la banca donde yo me encontraba sentaba; algunos iban en silencio, arrastrando sus maleticas de rodachines mientras parecían mantener toda su atención en cada paso que daban. Por otro lado, también pasaban grupos de chicos, riendo a carcajadas, empujándose juguetonamente entre sí, y lo radiante de sus sonrisas hacia juego con lo resplandeciente del sol. Seguía con mi mirada a cada uno de ellos hasta que desaparecían tras alguna de las muchas puertas de colores; inclusive algunos atravesaban la puerta de color verde que estaba a mi lado, era un verde como el de las hojas más brillantes de los árboles en plena primavera, con el fuerte contraste de un numero 4 hecho en foami negro, puesto en el medio de esta. Quizás, fue debido a los nervios o al sofocante calor que sentía que había pasado una eternidad sentada en aquella dura e incómoda banca, cuando por fin vi a dos personas acercarse a mí. Reconocí de inmediato al hombre de tez oscura y gruesos lentes que me había “recibido” esa misma mañana, o más vale que me había observado por escasos 3 segundos al entrar a su oficina, para luego despacharme casi de inmediato con un “espera por mí en la puerta cuatro”, y volver a sumergir su mirada en el monitor como si yo me hubiese esfumado con sus palabras.

A su lado venía caminando una mujer, se veía de unos treinta y algo, su piel, un poco demasiado blanca, parecía palidecer aún más en contraste con el vestido de volados blanco que llevaba; su cabello castaño le llegaba un poco más abajo de su mandíbula, y se sacudía ligeramente con cada paso que daba. Cuando finalmente se detuvieron frente a mí, pude apreciar sus rasgos,

mismos que a primera vista podrían resultar un poco toscos, pero su cara se suavizó de inmediato cuando sonrió al encontrar su mirada con la mía. “Nathalia, ella es la juffrouw Monique, va a ser tu maestra. De ahora en adelante lo que necesites dile a ella”, dijo él en el mismo tono apresurado y cortante de esa mañana. Después, se dio vuelta y regresó por el pasillo que habían acabado de recorrer. Volví mis ojos a la mujer que aún seguía parada frente a mí, y ella volvió a sonreír: “Goedemorgen Nathalia... lo siento, mi español no es muy bueno, pero voy a intentar que nos entendamos”, dijo ella tomando la chapa de aquella puerta verde. Su voz era ronca y gruesa a la vez, y su acento holandés se impregnaba en cada palabra que pronunciaba, haciéndola sonar quizá un poco más cortante de lo que pretendía. Le respondí con una pequeña sonrisa, seguía demasiado nerviosa como para hablar. “Está bien, vamos a clase entonces”, prosiguió ella al ver que yo no decía nada.

Llegamos al salón, y ella abrió la puerta dejándome pasar a mí primero; al entrar, me congelé. De pronto, me topé con alrededor de 20 pares de ojos que me observaron fijamente por un instante, para después centrarse en la persona que estaba junto a mí e inmediatamente, en un movimiento que me recordó a un resorte, los 20 niños que tenía al frente, se levantaron de sus puestos y recitaron un “Goedemorgen juffrouw Monique”, en perfecto unísono. Ella sonrió contestándoles a su saludo; acto seguido, y como sucedió durante mis primeros días en aquel lugar, fue como si estuviese observando una película en chino sin subtítulos. Veía la boca de la profesora Monique moverse, y escuchaba su voz, pero nada de lo que decía tenía significado alguno para mí. Recuerdo que el salón estalló en carcajadas, y eso hizo a mi estómago retorcerse en pánico; creo que esa fue la primera vez que fui totalmente consciente de cómo las cosas habían cambiado. Hasta ese momento todo había parecido un sueño: mi primer viaje en avión; la primera vez que el agua fría y salada del mar tocaba mi piel, y el levantarme muy temprano

solo para ver el hermoso amanecer en la playa junto a mi mamá. Pero la realidad era que no estábamos allí para unas vacaciones tropicales; ese era mi nuevo hogar, y en ese instante estaba enfrentando mi reto más grande hasta ese momento.

Escuché, entonces, la ronca voz de la profesora decir mi nombre, fue la única palabra que entendí en el rato que ella llevaba hablando. Me hizo una seña para que me acercará y arrastrando un poco mis pies me dirigí al frente del salón; ella volvió a hablar, y esta vez logré entender dos palabras: Nathalia y Colombia. Sentí mi corazón golpetear dentro de mi pecho, pues si a duras penas lograba entender mi nombre, ¿cómo se suponía que iba a estudiar allí? Recuerdo haber añorado locamente en ese momento aquél colegio de monjas del que tanto me había quejado tres meses atrás; hubiese estado dispuesta a atender felizmente a 15 horas de religión con la testaruda hermana Clara con tal de no estar allí en ese momento. Juffrouw Monique me hizo sentar en una de las mesas de madera de cuatro puestos más cercanas a su escritorio. Mientras, yo sentía la mirada de todos sobre mí, pero mis ojos estaban clavados en la superficie roja que estaba en frente de mí; la observaba como si fuese la cosa más interesante sobre el universo, aunque en realidad estaba pensando que, en ese preciso momento, yo tendría que estar del mismo color de la mesa.

La clase empezó y un niño se acercó a las mesas pasando un libro a cada persona, al recibirlo le sonreí tímidamente; en cambio, él me dio una gran sonrisa para después seguir repartiendo libros. Abrí mi libro, y lo que vi solo me asustó más, pues eran páginas y páginas de texto. Por las imágenes de células y de plantas que encontraba ocasionalmente, supe que se trataba de Biología, pero lo demás solo me parecía como si alguien hubiera decidido juntar letras al azar. Nuevamente, no entendía nada. Llevaba alrededor de 15 minutos de clase, y yo ni siquiera sabía en qué página debía abrir el libro; en ese instante entonces, pensé en

lo horrible que iban a ser los días que me esperaban, pues ¿qué sentido tenía ir a sentarme cada día por 5 horas y no entender ni una palabra? Simplemente me desesperé y de repente sentí como las lágrimas empezaban a picar en las esquinas de mis ojos; me parecía ilógico que de un momento a otro yo fuese a entender el holandés, mucho menos a hablarlo; eso se veía tan lejano, tan... ¡imposible! Quise salir corriendo de allí, pero en el momento en el que levanté mi mirada, me topé con la profesora que me estaba observando atentamente. Se acercó y tomó el asiento de enfrente. “Nathalia, no te preocupes, vas a aprender poco a poco”, dijo mientras cerraba el libro. “Vamos a comenzar por las cosas básicas, y después podrás leer esto”, sentenció con una sonrisa. Escuchar esas palabras y la forma en las que las dijo me resultó reconfortante, era como si una promesa estuviese implícita en ellas; sentí que no estaba sola.

No voy a mentir. Las semanas siguientes a aquel primer día no fueron fáciles; muchos de los recuerdos que tengo de ellas incluyen el entrar llorando al carro de mamá al terminar otro largo día de no entender nada, pues a pesar de que Juffrouw Monique dedicaba dos horas diarias solo a enseñarme holandés y papiamento, yo sentía que no estaba avanzando nada. Recuerdo decirle en voz casi histérica a mi mamá que me sentía como una bebé aprendiendo a hablar de nuevo, y es que en más de una ocasión recuerdos de mis primeros años de vida invadían mi mente, pues la forma en la que estaba aprendiendo se asemejaba mucho a las cosas que solía hacer en el preescolar de mi abuela: el cantar el abecedario, dibujar un objeto que comenzara con cada letra, la plana del 1 al 10... Prácticamente, podía sentir el olor de la colada que solía impregnar los salones del jardín infantil mientras cantábamos rondas a las 10 a.m. “Es que exactamente eso es lo que estás haciendo”, me contestó mi mamá con voz calma mientras limpiaba mis lágrimas. “Sé que no es fácil mi muñeca, y no puedo ni imaginar cómo te sientes cada día, pero ten paciencia; dale una oportunidad a las cosas, yo sé que eres

capaz y que esta experiencia va a cambiar nuestras vidas. Las cosas maravillosas nunca son fáciles”. A pesar de las palabras de consuelo y de ánimo por parte de mamá, en ese momento no veía cómo, pero las cosas pronto empezaron a mejorar. Días después ya podía formar frases enteras en papiamento y holandés; ya hablaba con mis compañeros de clase y, al cumplir los dos meses, hice mi primera presentación oral en holandés ganándome un 5 y una sonrisa de orgullo de parte de Juffrouw Monique. Aunque aún me faltaba mucho camino por recorrer, ese momento me marcó porque entendí que por más oscuras que parezcan las cosas, todo pasa, nada es para siempre; no lo son las cosas buenas, pero tampoco lo son las malas.

Creo que nunca fui consciente de cuánta razón tenían siempre las palabras de mamá, pero hoy, siete años después, no puedo imaginar dónde estaría yo sin aquella experiencia que me cambió la vida en más de un sentido. Cada pequeña cosa que pasó desde el momento en que nuestro avión aterrizó en esa isla, me llevó a ser quien soy hoy; sin ellas, probablemente ni siquiera estuviera escribiendo estas palabras, pues cada risa y cada lágrima, cada decisión y cada error, me llevaron a estar aquí sentada en este preciso momento y sí, probablemente no es lo que imaginaba, pero nunca nada es como lo imaginamos, mas eso necesariamente no tiene por qué ser algo malo.

Entre las nubes

Brenda Millán González

Blancas como el invierno y frescas como el viento de primavera... La sensación de estar entre las nubes la recuerdo vívidamente. Te subes y sabes que no volverás a ver tu punto de salida a no ser que tengas a tu familia en esa salida o te guste estar mirando atrás. Y allí dentro, cómodos asientos abullonados de color rojo, azul o gris; eso depende de que aerolínea elijas para tu viaje. Tal vez los colores son una premonición de cómo será el viaje. Cuando he viajado en asientos azules, la he pasado muy chévere; una salida linda y una llegada aún más hermosa, pero siempre con un regreso. Cuando los asientos han sido rojos, me he demorado poco pero las llegadas han sido confortables, y he quedado con ganas de regresar de nuevo. Y cuando han sido grises, al principio no me han dado ganas de viajar, pero con el pasar del tiempo me he dado cuenta que, a veces, lo mejor siempre llega al final.

82

Mi nombre es Brenda Yidith Millán González. Nací el día 14 de enero de 1996 a las 7:50 a.m., en el Seguro Social que, hoy, es la nueva EPS la Sucursal del Cielo, Cali, en mi país Colombia. Mi padre, Ferley Millán Mejía, actualmente se desempeña como ingeniero técnico en la fábrica de Chicles Adams en Cali, y mi madre, Lilia González Tagara, es ama de casa.

No recuerdo nada de la primera vez que me subí en un avión, pero sé exactamente cómo me siento hoy en día. La adrenalina de subirme en ese aparato casi 20 veces más grande que tú con esas aletas, es como jugar a ser un pájaro gigante. ¿Cómo olvidar el vacío que se siente al despegar y al aterrizar? Nunca cambia o al menos no para mí. La primera vez que viajé con mi madre y mi hermana menor, Luisa Fernanda, tenía tan solo cuatro años, pero estaba cerca del siguiente enero. Ese año fue de muchos cambios para nosotros como familia. Aún recuerdo las blancas

lloviznas y los hirvientes andenes de verano... cambiamos de país, de idioma, de cultura, de clima y de muchas otras cosas, pero nunca dejamos de amarnos ni de protegernos siempre el uno al otro.

Mi vida escolar siempre ha sido tan movida como una clase de Zumba, y tan confusa como los pasos de una Salsa Choke que nunca la entenderé. No he llegado a tener estabilidad, pues he cambiado mucho de escuelas, de ciudades y, ahora, de país. Viví en Italia por más de doce años; fue un viaje en asientos azules, bastante largo diría yo. Hoy me encuentro de nuevo en la Sucursal del Cielo; como dicen por ahí “la sangre llama”. Tal vez esta sea mi oportunidad de estabilizarme en algún lugar, aunque confieso que sería aburridora la rutina de un solo país. Ahora quisiera devorarme el mundo, conocer más y más de lo mucho que hay por descubrir en este planeta. Volviendo a lo de mi vida escolar, recuerdo a mi profesora de primaria en Italia. Ella era grande, inmensa, tenía unas manotas, y con su bata azul se paseaba todos los días por los jardines de la escuela. Ella era Sor Giovanna; tal vez suene raro, pero ese es tratamiento que se da a las monjas. Recuerdo cuando me enseñaba a escribir, a pintar, y a hacerme entender de los demás; ella me prestaba toda su atención de manera muy particular. Sor Giovanna ejercía su profesión de maestra en un colegio privado donde, ante los ojos de los demás, yo no era más que una extranjera detenida ahí por falta de documentos. En la pequeña escuela de monjas no podía faltar la capilla donde Sor Giovanna me enseñó a creer en Dios y a postrarme ante Él con un corazón agradecido. No es que sea una fanática religiosa ni nada parecido, sencillamente siempre tengo presente todos los “ojalá” de mis padres y los míos. La mensualidad era cara para un solo sueldo, el de mi padre, pero gracias a Dios todo era posible y muy pronto íbamos a instalarnos en este nuevo mundo legalmente, y a vivir los mejores años de nuestras vidas.

En quinto de primaria, mis padres decidieron trasladarme al colegio público “Cocconi”. Creo que fue el peor año de mi vida porque pasé de una institución rígida a una en la que creí estar en un manicomio. Los niños eran raros; saltaban por todos lados y se comportaban como verdaderos locos; hacían cosas muy diferentes a las de los niños de antes y nadie les decía nada, parecían salvajes. Yo me sentía como si estuviera en una jungla, como si fuera un conejito blanquito y tierno en medio de micos peludos y saltones. No había reglas, y pocos eran los que sobrevivían a esa locura. Era un contexto muy diverso y yo tenía que aprender a entenderlos a todos, pues cada uno tenía sus problemas familiares y sus debilidades que escondían detrás del caos. No obstante, me sentía fuera de lugar cuando veía a mis compañeros enrollar pedazos de papel y encenderlos como si fueran cigarrillos, y traer condones e inflarlos como globos. Era un mundo del que nadie nunca me había hablado o mostrado, y me sentía asustada de la diversidad; era como ver a un negro rico en la época del capitalismo, algo muy diferente a lo que nos cuentan los libros de historia. Entonces, desde ese año, quinto de primaria, en adelante, siempre estudié en colegios públicos, pues ya estábamos documentados y, por tanto, bien vistos ante la ley.

En séptimo cambiamos de ciudad. Ya no vivíamos en Parma, una ciudad grande y caótica, sino en el pueblo Fidenza que era más tranquilo y con más zonas verdes lo que era mucho mejor para mí. Mis recuerdos anteriores son muy confusos y escasos, mientras que de mi traslado en adelante sí tengo más nítida las imágenes. Recuerdo mucho mis compañeras. Terminé octavo y culminé mi segunda etapa, después de la primaria, el bachillerato, en Italia. Continué mis estudios enfocándome en los idiomas, así que entré al liceo lingüístico “Paciolo D’annunzio”. Permanecí allí por tres años, en un edificio que para mí parecía una cárcel; tenía blanco y gris por todos lados, y sus ventanales tenían una secuencia tan ordenada que me recordaban los hospitales. Esos

años no fueron fáciles de sobrellevar como ya me lo esperaba. Tuve un cambio en mi personalidad, mis metas y mi cuerpo, pues se alborotaron mis hormonas. Ya no era la misma de antes, ese conejito blanco ya no estaba; esos monos me habían contagiado, y esa diversidad ya no me resultaba tan extraña, pues yo ya era parte de esa loca realidad

Fue todo muy caótico y confuso hasta el día en que, por razones económicas, estábamos perdiendo la casa, las deudas eran muchas y nos iban a hipotecar nuestra vivienda. Así, con muchísimo dolor y muchas lágrimas derramadas, sin pensarlo dos veces viajamos toda la familia en ese avión que me trajo aquí devuelta. Al principio admito que mi viaje fue en asientos grises, opacos, incómodos. La verdad, no me gustaba mucho ese vuelo que había tomado mi vida. Llegué a Colombia y entré a la Normal Superior Farallones de Cali, lo que fue una de mis mejores experiencias. Al principio fue duro tratar de dejar a un lado mi tristeza y mi nostalgia por el país. Después de unos meses de estar entre niños y enseñarles, y de que te llamen “profe” y sentirte tan pequeña para un nombre tan grande, eso me motivó en mis dos años en la Normal Pedagógica. Creo que fue en ese instante cuando cambié de vuelo; estaba volando otra vez en asientos azules, libre, ligera, cómoda y feliz. Le tomé mucho amor al estudio y me volví a enamorar del inglés, y al final de once me gradué. Un viaje que me trajo hasta el hoy, el día en el que estudio en una de las mejores universidades de Cali. Actualmente soy “Univalluna” y estoy haciendo la carrera que siempre he anhelado concluir. Ojalá pueda terminar mi viaje y volar en muchos otros asientos más, pero siempre en mi asiento de color azul; libre, ligera, cómoda y feliz.

Recuerdos con itinerario

Nathaly Monedero

CAPÍTULO I

Haciendo un esfuerzo para lograr escribir esto, llegan a mí aquellos recuerdos de mi infancia que, aunque son un poco extraños y borrosos, inundan mi alma con una profunda alegría y nostalgia, pero me permiten reconocer las cosas que hicieron de mí quien soy hoy.

Al tomar un cuaderno viejo para hacer los apuntes iniciales de esta autobiografía, pensé en los primeros útiles escolares que me regalaron; fue una vecina de la que no logro recordar su nombre. Usualmente, ella pasaba por mi casa en las noches, pero en una de esas tantas noches, y aún me pregunto por qué, ella decidió detenerse y regalarme un cuaderno de Fruticas, de esos que olían delicioso pero que a su vez causaban náuseas. También me obsequió un lápiz, un borrador y un sacapuntas, y desde entonces mi mamá me puso a hacer las típicas planas de bolitas y palitos, y de las vocales y de los números del uno al diez.

Algunos meses después ingresé a la escuela John F. Kennedy, una escuela de salones amplios, de largos corredores, y de grandes y frondosos árboles de mango en sus patios, localizada en el municipio de Yotoco, donde nací. No recuerdo muy bien mi primer día de clase, pero puedo asegurar que no hice parte de ese porcentaje de niños que al ver a sus padres dejándolos ahí, en un lugar con un montón de infantes que desconocen, estallan en llanto como si alguien les estuviera maltratando. Portaba mi uniforme de cuadros azules muy orgullosa, y en mi espalda cargaba la maleta de Pokémon que uno de mis tíos, tiempo atrás, me había obsequiado.

Era una niña feliz, y aún más cuando aprendía cada día algo nuevo, por muy pequeño que fuera. Disfrutaba de las clases impartidas por la profesora del kínder quien se llamaba Claudia. Recuerdo que tenía el cabello claro y largo, y era muy amable y comprensiva; era ese tipo de profesora a la que todos, en algún momento, llegamos a llamar mamá por equivocación. Un día la profe sufrió un accidente y tuvo que dejar su trabajo por un par de semanas mientras se recuperaba. En su remplazo llegó otra profesora de quien no recuerdo su nombre porque desde que la conocí no fue de mi agrado; recuerdo que nos gritaba y atemorizaba mucho, y por eso varios de mis compañeros y yo no asistimos a clases durante el tiempo que ella estuvo a cargo del grupo. Tenía dos amigas, Laura Catalina y Vanessa, con quienes bailaba y pasaba los descansos compartiendo las loncheras que nuestros padres nos empacaban. La mía, al menos casi siempre, constaba de papitas rizadas con sabor a limón y jugo Hit de mora en cajita. Todos éramos alegres e irradiábamos inocencia, y los días siempre tenían brillo, ese brillo que te hace sentir lleno de vida y muy agradecido.

Me iba muy bien académicamente. Me gustaba hacer mis deberes porque, al ver que podía realizarlos sin mayor dificultad, me hacía sentir que realmente estaba aprovechando todo lo que recibía cada día en el pequeño salón de clases, y verdaderamente disfrutaba de ello. En mi grupo también estudiaban dos de mis primos, Juan David quien era un año mayor que yo, y Luis David quien era de mi edad pero que desafortunadamente no pudo continuar con nosotros en el grupo porque sufrió un accidente que lo alejó de los salones de clase unos cuantos meses. Recuerdo que cuando me equivocaba en alguna de mis planas recurría a ellos para que corrigieran mis errores, pero siempre hacían de ellos algo más grande.

Desde muy pequeña he tenido pánico escénico. Una de las tantas veces en las que he quedado en evidencia fue en el kínder, un día de las madres cuando las profesoras junto a sus alumnos debían hacer algo especial para las mamás. A mí me encargaron un poema; debía salir al frente y recitarlo pero, era tanto el miedo que sentía que al decir la primera palabra, las lágrimas empezaron a correr por mi rostro y el nudo en mi garganta no me dejó decir una sola palabra más. Instintivamente, salí en busca de los brazos de mi mamá que como siempre estaban abiertos para mí y mis problemas.

Al terminar mi primer año escolar sentí una gran emoción pero, como la felicidad no puede ser completa, tenía temor de que mi nueva maestra fuera esa a la que todos le temíamos; aquella quien, con su pelo rojizo y su imponente voz, nos estremecía y nos dejaba en completo silencio. Otro de mis miedos era quedar en un grupo diferente al que quedarían los pocos amigos que había hecho; sin embargo, para mi fortuna, me asignaron otra buena y amable profesora. Su nombre era Rosita, una dulce dama de cabello claro y rizado, de carácter dócil y llena de paciencia. Por coincidencia, uno de los niños con los que solía jugar en las noches también ingresó a la misma escuela y quedó en el mismo grupo que yo; ese niño, de tez blanca y mejillas rojizas, se llama Nicolás, y ha sido mi mejor amigo desde entonces, desde hace ya aproximadamente quince años.

Los cinco años siguientes estuvieron llenos de diversión y aprendizaje: las semanas deportivas; las fiestas de Halloween; las izadas de bandera en las que se reconocía a los mejores estudiantes de cada salón y se les hacía entrega de una banderita; aquellos días en los que Rosita no nos podía llevar a la cancha municipal y disfrutábamos de los patios de la escuela. Con respecto a estos patios, recuerdo especialmente uno donde se encontraban muchos árboles de mango, carambolo y mamoncillo; nos divertíamos recogiendo sus frutos para comerlos hasta que sonara la campana que anunciaba que la jornada ya había terminado.

Regularmente, debíamos hacer presentaciones o exposiciones. Recuerdo mucho una de esas ocasiones en la que, por grupos, se nos encargó una región específica del país. Debíamos hacer una exposición que incluía bailar la danza típica, y preparar y llevar el plato representativo de la zona. A pesar del pánico escénico, en ese momento tuve que sacar a relucir lo poco que sé de baile y bailar Joropo en frente de todos los estudiantes de la escuela.

El último día de la primaria fue muy triste. Sabía que me iba a alejar de las personas con las que había pasado muy buenos ratos; la mayoría de ellos estudiarían en el colegio del pueblo de del que vengo, mientras que yo tendría la oportunidad de estudiar en uno de los mejores colegios de la ciudad de Buga, el Colegio Mayor Ciudad de Buga. Sin embargo, no esperaba que aquel lugar, más adelante, me diera los momentos más bonitos que he vivido, y la oportunidad de conocer a las personas más valiosas quienes, hasta el día de hoy, me ayudan a ser cada vez mejor.

CAPÍTULO II

Era el 4 de septiembre del 2006, el primer lunes que puse mis pies sobre el suelo de la institución en la que pasaría más tiempo que en mi propia casa, debido a su jornada académica. Era un colegio no muy grande, de paredes y puertas coloridas, de amplios salones, todos adornados con la frase “El silencio es la base del orden”, y con muchos rincones donde la sombra de los árboles nos permitía refugiarnos del fuerte e insolente sol. Era mi primer día en bachillerato. Estaba tan nerviosa como no lo he estado toda mi vida, pues llegaba a un lugar nuevo y solo contaba con un conocido, mi primo Juan David. Los alumnos nuevos resaltábamos por no llevar uniforme, lo que me permitió reconocer a Manuela y a Bryan quienes habían estudiado con nosotros toda la primaria. Eso me tranquilizó un poco, pues ya éramos cuatro conocidos esperando a que apareciera el coordinador del colegio, Fernando Correa, un hombre delgado, de esos que llevan su cabello bien peinado y de los que adornan su boca con un ancho bigote. Formados en filas, primero los de grado sexto, luego los de séptimo, octavo,

noveno, etc., escuchábamos atentos las palabras de bienvenida y las instrucciones que impartía el coordinador. Luego, realizamos una oración que, sin saberlo, acompañaría todas mis mañanas hasta el último día de grado undécimo. Una vez terminada la oración, fuimos guiados a nuestro salón de clase por la directora de grupo que nos fue asignada. Ella hizo que saliéramos al frente a presentarnos. Entre los nombres que se mencionaban estaban Laura, Kevin, María del Mar y un par de hermanos que llamaban mi atención por sus rasgos faciales, “los chinos” Susana y Alexander quienes aún están allí, brindándome lo mejor de ellos.

Por ser nueva, tenía que asistir un par de semanas a nivelación de francés. Estaba realmente entusiasmada pues iba a aprender una nueva lengua; sentía que algo en mi cerebro hacía fiesta. Más adelante realizarían la Noche Francesa, en la que cada grado debía preparar una presentación en francés. Otra vez estaba expuesta al público, pero no tan sola; mi grupo presentaría una canción. Se trataba de una ronda sobre las partes del cuerpo de una alondra. Aún puedo verme junto a mis compañeros cantando fuertemente:

*Alouette, gentille alouette
Alouette, je te plumerai
Alouette, gentille alouette
Alouette, je te plumerai
Je te plumerai la tete
Je te plumerai la tete
Et la tete
Et la tete
Alouette
Alouette
Ohhh...*

De esta manera empezó mi bachillerato. Cada día que pasaba me sentía más cómoda y más feliz; además, ya empecé a tener amigos. Todo lo que me rodeaba hacía mi vida más alegre; los colores brillantes que adornaban las paredes y las puertas del colegio, las risas de los niños divirtiéndose en las llantas durante los recreos y las largas charlas entre los profesores mientras compartían una taza de café.

CAPÍTULO III

Así fueron pasando los días, unos más calurosos que otros, unos con las tardes más silenciosas... Ya estaba a mitad de grado séptimo cuando nos anunciaron sobre las clases de alemán que se iban a empezar a dictar en el colegio. Llegó el profe Mathias Wilbert con su cabello color cenizo y despeinado, sus gafas de sol que no le podían faltar y un conejo de peluche que se llamaba Chiqui que, según el profesor, nos observaba. Aquellas palabras que empezábamos a conocer se me hacían demasiado difíciles de pronunciar, como por ejemplo la palabra cumpleaños “geburtstag” que, hasta el día de hoy, aún me causa dificultad.

Pasaron dos años y las clases de alemán fueron canceladas. Increíblemente ya estaba en grado noveno que fue, sin duda alguna, el mejor año del bachillerato. Los nuevos amigos, las nuevas experiencias y los nuevos sentimientos hicieron de este grado la mejor parte de mi secundaria. Estar en noveno implicaba ver clases con el coordinador y la rectora; ya las idas al laboratorio de Ciencias no serían los sábados, pues en su reemplazo tendríamos clases de pre-ICFES como parte de la preparación para las pruebas de grado once. En ese año llegaron nuevas personas a mi vida, como Alisson. Al principio no me la llevaba muy bien con ella porque nuestro carácter era muy diferente, pero sin saber cómo, cuándo o dónde nos volvimos muy buenas amigas. También recuerdo que llegó Alejandra, una chica un par de años mayor que yo, pero que conservaba la ternura y amabilidad de una niña de seis años.

En las tardes de los miércoles, junto a Kevin y María del Mar, solíamos escuchar las canciones de los Black Eyed Peas y de Avril Lavigne. Además, cantábamos, como si no existiera un mañana, We are the world mientras esperábamos a que llegaran las cuatro de la tarde para entrar a la famosa y aburrida clase de “lectoescritura”.

CAPÍTULO IV

Los días pasaron entre risas, bromas, cumpleaños y demás, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el primer día de mi último año escolar. Todo marchaba bien, no había nada de silencio, todos estábamos emocionados contando qué cosas habíamos

realizado en las vacaciones y qué expectativas teníamos para nuestro último año como compañeros. Pronto empezarían las celebraciones: el día del Amor y la Amistad; un mes después llegaría el día de los disfraces en el que estábamos encargados de la organización del evento en el colegio, y como grado superior debíamos preparar una comparsa y disfrazarnos. Para ello, teníamos como temática a Alicia en el país de las maravillas, así que los disfraces variaban entre Alicia, la Reina de Corazones, el Sombrero Loco, y aquel conejo que parecía alterado por no llegar a tiempo. Mientras esto pasaba, continuaban las clases de francés en las tardes, en las que teníamos que llegar preparados porque la profesora Ana Rosa siempre empezaba con una ronda de preguntas acerca del tema visto en la clase anterior. Parecía que siempre tenía como primer objetivo a Kevin, así que cuando le preguntaba algo a él, yo corría en busca de mis apuntes y repasaba desde el tema que ella le preguntaba. Solía disfrutar de esas clases, excepto una vez que nos tocó leer un libro sobre Juana de Arco del que debíamos hacer una exposición pues, como ya he dicho, los nervios no jugaban a mi favor y debía exponer en frente del coordinador del colegio. Me preparé mucho y afortunadamente la exposición me salió tan bien que el coordinador me felicitó, cosa que aún me hace sentir orgullosa.

Como dice la canción, llegó diciembre con su alegría. Era momento de decorar el salón con elementos navideños, pues se acercaban las tan amadas mañanitas navideñas, una tradición en la que por grupo se comparten alimentos típicos de la época como buñuelos, natilla, dulce manjar blanco, galleticas con motivos navideños, entre otros. Estábamos encargados de la última novena de Navidad, así que decidimos hacer una representación del pesebre. Yo fui elegida para interpretar a la Virgen María. Después de esto, en un abrir y cerrar de ojos ya había llegado el nueve de enero del año 2012. Sabía que pronto empezarían las clases de pre-ICFES entre semana, y con ellas llegaría la presión de sacar un buen puntaje para aspirar a un cupo a la universidad. Entre las clases de pre-ICFES y la preparación de un proyecto empresarial se me fue el tiempo; ya era quince de abril, el día en el que presentaría el tan esperado ICFES. La noche anterior la ansiedad no me dejó conciliar el sueño, y ese día el clima hizo que mi nariz no funcionara como debía; muchas preguntas, lecturas y estornudos casi hacen que

mi cabeza estallara, pero finalmente había terminado la prueba. Solo, entonces, ya era cuestión de esperar un poco para saber si los resultados salían como tanto lo anhelaba.

Después de haber presentado el ICFES, solo quedaba una cosa más por hacer, y era terminar y presentar el proyecto empresarial que se debía realizar en grupo. Yo estaba con Laura, Alejandra, Manuela, Carlos y Alisson, todos con visiones diferentes y maneras de trabajar que coincidían muy poco con las mías. Sin embargo, a pesar de las discusiones y problemas por los que pasamos, logramos sacar adelante nuestro proyecto... nuestro intento de microempresa de juegos al que llamamos “Una vaina loca”.

Era hora de saber qué tan bien me había ido en el ICFES. Tenía miedo de que el resultado no fuera lo que yo esperaba, y el temblor en mis manos no me dejaba hacer clic para encontrarme con lo que me favorecería o no en un futuro que cada vez estaba más presente. Me decidí y di clic. Mi objetivo era estar entre los primeros cien puestos, y había cumplido con eso. La pantalla mostró el puesto setenta y nueve y ello me regresó la tranquilidad.

El tiempo se acortaba cada más; ya solo restaba una semana de clases para dar por terminado el año escolar. Era el momento de la muestra empresarial, en la que todos los alumnos de once debíamos presentar nuestro proyecto, nuestra microempresa. Había llegado el día más esperado de todo el año, el día en que todos se divierten comprando, comiendo y jugando. Varios puestos de comidas y bebidas, postres, una discoteca, y otras cosas que no son muy comunes dentro de una institución educativa hacían presencia ese día. La jornada terminaba, y debíamos recoger y limpiar todo lo que estuviera a nuestro alrededor, así que decidimos desarmar la piscina que hacía parte de nuestra empresa de juegos sin tener en cuenta lo que podía causar. Terminamos llenando de agua uno de los salones de primaria y, de un momento a otro, parecíamos hormigas corriendo en busca de trapeadores, escobas y recogedores para limpiar el desastre.

Había llegado el último día del año lectivo. Las lágrimas me acompañaban desde el día anterior al tener que despedirme

de todas las personas que me acompañaron durante seis increíbles años. Las caras de mis compañeros, así como la mía, se encontraban divididas en dos; por un lado estaba la felicidad de haber cumplido con una meta más, mientras por el otro, la nostalgia nos invadía al saber que había llegado el momento de coger caminos diferentes. Era una mañana como aquella cuando se nos dio la bienvenida al iniciar grado sexto, pero esta vez, después de la oración matutina de costumbre, Fernando, el coordinador, nos despidió frente al resto de estudiantes con unas bonitas palabras que hacen que su voz se quiebre y de mi corazón una hoja de papel. El día no avanzaba y todo lo que pasaba por mi cabeza eran los recuerdos de los últimos años: los días de estrés y de preocupación, y las mañanas en las que mis compañeros con un saludo o un abrazo despertaban y animaban mi alma... eso era todo lo que veía en mi mente. Tuvimos nuestra última reunión como grupo en la que cantamos y lloramos debido a esas canciones de despedida. Era hora de decir adiós a todo lo que un día fue y que ahora solo está presente en una fotografía, en un video, en una carta...

Es complicado mirar atrás sin que se escape una lágrima de mis ojos, pero tengo la satisfacción del deber cumplido, de que aquel esfuerzo y preparación valieron la pena. Todo ello es en realidad lo que me tiene aquí escribiendo estas líneas sobre algunos capítulos de mi vida, ahora, como estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras de la Universidad del Valle de Cali.

Rompecabezas

Adriana Alejandra Restrepo Orozco

Un rompecabezas, como muchos ya sabemos, es una figura que está formada por diminutos pedacitos, usualmente de cartón y que son removibles entre sí. El objetivo de este juego es juntar todas estas piezas para revelar la imagen que se oculta en ellas. Esto solo se logra poniendo cada pieza en su lugar correspondiente. A la falta de alguno de estos pedacitos la imagen estaría incompleta y perdería su esencia, ya que por muy pequeños que sean, su valor y relevancia a la hora de armar el rompecabezas se hace evidente. Les doy a todos la bienvenida a este, mi rompecabezas.

El 2 de octubre de 1988 nació yo, Adriana Alejandra Restrepo Orozco, una niña que llegó a ser la cereza del ponqué en mi familia en la que dos hermanos, Gustavo y Alex, esperaban ansiosamente la llegada de otro niño quien sería su hermano menor. Mi padre, Rodrigo Alejandro Restrepo Franco, empresario independiente, hombre alto, grande, blanco, de ojos verdes y de aspecto gruñón, le alegó a mi madre durante todo su embarazo que yo sería un niño. Así fue como influenció a mis dos hermanos mayores, alimentando la idea de que pronto llegaría otro varoncito con quien jugarían carritos. A mi padre la idea de tener una niña que derretiera su duro corazón lo aterrorizaba. De alguna manera él sabía que una niña sería la única persona capaz de manipularlo con una simple y dulce mirada, con una caricia a sus ásperas, callosas y trajinadas manos o un simple "chi...papi", para conseguir un anhelado juguete o un gran helado de arequipe. Sin embargo, según mi madre, Soley Orozco, enfermera de profesión, mujer trigueña, hermosa, de pelo largo negro y dedicada al hogar en su totalidad, estaba segura, desde el primer día, de que yo sería una mujercita, esa princesa que tanto le pidió a Dios tener. Ese era su deseo porque una niña representaba una compañera, una amiga, una mujer con quien compartir esas cosas que solo nosotras entendemos. Por eso, yo, antes de nacer, ya me había convertido en su más enorme sueño.

Años antes de mi nacimiento, mis padres habían viajado a Cartagena. Aquella ciudad romántica que enamora con su cálida brisa y su inmenso mar, lugar perfecto para las parejas enamoradas como mis padres. Un día caminando por la bahía decidieron dar un paseo en barquita. Aquella barquita que abordaron era la más destartada de todas, su color amarillo ya se había desvanecido por el óxido y era tan estrecha que solo había cupo para ellos dos. A bordo de ella, ellos juraron ponerle el nombre de esa barquita a una niña, si algún día la llegaban a tener. Mi padre tal vez hizo ese juramento deseando que nunca se hiciera realidad, pero a pesar de ello esa promesa permaneció en el tiempo hasta aquel día de mi nacimiento cuando mi madre, en medio del dolor por la cesárea, lloró de alegría, me sostuvo en sus brazos y dio gracias a Dios por su sueño hecho realidad. Mientras, yo, Adriana, lloraba por primera vez en la faz de la tierra.

Mi niñez estuvo llena de juegos, regaños, mimos y mucho amor. Sin embargo, mi vida apenas empezaba y así mismo comenzaría la construcción del rompecabezas. Jardinera blanca de cuadros amarillo pollito y shorts con resortes fue el primer uniforme que vistió mi cuerpo y que me protegió de tantos derrames de témperas, tierra del antejardín de mi preescolar y de chorreadas de jugo de guayaba. Ese jugo era el que mi mamá empacaba con amor en mi lonchera roja con forma de cámara fotográfica y que siempre estaba en un frasco de vidrio de esos de mermelada. Este ingenioso termo contaba con un sistema de anti-derrames muy efectivo, el recorte de chuspa plástica azul con rayas blancas que sellaba la tapa a la perfección. Durante estos años en Chiquilladas de Lupe, nombre casi impronunciable para una niña de cuatro años, tuve la fortuna de contar con personas que se preocuparon por permear esa esponja que había dentro de mí. Recuerdo con agrado a mi maestra María Fernanda, una mujer de hermosa tez morena y pelo oscuro crespo. Ella era tierna, dulce y estricta a la vez. Su paciencia al enseñarme cómo hacer las figuras geométricas, su tono agudo al hablar y sus seños fruncidos al reprender retumban en mi mente hoy después de tantos años. Sentada en el piso rodeada de juguetes, crayolas, y estudiantes, ella se detenía a coger la mano de cada alumno para enseñarle a trazar figuras abstractas como lo eran los círculos y cuadrados que teníamos que rellenar con bolitas de papel periódico. Ella fue una de esas fichas del rompecabezas que marcaron mi vida y que sembró en lo más noble de ese corazón de niña, el amor por la docencia.

En medio de disfraces de campesinos, faldas floreadas largas y alpargatas, seguíamos los pasos de la maestra María Fernanda, al son de aquella melodía que todos los Colombianos llevamos en nuestro corazón: "Ay, al sonar los tambores esta negra se amaña...". Así ensayábamos la presentación para el gran evento de nuestra primera graduación de la academia. Evento que reafirmaba todos mis logros alcanzados y, a pesar de las observaciones recurrentes en mi reporte de notas que decían "distrae a sus compañeritos constantemente", recibí de manos de mi querida maestra un diploma amarillo. Yo se lo entregué con orgullo a mi madre quien esperaba ansiosa por mí en el público. Aún conservo una foto que mi mamá tomó de mi maestra y yo

con aquel diploma en mis manos y una sonrisa que describía sin palabras. La alegría que sentí al saber que ese cartón significaba que estaba creciendo, que ya había aprendido muchas cosas que ya me permitirían pasar a primero de primaria. Esa foto es una evidencia física de que los logros de un niño son la dedicación y el amor al arte de un buen docente.

Continuando con este viaje al interior del baúl de mis recuerdos, me doy cuenta que hay memorias casi intactas de las que recuerdo hasta los más minúsculos detalles. Sin embargo, hay otras que son más bien nubladas. Así que he llegado a la conclusión de que mi cerebro capta nítidamente aquello que ha impactado verdaderamente mi existencia. Tal vez contarles sobre mis años en la primaria sería necesario para llevarlos un paso a paso por mi vida educativa; sin embargo, para ser sincera no hubo ningún maestro que me hubiera marcado de tal manera que logre recordarlo con claridad. Así que prepárense para viajar desde Cali, Colombia a Florida, Estados Unidos.

¡Así es! Para este nuevo momento de mi vida, justo meses después de terminar quinto de primaria en el colegio Comfandi Municipal, mis padres toman una decisión determinante para la seguridad de mi núcleo familiar en aquel entonces. La decisión consistía en vender los bienes y salir del país hacia los Estados Unidos lo más pronto posible. Hoy en día puedo entender lo complejo que debió haber sido para ellos tomar aquella salida, ya que dejar literalmente todo, ciudad, país, costumbres, comodidades y familia, no es una tarea sencilla ni fácil de asimilar. Pero para mí esa decisión era lo máximo, solo contemplar la idea de conocer Disneylandia me emocionaba y ayudaba a que mi desprendimiento fuera mucho más llevadero. Sin embargo, mi dicha pronto se tornaría en frustración.

Que difícil fue aquel primer día de clase en Deltona Middle School. Cierro mis ojos y pienso en aquel momento que pisé el colegio, momento cuando mi cuerpo se puso todo piel de gallina, mis manos sudaban, y creo que hasta temblaban mis piernas. Todo ello porque el inglés nunca fue mi materia favorita y por eso nunca aprendí ni a decir 'hello'. Vaya sorpresa encontrarme en un contexto donde solo escuchaba "gachugachu". Por fortuna contaba con la compañía de mi prima Vanessa quien dominaba

el inglés al derecho y al revés, y era el español el que le costaba trabajo. Ella, entre oraciones sintácticamente incorrectas, tomó mi mano y me guió hacia el salón de clase, y me dijo que pronto vendría a buscarme. Sin nadie familiar a mi alrededor y sintiéndome un poco desnuda, entré al aula de clase. ¡Que belleza de salón! Quedé anonadada al entrar. La decoración era preciosa, colorida y llamativa. Había imágenes de ciudades latinoamericanas, posters en diferentes idiomas, banderas, sombreros, instrumentos y mucho más. Por un momento me sentí en otro país, me sentí en mi país. Después de unos diez minutos de haber entrado y gracias a la cara de indios que nos pesaba a todos los compañeros y a mí, empezamos a presentarnos y a entablar conversaciones porque nos dimos cuenta que todos compartíamos el mismo idioma. De pronto... ¡llegó la maestra! Esperaba o tal vez anhelaba que fuera una maestra latina. Para mi sorpresa era todo lo contrario. La Sta. Morgan era alta, blanca, rubia y de ojos claros. ¡Más pinta de gringa pa'donde! ¿No nos iban a enseñar inglés en esta clase? Me pregunté varias veces antes de que la Sta. Morgan pronunciara una palabra. "Bienvenidos a la clase de ESOL, aquí aprenderemos inglés", fueron sus primeras palabras que dieron respuesta inmediata a mi duda. Desde ese momento la Sta. Morgan fue para mí una persona clave en mi proceso de aprendizaje del inglés y muchas otras cosas más, como lo es el amor e interés por la diversidad de culturas.

En medio de una agenda apretada y llena de compromisos, la Sta. Morgan se las arreglaba para dedicar tiempo adicional a aquellos estudiantes a quienes el cambio de cultura les estaba afectando no solo académicamente, sino emocionalmente también. Ella era consciente de que no todos los niños podíamos manejar este tipo de situaciones de la misma manera. Así que jugando un papel de psicóloga, en el que sus terapias estaban llenas de amor y comprensión, lograba sumergirnos en un mundo donde las transiciones eran paulatinas y positivamente aceptadas por todos los estudiantes. Mi paso por su curso duró tres años. Fue aquí donde aprendí inglés gracias a una maestra que implementó metodologías diferentes para que pudiera alcanzar cada meta y construir conocimiento desde mis propias inteligencias. Recuerdo mucho cuando llegó el día de tomar las evaluaciones FCAT, esas evaluaciones típicas del estado por medio de las que

miden el coeficiente de los estudiantes y el desempeño de cada colegio estatal. Como era de esperarse esas pruebas solo eran en inglés, y obviamente todos los estudiantes debíamos realizarlas. Por fortuna, las directivas del colegio permitieron que la Sta. Morgan estuviera con nosotros durante aquellas pruebas, en caso de necesitarla. Obviamente la necesitábamos, pues nuestro nivel de inglés era aún muy bajo para poder comprender textos complicados de literatura americana. De una manera muy ingeniosa, la maestra nos leyó cada texto que estaba en el examen, pero para ello hizo uso de sus dotes de actriz, ya que con su cuerpo y gestos logró lo imposible: que nosotros entiéramos lo que ese código indescifrable, a primera vista, nos decía. Solo de esta forma pudimos dar respuesta a las preguntas del examen, y lo mejor de todo fue que en ningún momento nos habló en español. Es más, atando cabos evidencie que ella se había encargado de prepararnos para ese día desde tiempo atrás. En todas las clases nos estuvo leyendo obras de Edgar Allan Poe o Shakespeare, y las dramatizaba además. De esta forma ya sabíamos lo que significaba cada ademán o gesto que ella hacía.

Confesiones

Daniel Alejandro Sánchez Franco

Todas las caras a mi alrededor parecen familiares, las he visto antes, las veré después... Y esa sensación de que la vida se repite invade mis pensamientos otra vez. Todos se ven demasiado familiares, excepto yo, el chico nuevo. Es primer día de clase y me siento incómodo, asustado, incluso mis ropas me delatan, soy el chico nuevo y no llevo el uniforme. Solo quiero que acabe el día y pasar desapercibido, que no se fijen más en mí, ni en mi cabello alborotado.

La profesora de matemáticas intenta usar el ábaco e instruirnos en el concepto de 'número', creo ser yo el único en haber entendido, pero no sé explicarme adecuadamente. Entre mis compañeros de clase hay una chica rubia, hermosa, de cabello corto que me habla, me sonríe y me siento intimidado, creo que le he parecido inteligente. Aprovecho para pedirle copia de alguna tarea mal-lograda. Es segundo de primaria y quieren

escoger a un grupo de niños para recitar algún poema. Me lo sé completo, pero no quiero ser elegido. Me equivoco a propósito y no me escogen. Descanso un poco. Leemos «Escalofríos» y «Ami, El Niño De Las Estrellas»... fueron los primeros libros que terminé por completo.

Me pregunto si de verdad soy un chico inteligente y si este es el precio a pagar: La duda. Recuerdo entonces mi primer recuerdo, siendo apenas un bebé, era sumergido en una pequeña tina de agua por mi madre y lloraba desconsolado imaginándome ahogado en su profundidad... después solo disfruté de su bajo fondo. ¿De verdad los chicos inteligentes se recuerdan siendo bebés?

Nací un lunes 27 de marzo de 1989, lunes de pascua en la ciudad de Cali. Viví alrededor de 3 años en esta ciudad antes de viajar con mis padres a la zona rural de Guadalajara de Buga. Un lugar también conocido como Nogales, deshabitado, lleno de vacas, bosque de pinos y eucaliptos danzantes, a unas 4 horas -en chiva- del casco urbano.

En aquel lugar, casi sin vida humana más que la de mis padres y mi hermana, conviví por unos 5 años, pero no todo fue soledad, a medida que fui creciendo comprendí, que no estábamos solos y más aún, el motivo por el cual vivíamos en aquel remoto lugar.

Mi padre era maestro de primaria, y empezó haciendo su año rural en aquel sector, pero comprendió la necesidad de tener un maestro fijo en tan abandonado sitio, así que decidió vivir allí, y con él todos nosotros. Mi padre fue mi primer profesor en una verdadera escuela, fue quién me enseñó a escribir por primera vez mi nombre y me enseñó a leer con sus enciclopedias y diccionarios. Quizá sea él a la persona que más le deba en la vida, incluso mi pasión por la lectura.

Fue así como en aquel deshabitado lugar encontré el amor por las letras, los números, los colores y los juegos. Aprendí a compartir con más niños de todas las edades, a entender ese mundo que no alcanzaba a divisar con mis ojos, un mundo lleno de necesidades, pobreza, tristeza. Luego de algún tiempo, cuando siendo muy niño todavía, me empezaba a sentir a gusto con

todos y con todo: con sus paisajes, sus montañas, su neblina, su cielo estrellado y su silencio nocturno, cuando empezaba a creer que nunca dejaría de disfrutar del sonido del bosque mesiado por el viento, llegó la guerra y con ella el miedo y el escape.

Huimos de una manera que jamás olvidaré, con las maletas volcadas de ropas y otra con algo de comida para el camino. Caminamos tanto que pensé que habían pasado años, incluso siglos. El camino pedregoso y el frío del lugar hacían que deseara con fervor que llegara su fin.

Caminamos, recuerdo que con un poco de prisa. Mis padres llevaban a mi pequeña hermana de dos años, cada uno de la mano, a un costado. Sin embargo, en un descuido de ambos, ella resbaló y su pequeña frentesita fue a dar con un filo del camino rocoso. La sangre brotaba como una fuente de intenso rojo, y el pequeño chorrito salpicaba todo a su alrededor. Es algo que quisiera sacar de mi cabeza: el recuerdo del llanto de mi hermana sin cesar y la culpa en la cara de mis padres.

A mi corta edad comprendí que no volveríamos y que jamás estaría de nuevo en casa, lo perdimos todo. Lo que causó que estallara en un llanto interminable hasta caer profundamente en un sueño lleno de cansancio y dolor. Del cual desperté en una chiva, llena de bultos de papa, cebollas, tomates de árbol y curuva. Estábamos llegando por fin a nuestro destino. La nada. Un gran signo de interrogación, la gran incertidumbre, un vacío metafísico.

La ciudad me resultaba nueva, demasiado ajena: demasiada gente, demasiado ruido, demasiados autos, un olor nauseabundo, un temor indescriptible. Demasiado calor. Sentía que le habían puesto piernas al reloj, todo pasaba muy deprisa. Todos tenían afán. Corrían y corrían, cada uno en su mundo, mientras yo los observaba avanzar con rapidez, solo pensaba, «quiero los pastos y sus dientes de león. No quiero crecer. No quiero estar más en esta selva de cemento.»

Adiós a mi escuela rural, hola a los pequeños pasillos y gran cantidad de niños. Intenté adaptarme, pero siempre me escapaba a mi mundo mágico y perfecto cuando leía cuentos. Intentaba

aferrarme a esas sensaciones que me trasmitían a mi viejo hogar, a esa libertad que no volvería a sentir, a ese silencio, a la inmensidad, una grandeza que solo la lectura con sus historias mágicas me trasmitían. Y emprendí una búsqueda por saciar mis aventuras ya no vividas a través de la lectura.

Gracias al colegio tuve mi primer contacto con la literatura. A pesar de que estábamos motivados por obtener una buena nota, la lectura durante esos años me permitió comprender todo el valor oculto tras unas cuantas páginas escritas. Fueron muchos los libros que nos hicieron leer, pero a través de los cuales, pude encontrar un lugar paralelo a este mundo tan materializado y limitado, al cual podía escapar cada tarde-noche que regresaba a casa.

Me recuerdo ahora escribiendo algunos resúmenes de «El Extranjero» y «Rosario Tijeras» por allá en secundaria, para alguna arrugada y canosa profesora de español de quién no recuerdo el nombre, sólo sus advertencias sobre la lectura y los años venideros en la universidad. Ahora, a punto de graduarme como Contador Público, es cuando le agradezco todo ese esfuerzo que con mala gana, alguna vez parecimos.

Desde entonces, y más por alimentar mis ganas de huir que por curiosidad, indagué en la literatura clásica. Primero con Kundera: Su definición de «objetividad» y la idea de que en la vida nada es casualidad de su «Insoportable Levedad...» me cautivaron. Llegaron y vinieron para quedarse los fríos de Dostoievski y Tolstoi, con sus historias llenas de miseria y desesperación. Miller y sus trópicos iniciáticos entrelineados. Hesse y la música esteparia de los que marchan sedientos por el desierto de la redención, me marcaron profundamente.

Leí a Kafka, Camus, Poe, Lovecraft... y descubrir en cada uno de estos escritores sus realidades distantes me fascinaba. Sin embargo, la idea de que sólo fuesen traducciones me frustraba un poco. Sentía que se perdían cosas en este proceso y muchos de esos mundos extranjeros quedaban a merced de la subjetividad del intérprete.

Fue cuando, estando ya en la universidad, fijé mi atención por la literatura colombiana. Quería experimentar de primera mano el pensamiento del escritor y no a través de la interpretación de otros... no a través de la interpretación de una interpretación. Descubrí por primera vez las letras de García Márquez, Andrés Bello y sobre todo, Fernando Soto Aparicio, que con su romanticismo me sedujo, descubriendo en sus libros una extraña sensación de libertad.

A partir de ese momento, me interesé mucho más por la literatura de este lado del planeta: Sábato y su manera revolucionaria de escribir me inspiraron. «Angosta» de Faciolince y «Lo que no Tiene Nombre» de Pilar Bonnet, lograron robarme algunas lágrimas al revelar sus historias tristes donde los buenos mueren y no logran nunca vencer a la maldad. Amé que me dieran fuerzas para escribir, aunque fuesen tontas cartas de amor, hacia las mujeres que alguna vez me robaron el corazón. Y ahora estoy aquí, intentando reivindicarme con mi «yo», plasmando un poco de lo que fui, de lo que soy. Reinventándome.

En la vida se muere y se vive constantemente: Lo importante es disfrutar cada momento Anónimo

Las personas que más ríen son las que más tristezas profundas callan, y aquellas que la vida las ha sorprendido dadivosas son las que más se lamentan y se complican; protestan transformando, así, su atmósfera en un nubarrón de energía negativa; haciendo llover malos ratos, y provocando un frío tan caliente que se siente como si se quemara los huesos.

Podría decirse que yo soy la prueba viviente de la anterior frase, pues he visto la muerte muchas veces y de formas diferentes. Un día su señoría dueña del destino y el fin de nuestra existencia, trató de apagar la mía de una manera tan violenta y despiadada que hasta yo misma inclusive llegué a pensar que lo lograría. Gracias a esto mi vida se partió en dos; se fueron todas mis

creencias, todo lo que yo sentía y quería, la unísona voz que me daba aliento y era el motor de mi vida, mi todo. En una sola palabra, se desvanecieron mis sueños y mis mayores anhelos.

La verdad nunca me imaginé estar en un asiento de la universidad estudiando esta asombrosa carrera. Realmente, fue el último lugar donde pensé llegar a estar no porque dudara de mi inteligencia, sino porque la persona que era vivía en un mundo diferente, en el que lo más importante eran los ensayos, los espectáculos, la música, la rapidez, los zapatos y, ante todo, el baile... Pero no, no nos agobiamos con tantas palabras, dicciones y expresiones desde el albor; mejor contar la parte grata de la historia.

Para empezar a desenmarañar todas estas sensaciones, primero quiero describir un poco cómo es mi familia... lo cierto es que esto ni siquiera yo misma lo sé, pues mi familia es tan disfuncional y loca como la persona que escribió estas palabras. Por un lado, mi madre viene de una familia totalmente tradicional y conservadora, en la que las buenas costumbres, la moral y la altivez son las que reinan; mi abuelo era un señorón de ojos tan azules como el agua del mar o de las exuberantes nubes del cielo, y tan blanquecino como la nata que, la verdad, yo creo que era extranjero porque por el aspecto que tenía no se le veía ni migajas de ser Colombiano; mi abuela por el contrario era una mujer chaparrita, tostadita como los trigales y de color de cabello tan oscuro como el de sus ojos. Don José, como le decían a mi abuelo, poseía interminables millares de parcelas en el Caquetá, departamento de este beligerante país como lo es Colombia; era uno de los grandes terratenientes de ahí a pesar de que era paisa. Fueron, entonces, estas hermosas y espesas selvas tropicales húmedas junto con los rituales sagrados de indígenas y de la infaltable iglesia, quienes fueron testigos de un amor que, bien que mal, dejó sobre este globo terráqueo quince hijos, siendo entonces la número once mi adorada madre,

Libia. Le pusieron el mismo nombre de mi abuela, decisión que agradezco porque con las otras hijas, a mi parecer, les faltó un poco de creatividad (Fabiola, Magola, Magnolia...). Pero bueno, supongo que de tantas veces de tener que escoger nombres, las opciones escaseaban. La familia Orozco es una familia que aún hoy en su gran mayoría es trabajadora, dedicada y humilde, a pesar que desde pequeños siempre fueron criados con lujos desorbitantes.

Por otro lado, la familia de mi padre es totalmente lo contrario. Es una familia en la ética deja demasiadas brechas para las dudas; la tradición, la iglesia y las buenas costumbres son términos totalmente desconocidos en esta familia. Mi padre es hijo único, fruto de una pasión entre la hija de un latifundista y un contador público juramentado; este es el único conocimiento que tengo, aparte del nombre sobre mi abuelo paterno. Jairo, mi padre, se crio junto a sus primos en una finca con todas las comodidades de la época; nunca se preocupó por nada ni nadie, y tuvo la extraordinaria oportunidad de estudiar, en aquellos tiempos hostiles, en los más destacados colegios de Tolima y Cundinamarca. Sin embargo, desaprovechó esa oportunidad por dedicarse a estar con amigos, cosa que hasta el día de hoy, a sus sesenta y tres años, lamenta con gemidos de dolor y de deplorables sollozos frente a un pasado imborrable.

Como el destino no lo sabe nadie, y con las vueltas que da la vida a ritmo de tambores y tic tacs de reloj, de algún modo Don José decidió vender toda su riqueza natural y centenares de territa trabajada por años para instalarse, junto con toda su familia, en la ciudad de Cali, que para ese tiempo era una cuna de la civilización. También, aunque en circunstancias muy diferentes, Jairo y su madre terminaron desempacando sus maletas en esta jungla de cemento a la que todos llaman ciudad. Por cuestiones del destino, las dos familias habían escogido el mismo barrio para seguir su existencia. Pero con lo que no

contaban Jairo ni Libia era que un día, gracias a dos terribles cleptómanos quienes pensaban hurtarle de la muñeca el reloj de oro a mi madre, ellos se terminarían enamorando gracias a un acto heroico de mi padre. Después de ocho meses de un placentero noviazgo unieron sus vidas para siempre en el que fuera el acto sagrado del matrimonio que, para mi madre era algo así, mientras que mi padre no tenía ni la menor idea en qué consistía ni para qué servía. Esta llegaría a ser entonces la unión más bizarra entre dos seres inverosímiles y que, hasta hoy en día, después de veinte años, sigue siendo insignia de amor perpetuo. Entonces fue así como por allá en la víspera del año 1992, mi madre cambiaría su morada por la que sería su nueva vivienda: su pajarera de ternura y pasión, un cambio arduamente sencillo, considerando que su nueva residencia quedaba a una cuadra de la anterior.

Mis padres me concibieron en septiembre, el mes negro del año como lo designa mi mamá, ya que este mes no tiene ningún día festivo. Luego del pasar de muchos astros en el firmamento, llegó el embarazo de esta desequilibrada persona que fue muy grato, pero el alumbramiento fue espantoso y tremebundo.

Mi madre entró en ese colapso que comúnmente da antes de traer una nueva existencia a este planeta, el 16 de mayo de 1994. La noche fue turbia por la inmensa cantidad de tortura y dolor. Entonces, al otro día dieron luz verde para que en la clínica San Fernando de la espléndida ciudad de Cali, yo abandonara ese encantador cuerpo que me dio cobijo por nueve gratos meses. Ese desastroso 17 de mayo se caracterizó por ser una jornada en la que los nervios le ganaron a la emoción; de un momento a otro las cosas se pusieron de un dulce sabor amargo. Todo inició cuando mi madre se empezó a tornar de un color tan rojo como un rubí, y muchas ronchas empezaron a brotar por toda su dermis, tanto así que los doctores tuvieron que decidir rápidamente hacer una cesárea de urgencia, pues a medida

que corrían los minutos ella empeoraba. Con respecto a mi padre, los médicos le preguntaron que, en caso de que algo no saliera como se esperaba, a quién planeaba redimir; por cierto, esa pregunta nunca la alcanzó a responder, porque cuando los doctores se dispusieron a abrir el vientre de mi madre, se dieron cuenta que en pocos minutos su estómago pasó de estar del tamaño de un globo aerostático a una tabla sin gracejo. Yo estaba tan amañada en ese otro mundo que no se me daba ni por ocurrida la idea de salir de allí y ante los ojos de los médicos me había perdido.

Inminentemente todos en esa pequeña sala de hospital sintieron mucho pavor y estaban horrorizados sin saber qué hacer. Afortunadamente el grandioso doctor Alejandro escogió de todos modos abrir la delicada panza de mi madre solo para observar que había pasado y allí fue cuando se llevaron la gran sorpresa del día; yo no me divisaba en el panorama. Ante el desconcierto de todos, una sagaz enfermera decidió, sin el consentimiento de nadie, introducir toda su extremidad superior y rebuscar en todas las entrañas de mi madre hasta encontrarme; cuando lo hizo, se aferró a una de mis piernas y jaló hasta que por fin, después de tanto tiempo que los había burlado sin querer, nací. Mientras tanto, mi mamá se estaba ahogando y cuando, por fin me decidí embarcar en esta aventura llamada vida, estaba ya de un color negro-morado, y no respondía. Por tanto, los médicos decidieron darme de baja, creyendo que ya era demasiado tarde; sin embargo, el doctor Alejandro y la hábil enfermera creyeron lo contrario; esta última empezó a zarandearme con el fin de que yo diera alguna señal de vida... Y hasta el día de hoy, le atribuyo a todas esas sacudidas el motivo de ser yo tan risueña; y es gracias a estas dos honorables mujeres que yo puedo hoy entretenerlos un rato con estos disparates.

Así, una niña fue el primer hijo de la casa, el motivo de orgullo y de adoración para la familia. Creo que ello ha traído consigo sus beneficios. Por un lado, mis tías maternas se pusieron en la rigurosa tarea de hacerme incontables vestidos todos bordados a mano y con mucho esfuerzo. Por otro lado, mis tías paternas, que en realidad son las primas de mi papá, se encargaron de darse

un tour por todos los rincones del continente, desde Canadá hasta la Patagonia, trayendo con ellas mucha ropa, juguetes, entre otras muchas cosas más. Recuerdo que la primera palabra que salió de mi boca fue agua; así fue como llamé a mi primera muñeca que, años más tarde, la descuarticé jugando.

Recuerdo mi primer Halloween en el que mis distraídos padres escogieron, de entre todos los disfraces posibles, los encantadores artilugios de princesa hechos por mi tía Fabiola, hermana de mi mamá. También escogieron el disfraz de bailarina que compraron en una tienda en Estados Unidos, pero nada de esto bastó. Mis papás al final escogieron otro disfraz que era de pollo... ¡Qué ridículo! Era un disfraz extravagantemente amarillo con una capucha al final del cuello, y encima de esta una cresta anaranjada tan gigante que se mecía de un lado a otro cada que el viento me golpeaba.

Los primeros tres meses de mi existencia los pasé al lado de mi cálida madre, mi exuberante padre y mi alcahueta abuela. Luego entré a un jardín infantil donde me tenían de lunes a viernes, toda la jornada diurna. Mis fines de semana, algunos, los pasaba con mi dulce tía Nani en su inmensa finca, situada en mi misma ciudad natal, al lado del inmueble del señor que hoy es el dueño de Café Águila Roja. Este producto, muy popular aquí en mi atrayente país, lugar del que los recuerdos están por pedazos, después de un tiempo pasó a ser prohibido tan siquiera nombrarlo con el pensamiento; en esta finca tuve mi primer golpe que fue contra una puerta, pero ese día no lloré porque había demasiado qué hacer mientras mis padres se divertían bailando, jugando a las cartas y al billar, y tomando los mejores brebajes y elixires de la época; yo estaba muy ocupada jugando a las muñecas o molestando por ahí a todos haciéndolos ir de un lado a otro sin saber por qué. Sin embargo, para suerte mía, todos me llevaban la idea desde edad temprana en mis locuras. Cuando mis padres no querían estar de jolgorio se diversificaban

las cosas; Jairo se quedaba viendo tele, mientras Libia cogía rumbo a rezar interminables oraciones conmigo en la casa de sus padres, quienes me tenían ya armado un columpio manual en el que fantaseaba con volar por galaxias imaginarias con una ingenuidad perpetua, y en el que pasé gratos minutos de mi vida balaceándome de atrás para adelante. ¡Yo amaba ir allá porque me daban helado casi todos los domingos!

Una tarde cualquiera de un mes cualquiera, casi a mitades de mi primer año de vida, mi mamá llegó a la casa en taxi un poco más temprano que de costumbre, algo que fue muy raro ya que ella salía de trabajar unas horas más tarde hacia la noche. Para contextualizar un poco la historia, debo decir que mi mamá es funcionaria pública, trabajadora del Estado, y así lo ha sido por más de 23 años. Ese día su rostro lucía diferente, pálido, opaco y con algunas manchas rojas; a simple vista se notaba que había estado llorando a cantaros. Llegó a la casa callada, dejando a todos los presentes atónitos; mi padre la llevó a mi cuarto, y cerró la puerta conmigo adentro. Yo entendía mucho de la nada, aunque solo pudiera tararear y decir “agua”, así que presencié por primera vez uno de los momentos más escalofriantes de mi vida. A mi mamá le habían dejado una carta anónima sobre su escritorio dirigida a ella, en la que estaba escrito, en diferentes tipos de caligrafía, un mensaje con palabras soeces diciendo, aquellos desgraciados, pérfidos y execrables que arruinaron muchos de los anhelos de mis progenitores, que ella y todos nosotros debíamos desaparecer cuanto antes del mapa porque ya estábamos en la mira para ser los clientes de una muy famosa funeraria de la ciudad. Mi padre quedó igual que ella, y por muchas horas no pronunciaron palabra alguna.

La mañana siguiente a esa extraña tarde, cuando mi abuela, como de costumbre salió a la panadería por el delicioso pan mañanero, en frente de la puerta de mi casa habían dejado el cráneo de un perro ya muerto, y en sus alrededores un montón

de ofrendas florales. Ello fue algo muy estremecedor para ella, tanto que cayó al piso instantáneamente. Mi papá la fue a socorrer y mi mamá, mientras tanto, en medio de sollozos llamó a su jefe para ponerla al tanto de la situación. Cuando mi abuela reaccionó, mi papá intentó explicarle lo ocurrido. Después mi mamá tuvo que llamar a mis abuelos para ponerlos al tanto de lo que pasaba. Durante más de dos semanas ni mi papá, ni mi abuela, ni mi mamá ni obviamente yo, pudimos salir mucho de la casa, y nos alimentábamos con lo que los suegros de mi padre nos llevaban, quienes también ayudaron a limpiar el esplendoroso altar que sabrán los andenes, que son testigos de los hechos, quiénes lo hicieron. Además, se encargaron de orar y pedir a la ayuda divina que no nos pasara algo malo, pues no se podía avisar a la policía porque a mis papás les daba miedo que la ley por medio de sus investigaciones supieran algo de mi tía Nani y su compañero sentimental, quien era alguien con mucho poder en un negocio ilegal muy grave aquí en el país. Por tanto, mi tía Nani se encargó de investigar a los autores de tal cosa y hacerles dar un castigo sin el peso de la ley. Cuando todo esto pasó, de todos modos no nos quedó más remedio que mudarnos de nuestro inmueble que me abrigó el primer año de mi vida.

Don José y doña Libia nos ayudaron a buscar otro lugar donde formar nuestro nuevo hogar. Al final, como ninguno conocía muy bien las partes benévolas y las partes desagradables de la ciudad, terminamos como era de esperarse, en un barrio que para ese tiempo no estaba terminado, y estaba rodeado de millo, trigo y mucha maleza. Aquella calurosa parte del oriente de la ciudad sería nuestro establecimiento por un poco más de trece años. Mi papá ayudó con muchos otros vecinos para que se pavimentaran la mayor cantidad de calles de la ciudadela, mientras que mi madre de un momento a otro resultó con más estómago del normal, cosa que me parecía fascinante pues para mí era como si mágicamente le hubiera dado por ponerse de adorno una de esas enormes pelotas que yo tenía para jugar en la piscina. Sin embargo, para los demás mi madre estaba embarazada.

Tengo muchos recuerdos de este nuevo fascinante lugar, pero de este baúl mágico de recuerdos, solo escogeré dos para compartirles.

Mi mamá y mi abuela se tomaban en serio su trabajo para las vacaciones de agosto y para la Navidad. Ellas veían como mientras nosotros gozábamos de increíbles privilegios y comíamos carne, leche y frutas todos los días, la multitud de nuestro alrededor tomaba solamente agua de panela varias veces a la semana. En vista de que ellas siempre pensaban en el prójimo, mi mamá por su formación religiosa y mi abuela de seguro por los horrores que le tocó vivir durante los estragos de la guerra en nuestro sinigual país, empacaban muchas cajas de cartón con zapatos, comida, juguetes, implementos de aseo y de cocina... Era tanta la cantidad de cajas, que cuando supe cómo era de interesante poder contar, llegué a contar unos veinte cofres a los que yo llamaba prodigiosos. Muchos de ellos con cosas que ni siquiera habíamos alcanzado a estrenar, y luego de discutir interminables veces, pues mi abuela no quería llevarlos a ninguna iglesia sino darlos ella misma mientras que mi mamá deseaba hacer todo lo contrario, lograron ponerse de acuerdo. Como mi papá y yo no podíamos estar del todo aislados de lo que ellas hacían, decidimos ir todos a repartir los regalos a una parte de la población acentuada cerca de nuestro barrio que, hasta el día de hoy, no constituyen ante los ojos del gobierno más que un suburbio. Las jornadas allí empezaban temprano en la mañana y terminaban en la noche. Contratábamos un camión para que llevara a dos calles más abajo los prodigiosos cofres, y cuando llegábamos a una guardería, empezábamos a sacar las cosas ante los ojos de todos los espectadores que esperaban ansiosos por sus regalos. Luego de lo que para mí era la siesta, veía cómo ante los ojos de todos mi mamá tenía que quitarse sus joyas, mi abuela sus zapatos, mi papá su cachucha, mientras que a mí me usurparon mi biberón y algunos pañales, pues era tanta la escasez que hasta las cajas de cartón ya sin magia adentro se esfumaban tan rápido como el dinero. Afortunadamente, nunca nos tocó irnos en paños menores y, a pesar de estos infortunados y repetitivos detalles, siempre hacíamos lo mismo cada agosto,

y cada vez que llegaba diciembre con su alegría. Tengo que reconocer que gracias a esto hoy en día soy muy desapegada a las cosas materiales.

Volviendo al tema de mi mamá con la pelota de piscina en su estómago, no sé cómo ni cuándo terminé por entender que aquella pelota gigante era alguien más que pretendía hacer esa misma hazaña que hacía ya dos años yo había realizado. Aunque no recuerdo mucho de ese periodo de tiempo, tengo bien memorizado el día en que mi hermano llegó a mi casa, pues de un momento a otro yo pasé a un segundo plano porque él dañó todo mi reinado; en ese momento todo se centraba en la nueva criatura existente en mi hogar. Me inquietaba saber por qué ese ser extraño llegó a mi vida, alguien quien al principio se convirtió en mi enemigo más letal, y luego en mi inseparable aliado. Cuando esto pasó me di el gran gusto de conocer a la hermana de mi abuela, mi tía abuela quien, hasta el día de hoy, es una de mis confidentes amigas. Aunque vive en un territorio lejano a donde muchos viajan persiguiendo el gran sueño americano, desde que yo era una infante juró venir cada año, cosa que hasta estos abrilés, a sus 73 años, sigue haciendo. El día que ella llegó, por fin me dejaron usar el traje de bailarina que tanto añoraba ponerme; ese día fue en la casa de la Nani la reunión y ahí recibí mi primer libro, uno de mis intocables bienes de niña, solo había algo que no concordaba allí, el inicio del libro era “The three little pigs”. Por supuesto yo no sabía leer, y un año más tarde cuando aprendí, pues tampoco lo entendí; para mí estaba escrito en letras de gente como rara, y yo pensaba que dentro tenía algún tipo de conjuro, pero tenía dibujos muy llamativos que hacían me interesara todos los días en sobre qué trataba el libro.

En medio de las fiestas y agazapas a las que asistí desde mucho antes de tener uso de razón, siempre que por mis medianos oídos entraba la Salsa, era como una musa o una melodía sin

notas finales, una música con los más bellos colores escritos y sonoros; era, prácticamente, una lluvia sin agua que me atravesaba toda, me transformaba y me llevaba directo a la pista de baile| con mi papá. Razón por la que uno o dos años más tarde, departiendo con un primo mío a quien yo considero como una especie peculiar de seres humanos aún no descubierta, nos aliamos para hacer algarabía y, sobre todo, bulla. Nosotros, sin embargo, lo llamábamos música; yo con unas tapas metálicas de la cocina de mi mamá, él con las cucharas y las ollas, y mi hermano se unió a la banda con un par de botellas plásticas, hasta que un día los vecinos se quejaron y tuvimos que parar el bullicio. Mi primo, ya en un tono más serio, me preguntó qué me gustaba más, mencionándome muchas competencias artísticas; pero antes de que él terminara, yo conteste: “me gusta bailar”. Como en ese entonces él tenía 23 años, fácilmente me matriculó en Bellas Artes. Por esto y mucho más le estaré agradecida toda mi existencia y la otra, si es que la hay. Ese día nació un nuevo ser en mí, alguien desconocido, una apasionada bailarina sin nombre, sin título y sin afán de convertirse en alguien grande. Así, algo que comenzó como un hobby los sábados, terminó por ser mi mayor pasión, mi mayor compromiso, mi futuro... Lo que más me gustaba eran las presentaciones porque se bailaba desde Salsa hasta Cumbia, pero sobretodo porque al final mis padres y Lalo, como le digo desde pequeña a mi hermano, me tenían regalos por el show brindado, y la Nani nos invitaba a todos a el Rancho de Jonás que en ese tiempo era un sitio prestigioso en la ciudad.

Me acuerdo muy bien el día que Lalo y yo peleamos siendo niños. Yo quería jugar a las barbies y él quería jugar canicas; entonces, yo encontré un bate de béisbol que él conservaba en el closet, también con mucha dedicación pues el día que yo recibí el libro de manos de mi tía abuela Ethell el recibió el kit completo para jugar béisbol. Cuando lo sujeté me di cuenta que era bastante pesado, y como para ese tiempo yo era tremenda

no dudé ni por un segundo en pegarle con el bate en toda la frente. Después del golpe se le hizo un chichón del tamaño de la Torre de Babel de color morado-negro que de milagro se desvaneció gracias a todas las cubetas de hielo que había en el refrigerador. En ese preciso instante empezó una guerra entre él y yo que se tornó insoportable meses después, hasta que un buen castigo con nuestra mutua enemiga la correa, nos hizo terminar con todo. El día que recibimos nuestra penitencia nos volvimos amigos incondicionales, pues los dos sentíamos tanto dolor que casi no pudimos dormir.

114

Mi vida cambió mucho tiempo después cuando la Nani cayó en prisión antes del incidente con Lalo. Como era de esperarse, funcionarios de organismos internacionales, mejor capacitados que los de acá, la capturaron en los Estados Unidos y la culparon de ser partícipe en delitos de narcotraficantes por su relación con su novio quien también fue arrestado, y quien hoy todavía cumple su condena. Ello no sirve de mucho, pues aún es él quien comanda muchas zonas de ese negocio sucio en mi amado país. Desde que Nani y su novio cayeron en presidio, una ola de violencia se alzó en mi ciudad y un triste vacío surgió en mi corazón. Yo, que vivía en uno de los intramuros más impetuosos de la ciudad, no era la excepción; salía a hacer un encargo y escuchaba las ondas sonoras que deja un arma de fuego, y al santiamén sentía el fuego helado por todo mi cuerpo de que la muerte andaba cerca; en cuestión de minutos salían las masas solo para mirar qué había pasado, y muchas veces ahí mismo llegaban los creadores del estruendo, rematando a quien hubiera faltado o quien estuviera para ellos haciendo mucho ruido. En frente de mi casa decomisaron demasiados bienes ajenos, y como siempre era lo mismo, ya al final uno se acostumbraba a los gritos y chillidos de la gente. Se llamaba a la policía pero, por razones incomprensibles, nunca llegaban. Siempre guardaba la esperanza de que todo cambiaría mientras le daba tazas de té tranquilizante a las personas que habían sido impactadas por los aterradores hechos.

Una noche, un señor afuera en la calle gimió, sollozó y gritó todo el tiempo porque lo acababan de herir, y se estaba

desangrando. Sin embargo, nadie en la cuadra se atrevió a abrir la puerta porque le daba miedo. Al otro día el señor amaneció muerto. Mi abuela no soportó ver tanta perversidad y como un ángel descendió de estas tierras para acompañarnos todos los días desde el más allá. Todo esto despertó en mí demasiadas inseguridades, miedos y, sobre todo, profundas tristezas, pues además también vi como uno a uno mis amigos de niñez se iban o simplemente morían. Esto causó tanto recelo dentro de mí que desde pequeña me acostumbé a pasarme todos los días al lecho de mis padres por la mañana en busca de su protección, costumbre que conservo aún ahora que soy mayor de edad.

Tres años más tarde la Nani logró salir de prisión, pero ya era muy tarde pues aquí el panorama ya no era fácil. Ella me dice que estar en prisión es muy duro, sobretodo en una del exterior y que el castigo más que físico es psicológico. Su ex compañero sentimental, con quien aún hoy tiene contacto a pesar de que se le cerró para siempre la posibilidad de pisar esas tierras extranjeras de nuevo, cuenta que en donde él está solo le entra un rayo de luz por un minúsculo hueco, y que a toda hora del día le cae una insignificante gota de agua sobre su cuello. A pesar de todo esto, siempre me mantuve alegre y fue una inmensa tranquilidad que la Nani estuviera con nosotros de nuevo, sobre todo para uno de los momentos más importantes de toda mi vida.

Como antes lo mencioné, debo cumplirlo para deleitar al lector fiel que sigue mi descabellada historia hasta este punto, plasmaré lo segundo por lo cual evoco mi antigua residencia.

Uno de los primeros días del mes de noviembre del año 2009, cuando llegué de un vivaz día de examen de química en el colegio, en mi casa encontré a mi papá en la litera sin quererse mover, cosa a la que no le puse mucho cuidado. Continué con Lalo con nuestra rutina de costumbre después de un pesado día de clase.

Cuando llegó el crepúsculo y con él mi mamá, Jairo, mi padre, nos hizo enclaustrar todas las puertas de la casa con doble llave e incomunicar todas las ventanas. Como él siempre ha sido muy burletero, pensamos que era broma pero le seguimos la corriente hasta que, con voz temblorosa, nos empezó a narrar su día y nos dimos cuenta que dos sujetos lo habían amenazado de muerte horas más temprano. Así, en ese instante, todos procedimos a empacar maletas pues nos tocaba mudarnos y, esta vez, de manera urgente; además de que los dos malhechores habían ubicado la casa, sabían de la existencia y ocupación de toda la familia y eso se lo dejaron muy claro a mi padre. Al día siguiente, en las horas en que aún no cantan los pájaros, mi papá huyó a la casa de sus suegros, así como también lo hizo el resto de la familia horas más tarde. Recuerdo que todo sucedió tan rápido, que no hubo tiempo tan siquiera para que yo sacara mis libros.

Justo cumplida una semana, ya extrañábamos muchas cosas; pero más que eso, nos hacía falta las personas gentiles con las que ahí convivíamos y, como aún todas nuestras pertenencias seguían en aquella residencia acogedora, decidimos ese día ir a pasar solo esa noche allí. Ese día estaban celebrando el cumpleaños del barrio vecino cerca de la iglesia con presentaciones de salsa. Yo me encontraba en el público espectador, pero de un momento a otro me aburrí y a las 11:02 p.m. decidí devolverme para la casa. Lo que yo no sabía era que en el camino vendría una moto con mucha rapidez y atrás los guardianes de la ley. Yo me encontraba en medio de todo esto, pero no iba sola. Mi amiga Diana estaba conmigo, pero ella de los nervios no se movió; en eso el policía del frente accionó su arma propinando dos disparos. Volví a sentir el fuego helado por todo mi cuerpo que de niña tantas veces sentí; la muerte andaba cerca. En segundos caí en cuenta que esta vez el fuego era verdadero y que uno de esos disparos estaba en mi cuerpo; mi pierna izquierda supo lo que era sentir el plomo entrando a sangre fría, ya que el policía que estaba a escasos siete metros de mí ni se inmutó al ver que

yo estaba herida; él siguió su persecución. Yo llegué a mi casa metiendo los dedos en la herida, pues en cierto modo me parecía extraordinario; además, llegué riéndome al ver los chorros de sangre que corrían por mi pierna. Les conté a mis papás lo obvio, quienes ya lagrimeaban de ver que con su pequeña de apenas quince años se había escrito una tragedia de la que nos dimos cuenta al otro día en el hospital. Pasé toda la noche allá donde, después de una ecografía, se supo que el pedazo de hierro no había salido de mí y estaba a escasos 2 milímetros de la arteria femoral. Ese día significó mi muerte viva, pues con algo así no se puede lidiar; sentí que mis sueños, esperanzas y anhelos se esfumaban. Mi mundo de baile se fue apagando poco a poco; en los ensayos me dolía el muslo, como también cuando hace frío, cuando corro y en muchas otras ocasiones más. Sin embargo, esa es la principal razón que me motivó hoy a escribirles estas líneas a quienes con gusto deseen navegar en una novata escritura.

Hoy en día encontré otra vida al lado de muchas personas interesantes e indiscutiblemente fascinantes. Mi familia está bien y eso me da mucha tranquilidad. Tengo muchos amigos y la compañía de un novio espectacular; y yo solo me considero como uno más de ustedes, con una cabeza llena de recuerdos y muchos momentos vividos por contar... La vida y la muerte son tan efímeras como lo es a veces el concepto de felicidad, pero no cabe duda que la mía será vivir todos los días...

Experiencias que me condujeron a estudiar lo que estudio ahora donde lo estudio ahora

Aura maría yepes

118

El ruido insoportable del salón al que vivo sometida retumba sobre la rectoría, donde una monja de gafas tipo botella discute asuntos de “suma importancia” (como el encuentro de coros navideños) con algún acaudalado padre de alguna malcriada señorita, estudiante de esta prestigiosa institución. El zumbido irritante de veintiséis pubertas charlando con excitación sobre temas tan trascendentales como su primer guayabo se ve interrumpido abruptamente por taconazos de unos quince centímetros, que logran apaciguar a multitudes que transpiran estrógeno y en un hábil movimiento toman asiento cual perros amaestrados. Una silueta robusta y caderonsísima irrumpe en el salón cuya placa dice “catequesis” pero debería decir “sexto”. La figura deja ver sus pequeños ojos con su piel trigueña, y nos sonríe lanzando un “Good afternoon, class”, nosotras le regresamos una dolorosa parada de pupitre junto con un “¡Gud ásternun, tícher!”, como la mayoría lo pronuncia, cosa que me hace sangrar los oídos.

La inconfundible licenciada, Kelly Oca, la “teacher” de inglés hoy nos propone una tarea muy interesante: quiere que hagamos una presentación acerca de un país que nos llame la atención; debe incluir aspectos como el número total de habitantes, la gastronomía típica y algunos atractivos turísticos, etc., etc.

Yo sudo. Mis únicas cuatro amigas de este salón quedaron confinadas a la punta inversamente proporcional a la mía. Las miro, me hacen una seña extraña... ¿acaso piensan que tengo un diploma de Univalle que me acredite como intérprete de lengua de señas?, las miro con la famosa sonrisa tipo “no tengo idea de lo que dicen” y la “teacher” Kelly interrumpe mi airada discusión. La frase “Niñas, la exposición es in-di-vi-dual” me arranca toda

esperanza de no perecer exponiendo pero finalmente me resigno. “Corazones, elijan un país y me lo dicen” grita Kelly en medio de la indignación inútil de un grupo de nenas. Pasa menos de un minuto y Chávez, la chica más segura, poderosa y consentida del salón exclama “¡Yo me pido París! ... ¡Ah! perdón... FRANCIA” y un grupo de chupamedias se ríe y aplaude cual focas por el pequeño error. Luego Bravo se queda con EE.UU., continúa Parra con España, luego ella con eso, luego la otra con aquello... y mientras tanto yo hago una lista de los países que ya se han pedido para que nadie me grite algo como “tonta, eso ya me lo pedí yo”. Pasan unos minutos parecidos a la clase de geografía entre sus gritos y mis apuntes.

Finalmente, la “teacher” dice “Ya están todas, ¿No? ... Reviso quién me falta...” y busca como un escáner en su planilla hasta decir “Ah, Yepes... ¿Aurita, sobre qué país quieres hablar?”. Yo sudo de nuevo. Sudo y trato de arreglarme el cuello de esa condenada camisa del uniforme que jamás me quedó bien de un botón cerca de mi pecho. Con un gran temor y desaliento digo “Italia, profe” y Kelly me hace una mueca al estilo “Grita, por favor”. Las miradas penetrantes de veinticinco preadolescentes se clavan sobre mí ahora. Repito y me miran aun peor... Chávez exclama “¡Grita! ¿No puedes hablar bien?” y acto seguido, su mejor amiga, Toro vocifera “¿Tienes miedo, boba? Me das lástima...” y siendo desafiada, grité “¡Quiero a Italia, profesora!”.

La risa es algo genial. Reírse es bueno para la salud. La burla es algo muy diferente... Al ser yo la caída el refrán dicta que me caigan ¿no es así?

Qué barato sale decir una palabra hiriente; qué rápido surte efecto en alguien, tan rápido, que en cuestión de un minuto, sesenta ofensas pueden salir, hacer mella y pasar de los oídos al cerebro, del cerebro a tu corazón y de tu corazón llegan incluso hasta tu postura.

Los cachetazos fulminantes de la agresión verbal pueden, en pocos momentos, destruir la autoestima que otros se han esmerado en construir durante muchos años.

Tras la dramática escena, la “teacher” Kelly hace callar a mis compañeras y continúa con las instrucciones, especificando que la exposición es enteramente en inglés, que debe hacerse en cartelera, con imágenes y en lo posible, sin leer.

3:10 pm.

Llego a la casa de mi abuela, saludo a mi hermano con un “Antes de ponerse a ver televisión, póngase a hacer sus tareas” a lo que Santiago contesta “Aya, no la entiendo”, le pregunto de qué materia es y me responde “Matemáticas”. Inmediatamente rechazo la posibilidad de ayudarle y lo motivo para que lo intente él solo para ver si acaso alguien de la familia puede llegar a ser ingeniero. Saludo a mi abuelita y le digo “Gueli, ¿Qué hay para hoy?” entristezco al escuchar la ronca voz diciendo “Sancocho y mazamorra”. De igual forma le agradezco pero le digo que estoy desganada. Como siempre, me reprocha pero me salgo con la mía y termino consumiendo dos galletas Saltín Noel atravesadas por una capa de mermelada de mora y un buen vaso de Aguapanela al estilo Casa Obonaga Carvajal.

Voy donde Don Alejandro para comprar el pliego de cartulina verde y tras hacerlo, empiezo a dar mis pinitos como arquitecta, trazando línea tras línea en la superficie para no llegar a torcerme escribiendo. Uso la fuente de mis amores que hoy es fruta prohibida para mí (Wikipedia) y busco “Italia”. Apunto los datos que me exige la profesora, copio, pego e imprimo una imagen de La Torre de Pisa y por supuesto, la bandera nacional. Me pongo a escribir un borrador con la supervisión de la “titi negra”, mi tía enseña inglés en una institución educativa así que me ayuda bastante cuando tengo dudas del colegio. Mientras escribo, mi tía me corrige un “have” por un “has”, un “agrega la

‘s’ para la tercera persona” y me explica por qué debo arreglarlo. Finalmente, termino de escribir el borrador con un promedio de 4 errores. Eso me dio confianza. La “titi” me tomó la lección de pronunciación casi cinco veces con mi pliego de inglés. Salí bien librada de la lección y procedí a pedirles a mis padres, abuelos, tía y hermano que me la tomaran aunque ninguno sabía inglés. De algún modo, esto me tranquilizó y me agradó porque sabía que dijera lo que dijera no iba a ser juzgada o criticada como ya estaba condicionada en mi colegio. Todos en la casa me felicitaron afirmando que tenía una pronunciación “bonita”.

9:30 pm.

Borro los bosquejos que hice de mi cartelera y boto la basurita de borrador. Hablo un rato con mami en el sofá de la sala acerca de cómo nos fue hoy. Le comento el altercado que tuve en el colegio, necesito desahogarme de alguna manera y ella deja de lado nuestra consanguinidad e instantáneamente me convierto en una paciente más de la Dra. Obonaga. Lo que mami no puede dejar de lado es la religión. Tampoco yo puedo, eso me da fuerzas para continuar en mi colegio ya que, por más que rogara, mis padres insistían en no haber un mejor lugar para que yo estudiara. Llega mi padre y mamá se empeña en reconstruir la historia que le comenté haciendo algunos cambios favorecedores para mí. Mi papá es un hombre complejo. Alguien que se la ha pasado estudiando y exponiendo a Freud y Lewin día y noche, así que, para resumir, me terminó regañando porque no fui capaz de defenderme, porque fui débil y dejé que me pasaran por encima. Él casi toda su niñez y adolescencia fue acosado como yo y no quería que su hija cometiera el “error” de ser tan boba como él.

Finalmente me acuesto a “dormir”. En mi mente, sólo pensaba en la mañana siguiente, en cómo iba a llegar a la formación para la reflexión matutina, en la forma como me iban a saludar, en cómo iba a calcular movimientos para no tropezar, para no temblar, para pararme derecha y no ser molestada.

Viernes, 26 de enero de 2007:

6:30 am.

Nerviosa y apurada cojo la cartelera enrollada y amarrada por una gruesa moña. “Papito” me da la Bendición y me dice “Que le vaya bien, mija”. Salgo del Chevrolet Alto diciendo “¡Chao, ‘papito’!” a lo que me responde “Tranquila, periquita. Le va a ir muy bien ¡porque usted es nieta mía!”.

Le agradezco sonriendo y atravieso la entrada al patio trasero del Colegio San José del Ávila.

Trato de llegar siempre rayando en el retraso, cuando ya casi cierran las puertas para evitar el ritual de “cuéntanos lo que ayer” que se tornaba incómodo para mí. Usualmente, Cruz alardea de sus emocionantes aventuras como barrista de la 21, Montoya nos comparte la detallada descripción de cómo su novio y ella comparten sus primeras experiencias de masturbación en su bella piscina y Valencia nos muestra las fotos de la mansión que compró su familia en El Darién. Yo, por supuesto, no tengo nada que acotar y si lo tuviera tampoco lo haría, a nadie le importa lo que haga ni lo que diga. Además, el grupo que se arma alrededor de las 6:10 am. Es este que describo, este al que no pertenezco.

Las veintiséis chicas pertenecientes al grado sexto se dividen en dos círculos: el previamente descrito, equipado con veintidós féminas armadas hasta los dientes arreglados con ortodoncia y el de “las otras” ¡Mi grupo! Cuenta con cinco miembros bien ponderados... ¡Ja!: ¡estamos las que somos! Enlistando a Serrano Juliana, una trigueña cari cuadrada con el pelo lacio más esponjado del que se haya tenido registro, a Restrepo Viviana Ivonne, una rola más blanca que la leche, bien gordita y con ademanes masculinos. Estas dos han estado aquí por casi seis años, yo he estado más de siete. Luego están las dos más recientes: Correa Diana Marcela, una morena flaca y muy bajita

para sus diez años, a Arboleda Luz Eugenia, una chica aindiada de la que sólo se puede describir que es la más flaca del salón y, aunque aún está abierto a debate, del colegio. Finalmente, la miembro más antigua del grupo: ¡Yo! Al no haber objetividad alguna en describirme, diré lo que los demás dicen de mí: soy una pálida muy tetona que camina rarísimo.

¡Qué bien la pasamos en nuestro grupo! Alejadas de la realidad ajena hasta que nos recuerdan lo tontas que somos, lo raras, lo desagradables a la vista... Mientras algunas nenas del bando opuesto hablan sobre sus fiestas llenas de alcohol y sus encuentros de pasión (hasta donde sus cuerpecitos de “señoritas en proceso de formación” se los permite, nosotras hablamos sobre los planes para elegir dónde jugar escondite, dónde podemos hacer una pijamada para ver juntas High School Musical y cómo organizar una ida a la casa de Juliana a jugar con Cony, su perrita.

Extraño las pijamadas en la casa de Luisa... Tras la traición y posterior mudanza de una mejor amiga se queda una en ese estado por algunos meses ¿no? Luisa impactó enormemente en mi vida, ella y yo éramos muy unidas, le confiaba todos mis secretos... tanto, que le confié hasta mi contraseña de Messenger. Pésima idea. Ella lo utilizó para calumniarme en las redes sin ningún motivo y me creó una fama bastante infame. Desde entonces fui llamada por más adjetivos descalificativos de los que ya tenía encima, mis problemas con aquella chica y sus nuevas amigas me llevaron a la rectoría por el robo de mi celular, a la orientación psicológica del colegio e incluso, a perder ocho materias, una deshonra para mí y mi familia. Gracias a Dios, su madre consiguió trabajo en Cali y se largó hace casi un mes.

Me dirijo cautelosamente hacia mi grupo en la formación para empezar con la reflexión de hoy. De la “radio-emisora” del colegio sale una mujer de unos cincuenta años, con el cabello corto estilo militar teñido de negro, enseñando una gran sonrisa

forzada. La coordinadora Carmen Elena Espinosa, cuyo apellido le rinde homenaje a su personalidad, dirige la palabra y empieza con un enérgico “¡Buenos días para todos y todas!”. Este año, dejaron entrar niños al colegio. Hasta quinto grado, situación que nos desanimó a todas las de bachillerato. Carmen prosigue su aburrido monólogo acerca de algún valor de ética o religión mientras en mi fila nos organizan por orden de estatura, me separan de mis amigas por los quince minutos que dura la reflexión, sin embargo, dos enanas coladas en la parte trasera de la fila me miran despiadadamente tras mi maletín negro con pequeñas flores. Una voccecita desagradable y chillona me dice “Vea, párese bien”. Me sobresalto y trato de enderezarme con un morral de al menos diez kilos sobre mi maltratada columna. “Hágale caso a Toro. Vea, ¿por qué está moviéndose tanto? ¿Qué le dio ahora?” dijo Chávez apoyando a su amiga de corta estatura y un cerebro que le hace juego. Ambas me miran con una cara que evidenciaba expectación, esperando que yo dijera algo... pero no lo hice. No tuve el valor para callarlas, al contrario, les traté de hacer caso ruborizándome y agachando la cabeza.

Tras quince minutos que parecieron para mí mucho más, el timbre suena y César, el inconfundible esqueleto de dos metros en sudadera nos llama para la clase de educación física. Hay que cambiarse. Hay que quitarse la sudadera y quedarse en short o ‘biciletero’, como le llamamos en Palmira. Me siento confiada por primera vez al iniciar una clase y desvestirme, estoy estrenando depilada de piernas y creo ser una diosa, una modelo de Vogue, una... una niña que quiere encajar. Quedo exhibiendo mis piernas flácidas color rana platanera y me aproximo finalmente a mis pocas amigas. Me chiflan por las impecables extremidades que luzco hoy y me hacen sonreír sinceramente por primera vez esta mañana.

César nos grita “¡Hey, campeonas! ¿Cómo amanecieron?”, contestamos con un animado “¡Muy bien, profe!” frase a la que yo

le agrego un 'no' al comienzo. "Hoy, vamos a hacer competencias de atletismo" dice el profesor. "Castillo, Calero, Cruz y Chávez, las necesito para que armen sus equipos, vayan eligiendo a quiénes quieren en su grupo. Sentada en las inmensas escaleras azules donde cabe el colegio entero, apoyo mis codos sobre las huesudas rodillas y empiezo a observar una escena bastante desalentadora... "Parra, venga para acá" dijo Castillo, "Londoño, venga" dice Calero, Cruz le guiña el ojo a Gómez, Chávez le tira besos a Toro como se le tiran a un cachorro. Realmente no hay mucha diferencia entre una perra y ella.

Finalmente, sin haber más remedio, quedo yo. La Yepes, la indeseable, descoordinada, inútil Yepes. Las capitanas se pelean para zafarse de mí pero ¿A quién le toca hoy semejante ave de mal agüero? A Castillo, la mejor atleta, la mejor estudiante y probablemente, la mejor persona del salón. Ella me acoge, bastante resignada pero lo hace.

Debo amarrarme de su cintura y de las otras integrantes de nuestro equipo para hacer una cadena humana y correr todas juntas. Por supuesto, a la fuerza cambian el lugar que me fue asignado por el centro de la fila para que, según ellas, no afecte tanto la rapidez de las otras y no vayan a perder. Pero César cambia las reglas del juego: todas las niñas de la fila deben hacer una carrera individual, como una carrera de relevos. La velocidad de una las afecta a todas. Mis compañeras me miran cuando el profesor hace la aclaración y, olvidando que estaba allí, dicen "Ya paila con Aura acá metida", se me acercan y me previenen diciendo "Ojo con hacernos perder, boba" y "La vi corriendo".

Llega el momento, Castillo sale y hace alarde de sus cualidades para el atletismo, luego sale Parra a toda velocidad pero regresa con una cara parecida a la de Scooby Doo, con la boca abierta, respirando por ella y sin aliento. Sigue Ramírez quien se muere del susto tras correr porque se le cayó una pestaña. Por último y

obviamente no menos importante estoy yo. Salgo a la velocidad más alta que mis piernas pueden ofrecer, corro pero me veo amedrantada por constantes amenazas de parte de mi grupo y de los otros que gritan “¡Vaya relajada! ¡Con Aura es imposible perder!” regreso e, incluso César me grita “Yepes, ¿usted nunca aprendió a correr?”. Ignoro todos los comentarios que surgen de la turba furiosa y procuro llegar, no ganar pero espero llegar sin tropezar y quedar más en ridículo. Afortunadamente llego sana y salva, pero como era de esperarse, llego de última y arruino el progreso de mis otras compañeras. Soy observada como la traidora de la “confianza” que depositaron en mí y me abuchean como se abuchea un político corrupto, valga la redundancia.

126

Estoy agotada y furiosa. Quiero escapar corriendo de la cancha pero simplemente no puedo. César tiene su penetrante mirada fija en mí y mis reacciones ante los ejercicios, no por compasión sino por curiosidad de ver cuánto malestar era capaz de aguantar. Hay una salida. Me siento agitada ahora, tanto para que mi bronquitis de los tres años reaparezca ahora en forma de asma... ¡Eso es! Toso fuerte, con la esperanza de que alguna amiga le haga ver al profesor que estoy mal pero no sucede. Parra me invita a largarme para la enfermería para que no la vaya a contagiar de lo que ella piensa es gripa. César está alerta ahora y me pregunta qué sucede. “Creo que es el asma” dije, “¿Acaso tienes asma?” me replica y yo mintiendo, asiento con la cabeza diciendo “Eso creo. Cuando era pequeña sufría bastante de bronquitis y ahora me agito así fácilmente”. Mis amigas llegan al rescate y le alegan a César que me deje ir a la enfermería. Él accede con dificultad, ellas me llevan con cariño a una de las dos humildes camillas para un colegio con tanto dinero y me aconsejan que duerma hasta la siguiente clase.

12:25 pm.

Hasta la siguiente clase... ¡Sí, claro! Aproveché mi “condición médica” para dormir algunas horitas de más pero ya está tarde

y la exposición me espera. Tengo hambre pero el recreo ya pasó y faltan cinco minutos para que empiece la clase. Me siento con dificultad en la camilla, me acomodo camiseta y sudadera y me paro colocándome los tenis grises amarronado que deberían ser en teoría blancos. Salgo de la enfermería y subo las escaleras amarillas donde, cuenta la leyenda, está enterrada la cabeza de una monja. Corro como lo debí haber hecho en la clase de educación física y con determinación repaso mi discurso antes de recitarlo. “Good afternoon class. Today I will tell you some facts about Italy. Italy is a beautiful country with many touristic attractions such as The Leaning Tower of Pisa...” Entro al salón y encuentro varias niñas soltando gemidos de terror por la presentación que deben hacer.

Entra la “teacher” Kelly al salón y nos dice “Girls, are you ready for the presentation?” a lo que la mayoría responde con una risa nerviosa, no sé realmente si por sus nervios o por su incomprensión total de las palabras de la profesora. Acto seguido, Kelly se sienta en el escritorio y nos sorprende diciendo “Corazones, la exposición es en orden de lista”. “Shit!” grito para mis adentros. Soy la última de la lista, el broche de oro, la cereza del pastel de hoy. Veinticinco presentaciones serán comparadas con la mía. Tengo miedo pero las demás igual y eso me tranquiliza. El ambiente está tenso y aparentemente soy la única que se ha puesto a pensar en cómo va a reaccionar la profesora si ve que estamos leyendo porque, a pesar de que todas aparentemente se aprendieron la lección, han preparado ‘fichas de apoyo’ donde realmente está escrita toda la presentación de una manera peculiar, la mayoría la tiene escrita como se leería en la transcripción fonética del inglés. Algo como “Tudéi ai uil tok tu iu abáut...” o sus equivalentes.

“Acosta, por favor sal adelante” dice la profesora y una escuálida enana morena con cara de angustia se para y va hacia el tablero con una cartelera y varias ‘fichas de apoyo’. Observa a su audiencia

y un grupo grande de porristas vestidas de colegialas le sonríen diciendo “¡Vamos, Acos!” la pequeña criatura se llena de plenitud y Kelly le dice “Go ahead”, la chica le pregunta “¿Empiezo, profe?” y, haciendo un gesto de decepción, la licenciada asiente.

“Good afternoon, girls” empieza “My name is Isabel Acosta and today I will talk to you about Japan” continúa... Pasan cinco minutos de mirar al vacío mientras la chica hace alarde de sus habilidades para enredar a los pedagogos con una sonrisa de pequeña adorable y una actitud de ignorancia total de la que se supone, se deben apiadar maestros y compañeras de clase.

Continúa Bravo con EE.UU., luego Calero con Rusia y así sucesivamente hasta llegar a Victoria, hablando de México. Hasta ahora todas lo han hecho bastante bien. Se han puesto nerviosas, se han olvidado de largas partes de sus discursos y han hecho uso prolongado de sus ‘fichas de apoyo’ pero han dejado satisfecha a la licenciada.

Es mi turno. La “teacher” me apura con un gesto maternal y misericordioso. No quiero salir al frente, nunca he querido y nunca querré. Odio las presentaciones, las odio con toda mi alma. Me siento como una especie de maniquí, una exposición de arte, del arte del lenguaje corporal y si hay algo de lo que estoy segura es que no soy ninguna modelo ni mucho menos un modelo a seguir. Detesto las miradas de mis compañeras sobre mí, vigilando cada uno de mis movimientos, evaluando mi gesticulación, mis palabras, mis silencios, mi tono de voz, mi postura y mis ademanes. Lo odio. Los profesores siempre regañan a la audiencia en las exposiciones cuando esta no presta la atención debida. Lo que los pedagogos no entienden es que algunos de sus estudiantes no queremos ser auditados, no queremos recibir atención, no queremos ser vistos, no queremos ser escuchados, no queremos que nos noten... porque tenemos miedo de ello.

Mis reflexiones sobre las sensaciones de personas como yo al hablar en público se ven cortadas bruscamente por la muchedumbre que me alienta sarcásticamente para que salga al tablero a exponer con porras como “¡Dale, parcera! ¿Sí ven? Aura no dice nada, ella y yo somos ‘best friends’”, agarro mi cartelera enrollada por esa moña gruesa de nerd. Finalmente, me aproximo con resignación hacia el tablero con mi chaqueta puesta como es costumbre mía para cubrir unos cuantos de lo que algunos llaman atributos y yo llamo maldiciones aunque en el salón cuenta con al menos 30 grados Celsius, con mi larga cabellera suelta y tirada sobre el pecho compartiendo el fin de la chaqueta y secándome el sudor de las manos en la sudadera. La profesora me afana nuevamente para empezar a exponer y yo prácticamente troto hasta llegar al frente. Con temor, desenrollo lentamente la cartelera verde clarito, le pido a mi profesora un rollo de cinta para pegarla al tablero con la esperanza inútil de que tenga uno. Desgraciadamente no tiene y le demanda a mi público si alguna lo posee. Yo me contraigo de temor por no haberles preguntado por mí misma pero un alma solidaria me saca del embrollo y me entrega una cinta de enmascarar. Los minutos que me demoro arrancando a tiras la cinta y haciéndolas pequeños círculos se pasan tan lento que me parece escuchar una multitud de señoritas diciendo “¿Ni siquiera es capaz de hacer eso sola? Cruz, vaya colabórele que si no, no acabamos nunca”. La corpulenta silueta de cabello largo y rizado se me acerca en actitud amenazadora y con garras de perezoso y dientes de tigre corta, moldea y pega en un abrir y cerrar de ojos. “Listo el pollo” me dice y en agradecimiento, le sonrío. Llego el momento del que no puedo zafarme. Una sensación de malestar me envuelve. Necesito saber que seré capaz de hacer esto pero ¿qué o quién me dará esa certeza? Creo que ni mis amigas, ni mi papá, ni siquiera mi madre me la podrá dar. ¿Qué me queda? ¿Quién me queda? Dios será, así que me echo la Bendición y le pido al Todopoderoso que me quite todos mis temores y me permita demostrar de lo que soy capaz

ante mis compañeras y mi profesora. Así, comienzo mi odisea titulada “primera exposición individual en inglés”. Pronuncio las primeras frases de mi presentación: “Good afternoon, class” a lo que, en mis planes pensaba que iban a devolver el saludo pero no lo hacen. La profesora me chifla suavemente y me advierte “Aurita, más fuerte, por favor” y las chicas asienten, aprobando la observación de la ‘teacher’. Continúo con mi discurso. Mis ojos quedan totalmente desorientados, no sostengo la mirada con nadie o, por lo menos lo procuro. Trato de enfocarme en la pintura de la Virgen María que está en la pared, justo encima de las miradas feroces de las estudiantes. ¡Funciona! Eso creo, al menos. “Italy has 60,782,668 inhabitants” pronunciando esta cifra siento que lo hago demasiado lento... pero prosigo, “A well recognized touristic attraction in Italy is The Leaning Tower of Pisa” y señalo con timidez la imagen que la representa. Por primera vez, me percato de varios ojos que me observan con algo que jamás había experimentado de parte de mis compañeras: contemplación. Sus miradas son para mí grata sorpresa, miradas de ¿admiración? ¿Será esto posible acaso? Hago caso omiso a la situación y continúo comunicando información sobre Italia pero algo extraño viene a mi mente: Ellas no entienden lo que digo, no hablo su mismo idioma. Podría estar insultándolas, vengándome de mis detractoras y no se darían cuenta. Tengo una sensación satisfactoriamente enfermiza: siento poder sobre las otras chicas. Prosigo pero un gesto nunca antes experimentado en estas circunstancias se apodera de mi rostro. Es una enorme sonrisa. Finalizo mis cinco minutos de oradora con un “Thank you very much, classmates and teacher Kelly”.

Escucho un sonido que jamás creí que fuera dedicado a mí: es un aplauso. ¡Es un aplauso real! ¡Es para mí! Proviene de ellas, de mis compañeras y contagian a la profesora. Repentinamente, veinticinco preadolescentes sonrientes se levantan de sus pupitres y creando una ¿ovación? ¡Y nadie las coacciona! ¿Esto es real? ¡Alguien gríteme que estoy soñando con una realidad

paralela! Nadie lo hace. “¡Felicidades, Auris!” Me grita una voz dentro del público. Palidezco al ver el rostro de la proclamadora: ¡es nada más y nada menos que Chávez! ¿Qué rayos sucede aquí?

De repente, la voz de la “teacher” me entenece diciendo “Congratulations, gorgeous!” y “Great job!”, me llama a su escritorio y me informa que obtuve una E en la exposición. Posteriormente, una interminable lista de halagos, felicitaciones y expresiones de admiración me rodea: “¡Auris, lo hiciste increíble!”, “No sabía que eras tan buena” Estoy en shock. Pero una pregunta de la audiencia me genera una enorme confusión: “¿Dónde aprendiste inglés?” ¿Por lo que debo concluir que sé inglés? Ej, no precisamente... Contesto a la interrogante de Cruz con un “En ninguna parte” y la chica se muere de risa, pero se percata de mi expresión seria y hace una mueca de espanto. Ante la reacción, hago una retrospectiva del acercamiento que he tenido a través de los años con el inglés y recuerdo a mi papá diciéndome que escuché a los Beatles desde antes de nacer, lo recuerdo a él y a mí cantando Rasputin, Yellow submarine, Ma Baker y Ballroom Blitz cuando tenía cinco años, recuerdo que, a pesar de no entender más que los títulos de las canciones y algunas palabras sueltas, cantaba con mi corazón letras que desconocía pero sabía bien cómo sonaban por tanto repetirlas. Recuerdo a la “titi negra” diciéndome qué significaban las letras de mis canciones favoritas de Hannah Montana, la recuerdo corrigiéndome la pronunciación cuando las cantaba y ayudándome a crear frases coloquiales en inglés. Me percato de que en la lista de reproducción del mp3 de mi celular sólo tengo dos canciones en español y aproximadamente ciento veinticuatro canciones anglo. Recuerdo que cada canción que escucho en inglés es para mí, motivo de dedicación para aprenderla y finalmente, cantarla.

Tras recordar todo esto en pocos instantes le repliqué a Cruz diciendo “Bueno... mi papá siempre me ha puesto música en inglés y mi tía es profesora de inglés” Y la nena me pregunta

de nuevo “¿Y no estudiaste nunca en un instituto?” A lo que nuevamente respondo con un “no” y ella me felicita otra vez, afirmando que tengo un don para los idiomas. Soy capaz de entender que aquella afirmación no tiene el menor fundamento científico y que esta jovencita sólo quedó cautivada por lo que le pareció una buena pronunciación del inglés pero, igualmente es un halago que nunca antes había recibido y que hoy me llena de orgullo.

Tal vez debería ingresar a un instituto para aprender más inglés, para conversar con alguien, para pulirme.

Viernes, 20 de junio de 2014:

Me acomodo el birrete y la toga. Hoy es el día de nuestra graduación. Un sentimiento de orgullo y nostalgia se apodera de mí. Encuentro a mis amigas y voy a saludarlas con emoción ¡Estamos las que somos! Presentando a Juli, a Vivi, a Corre y a Díaz. Es una lástima que Luz no haya podido llegar hasta aquí con nosotras pero espero que pueda criar a su pequeño con la ayuda de su novio de la mejor manera. Vamos a tomarnos algunas ‘selfies’ con el iPhone de Díaz y cuando estamos en ello vamos corriendo a abrazar al resto del grupo, ¿Cómo no morirse de risa con las locuras de Chávez y Cruz? Nos tomamos otras fotos con ellas y con nuestros profesores favoritos.

Al entrar en el auditorio vemos una alfombra roja, nuestro cuadro de promoción y el gabinete completo de docentes y hermanas. Es realmente hermoso. La ceremonia comienza con unas palabras presididas por nuestra compañera Daniela Chávez, la chica se dedicó a nombrar las cualidades de todas. Empezando por Isabel Acosta la diseñadora gráfica, pasando por Dani Díaz, nuestra modelo hasta Auris, nuestra experta en lenguas. Es bonito ser nombrada como la ‘experta en lenguas’ del salón en tu graduación por alguien a quien anteriormente detestabas. Y pensar que hace alrededor de siete años nadie siquiera tenía

la certeza de que yo tuviera la habilidad para hablar o no... Aparentemente, esos años de estudiar en Cambridge Academy of Languages rindieron frutos.

Luego sigue la premiación de los estudiantes destacados. La licenciada Carmen Elena Espinosa dice “Destacamos por medio de este diploma al estudiante de mejor desempeño en las Pruebas ICFES...” Yo no voy a salir pero estoy satisfecha. El puesto setenta entre mil no está tan mal ¿verdad?, igualmente estoy feliz por Ángela Gómez, quedar de cincuenta y dos entre su grupo de mil es un mérito mucho mayor que el mío. Este reconocimiento sólo es entregado al mejor desempeño en el ICFES, así que solamente hay espacio para un premio pero “Así que esta noche, reconocemos a las dos señoritas que dejan en lo alto el nombre de nuestra institución...” dice Carmen e instantemente, sobre Ángela y yo se posan veintiséis rostros sonrientes que nos aplauden con fraternal ternura, muchos de esos rostros me enloquecían de miedo, sin embargo, aprender a perdonar es una gracia abundante que te libera y te permite comenzar de nuevo. Subimos al podio y nos entregan a cada una un diploma que nos acredita como “Mejor desempeño en las Pruebas ICFES Saber 11 de su promoción” y dos agendas estilo universitario envueltas en forma de regalo. No puedo estar más feliz al ver la reacción de orgullo de mi familia aquí presente.

La premiación continúa con el reconocimiento al “Sentido de Pertenencia”. Lllaman a Daniela Ramírez, la señorita más femenina y delicada de nuestro salón. Aplaudimos. Ella se lo merece, es un ejemplo del prototipo que desea mostrar el Colegio San José del Ávila de la jovencita ideal: recatada y prudente. “Y la señorita Aura María Yepes Obonaga” anuncia el profesor César ¡¿Qué?! ¿Yo, Sentido de Pertenencia? ¿La que quiso salir corriendo de esta institución más de una vez? ¡Están bromeando! Mis compañeras me miran y aplauden con alegría pero también con extrañeza de que hubiese salido yo en lugar de Chávez o Castillo. Igualmente,

Daniela y yo subimos al podio y nos entregan a ambas una medallita de oro, nos toman algunas fotos y volvemos a nuestros puestos.

Para el reconocimiento al mejor desempeño académico salen Chávez y Castillo. Se lo merecen, a pesar de que una le chupó rueda la mitad de su vida a la otra, los números no mienten y ambas se gradúan hoy con un promedio de 4,8 en su boletín de calificaciones.

Posteriormente se entrega el premio al “Mejor Proyecto de Grado” y son reconocidas Montoya y Chávez, por su investigación de mercado titulada “¿Puede el Piqueteadero El Deleite convertirse en una franquicia?”. Las chicas obtuvieron un 5,0 por su proyecto y sustentación. Yo, por mi parte obtuve un 4,2 por mi monografía llamada “Un acercamiento bibliográfico a la enseñanza del segundo idioma” a pesar de haber obtenido una ovación por parte del jurado y de la audiencia, que alegó ser mío el mejor proyecto de grado al momento de sustentar. Tal vez no tuve las suficientes pruebas fácticas ni cuantificadas o introduje mucha subjetividad en mi narración... Sea como sea, estoy orgullosa de mi investigación.

Continúa la ceremonia con el premio a “La Superación” donde Toro es reconocida por haber pasado de casi perder cada año de su vida escolar a ganar asignaturas incluso con un promedio de 4,5 y, por supuesto, por haberse reformado como persona para convertirse en alguien agradable, que se respeta y respeta a los demás.

Finalmente, se premia la Antigüedad de Pertenencia a la Institución. En este reconocimiento, salimos todas las que estudiamos en el colegio desde grado primero o inferiores hasta grado undécimo ininterrumpidamente, es decir, la mitad del salón. Subimos catorce jovencitas al podio y recibimos un collar de plata con la imagen de la Virgen María.

La premiación concluye y la ceremonia continúa con la entrega de los diplomas y las actas de grado. Nos llaman a cada una por orden de lista. Como siempre lo fui, soy la última pero

oigan, ¡lo mejor para el final! ¿Eh? Sale cada señorita llamada por su nombre completo y su número de identificación. Desde Acosta hasta Yepes. Salgo con mucha emoción y dicha por tales reconocimientos y me dispongo para abrazar al gabinete completo de profesores, queridos o no, marcaron mi vida para siempre, incluido César. Los saludo a todos cálidamente pero estallo en lágrimas al abrazar a mi profesora ‘Pacha’ de español y a la ‘teacher’ Kelly de inglés. Tantos años siendo su monitora me generaron un gran aprecio y compromiso hacia ellas. Ambas me Bendicen y me pronostican éxitos rotundos en mi vida profesional. Me despido finalmente de la coordinadora Carmen y de la hermana rectora Elizabeth Castillo siendo recordada como ‘Aurita’.

Bajo del podio secándome las lágrimas y me dirijo hacia la formación del salón para las fotos al finalizar la ceremonia. Lanzamos el birrete como en las películas y gritamos “¡Prom. 37!”. Hecho lo anterior, voy a la secretaría de Sandrita y escribo mi firma e identificación en el registro de exalumnas con nostalgia. Me reúno con mis amigas y de nuevo tomamos ‘selfies’ con la cámara profesional de Viviana mientras lloramos prometiendo nunca separarnos.

Viernes, 3 de abril de 2015:

Tras el rechazo fulminante de la Universidad del Valle al haber apenas terminado el grado undécimo para entrar al pregrado en Comunicación Social, decidí darme un tiempo ‘para reflexionar si realmente era esa mi carrera ideal’ pero realmente fue un semestre de ocio titulado ‘No caíste en cuenta de haber aplicado para otras universidades aunque sabes que si no es a la universidad pública, no ingresas a la Educación Superior’.

A comienzos del segundo trimestre de vagancia me llegó una noticia inesperada... ¡Un mensaje por Facebook de la “teacher” Kelly contándome que tiene una amiga directora de un instituto

que necesita una profesora de inglés y que me recomendó con ella! Posteriormente, me puse en contacto con la directora del instituto llamada Mónica Borja, la mujer me puso una cita para la entrevista en el instituto a las 4:00 pm.

Llegué nerviosa, vestida con un traje profesional de la ‘titi mona’, mi tía menor. Lo que no sabía era que no era un instituto de idiomas sino uno técnico y tecnológico, lo que no sabía era que no le iba a enseñar a personas menores que yo sino a gente desde los quince hasta los cincuenta y tres años de edad contando yo con sólo diecisiete años recién cumplidos y lo que no sabía era que trabajaría en total diez horas semanales por \$9.000 la hora. La oferta me asustó, a decir verdad, pero también lo tomé como un reto tentador y accedí.

Estuve enseñando inglés a personas en su mayoría de escasos recursos, con realidades muy distintas a las que conocía, que me enseñaron valiosas lecciones de vida: a no juzgar sin conocer, a plantar una postura, a obedecer órdenes y a lidiar con cambiar el parecer de personas mayores que yo, personas que tenían sus convicciones bien estructuradas para que una bebé de diecisiete años viniera a cambiárselas, pero, en especial a afrontar situaciones complicadas y a confiar en que soy capaz de hacer grandes cosas si me lo propongo.

Mientras continuaba enseñando mis insipientes cuatro meses de experiencia laboral intenté de nuevo ingresar a la Educación Superior. En medio de mi indecisión, me presenté para tres universidades: a la Universidad Pontificia Bolivariana Sede Palmira y a la Universidad ICESI para el programa de Psicología a pesar de saber bien que mis padres no podrían soportar semejantes costos para su economía y de nuevo, apliqué para la Universidad del Valle pero, esta vez lo hice para un programa del que realmente estaba segura, me iba a fascinar: Licenciatura en Lenguas Extranjeras Inglés-Francés. La UPB sólo me exigía una entrevista con el director del programa, la Universidad ICESI me exigía además, estar entre los primeros trescientos puestos y estar entre los doscientos para poder aplicar a una ‘beca’ que realmente debería llamarse ‘aplazamiento de pago de matrícula’. A ambas universidades fui aceptada. Sin embargo, esperaba la

respuesta de mi mayor ambición: ingresar a la Universidad del Valle.

Entrar aquí me exigía contar con al menos 190 puntos según el último modelo de las Pruebas ICFES aunque esta parte de la evaluación sólo valía el 40% de la selección. El mayor reto fue el Examen de Admisión, con un porcentaje en la selección del 60% que consistía en medir la comprensión del inglés, la comprensión y producción del español y, en general, la habilidad para las lenguas. Lo que más me traumó de aquel examen fue un ejercicio demoníaco llamado 'La lengua X', un idioma probablemente inventado por lingüistas que nos exigía deducir, analizar y producir con la estructura gramatical de una lengua desconocida, además de eso, la falta de claridad de las grabaciones que pusieron en la prueba de inglés. Palabras más, palabras menos, salí llorando de esa prueba, sin ninguna esperanza de ser aceptada aunque era consciente de que di mi mayor esfuerzo.

Tras orar como nunca y programarme lingüísticamente con estímulos positivos, la buena nueva llegó: fui aceptada en el programa con el puesto catorce entre noventa admitidos. Con la satisfacción más grande que experimenté jamás, con la alegría que emanaba de mi familia y el agradecimiento que sentía para con Dios, tomé la determinación de renunciar a mi trabajo para dar mi mayor rendimiento en la universidad como retribución a este enorme favor.

Estas experiencias me condujeron a estudiar lo que estudio ahora donde lo estudio ahora. Me marcaron, construyeron mi personalidad enteramente y gracias a ellas, siendo las 12:13 am. Concluyo con dedicación el primer borrador de esta autobiografía presentada a mi nueva profesora de Lenguaje y Creatividad, Esperanza Arciniegas, a mediados del primer semestre que paso en mi carrera, Licenciatura en Lenguas Extranjeras Inglés-Francés en mi universidad, La Universidad del Valle.

UN POCO DE MÍ

Andrea Mercado Calero



Se preguntarán el porqué de esta tira de prensa al inicio de mi autobiografía... bueno, eso es algo que explicaré más adelante. Por ahora quiero hablarles un poco de mí.

138

Después de unas cuantas falsas alarmas en las que hice correr a mis padres al hospital con la esperanza de volver a casa con su pequeña niña en brazos, llegué finalmente a este mundo un martes 18 de febrero de 1997 a las 4:35 p.m. en la hermosa ciudad de Cali, justo después de que mi abuelo paterno le dijera a mi madre que si no volvía con su nieta en manos, no volviera a la casa. Fui registrada con el nombre de Andrea Mercado Calero, hija de Guido A. Mercado Rodríguez y Flor Alba Calero López, padres amorosos que no eran inexpertos en cuanto a tener hijos se tratase, pues tenían ya un pequeño niño de cinco años, mi hermano mayor, Guido A. Mercado Calero. Fui criada en una familia muy unida, llena de valores y con gran variedad de personalidades. Mi padre es conocido por su seriedad y elocuencia, pero con su familia siempre es alegre, amoroso y divertido; mi madre es una mujer llena de alegría, muy trabajadora, sincera, un mujer que da todo de si por su familia y, de vez en cuando, algo imprudente; mi hermano es juguetón, travieso y muy sociable; mi abuelo un hombre sabio y con gran sentido del humor al igual que sus

hermanos y mi abuela una mujer religiosa y comprensiva que emana un aura maternal inigualable.

En ese entonces mi padre trabajaba en Johnson y Johnson como jefe de planta y mi madre era estilista, vivíamos en una unidad llamada Marco Fidel Suarez, en Villacolombia, a solo pocas cuerdas de la casa de mis abuelos paternos. En esta unidad transcurrieron los primeros cuatro años de mi vida, aunque debido al ocupado horario de mis padres, mi hermano y yo pasábamos la mayor parte del día en casa de mis abuelos. Siempre disfruté mucho el tiempo con ellos. Amaba a mi abuelo más que a nada en este mundo, él me enseñó a atar los cordones de mis zapatos, a pintar, a hacer crucigramas, a jugar ajedrez, dominó, parqués y cada juego de mesa existente, debe haber sido por esto que nunca encontré divertido jugar con muñecas, para mí era mil veces más emocionante sentir que por fin iba a ganarle una partida de parqués o dominó a ese adivino que de alguna forma siempre conocía las fichas que estaban en mi mano. Este sabio hombre era para mi hermano y para mí un gigante amoroso que brindaba protección y cariño, un ejemplo a seguir y mi abuela era la bella doncella que estaba siempre pendiente de lo que quisiéramos. Cuando se acercaban las 4 de la tarde ella siempre enviaba a mi abuelo a comprar pan para comer con el café que había comenzado a colar, el aroma de esta bebida inundaba la casa y sentíamos que no había mejor lugar para estar.

Mi abuelo tenía tres hermanos que siempre nos llevaban a pescar, a recorrer la ciudad y otros pueblos maravillosos del país. Eran un gran grupo que estaba listo para reunirse en cada festividad y hacernos sentir afortunados de haber nacido en una familia que se profesaba un amor sincero y en la que cada integrante era único y especial.

A finales del año 2001, aún con cuatro años, entré a estudiar al Colegio León de Greiff a unas tres cuerdas de la casa de mis abuelos, días después mi familia y yo nos mudamos de Villacolombia a El Caney. El comienzo fue duro, ya no veía a mis abuelos todo el día, pasaba la tarde con niños ruidosos e inquietos y niñas que no hacían más que peinar y vestir a sus muñecas, los niños que me hablaban solo me molestaban por tener un apellido gracioso y las niñas querían que fuera parte de sus grupos de “modelos” o “princesas”, cosa que no llamaba para nada mi atención. Sólo me reconfortaba tener un momento de quietud cuando la profesora llegaba al salón a enseñarnos cosas nuevas e interesantes y saber que al final del día vendrían a recogerme mi tía o mi abuela para llevarme a la casa donde me esperaba ese amoroso gigante para ayudarme con las tareas y jugar hasta que mis padres pasaran por mí.

140

Los años fueron pasando de esta forma hasta que llegué a segundo grado de primaria, aquí mis padres decidieron que sería mejor si estudiara en un colegio femenino que encontraron en la lista de los mejores de Cali, según me dijeron, ahora estudiaría en el Carmelo, muy lejos de la casa donde habitaban el gigante y su doncella, empezaría un mundo nuevo.

Tercer grado de mi primaria fue algo solitario a pesar de que al llegar al colegio encontré niñas muy diferentes, algunas llevaban sus muñecas, otras preferían correr por todo el edificio, otras se peinaban o jugaban a la comidita. Yo prefería no hablar con ninguna y pasaba los descansos en algún rincón dibujando o ayudando en la fotocopidora, si, era una niña muy... Especial.

Como ya no vivía ni estudiaba cerca a mis abuelos, tuve que esperar hasta las vacaciones para poder visitarlos de nuevo, los extrañé tanto que pedí a mis padres que me dejaran quedar un mes con ellos, y así fue en esas vacaciones y todas las siguientes. En cada estadía mis abuelos buscaban algún curso

de manualidades para que yo no pasara todo el día jugando o viendo televisión, estuve en cursos de pintura en madera, en cerámica y al óleo, etc. y les llené la casa de más decoraciones de las que pudieran pedir.

Los años de colegio fueron pasando, en el recorrido de mis estudios primarios me destaqué siempre en materias como arte, danza, química e incluso matemática, mientras que otras como español e inglés representaban cierto grado de dificultad para mí. Fui perdiendo el miedo a hablar con las niñas, encontré un grupo que tenía bastantes cosas en común conmigo, jugábamos, reíamos, competíamos y poco a poco nos fuimos convirtiendo en hermanas, entre ellas, Diana era la más cercana. En cuarto grado, con solo 8 años nos convertimos en mejores amigas y más de una década después lo seguimos siendo.

Mi interés por las lenguas, tanto la materna como las extranjeras, comenzó a desarrollarse en quinto grado gracias a la música que escuchaba junto a mi hermano y las películas que siempre me obligaban a ver subtituladas por tener un mejor sonido, según decía mi padre. Es en este momento donde entra en juego la edición de Mafalda que pudieron observar al inicio de mi relato. Mafalda, una pequeña niña creada por el humorista gráfico argentino Joaquín Salvador Lavado Tejón, mejor conocido como Quino, fue siempre un personaje con el que me sentí identificada, la conocí gracias a mi abuelo, pues cuando hacíamos los crucigramas del periódico también leíamos estas tiras. Antes de poder entender lo que decía esta pequeña, pensaba que su cabello desarreglado se parecía al mío, más adelante me parecía graciosa cada vez que dejaba a sus padres sin palabras con comentarios ocurrentes, pero sobre todo llegué a considerarla un ejemplo de inocencia y bondad, a corta edad comencé a creer que sus palabras eran certeras y que cambiar el mundo era tan fácil como decirlo.

De todas las ediciones que han sido publicadas y las que siguen siéndolo en la actualidad, la que cambió mi vida o, por así decirlo, sembró en mí una idea que crecería para convertirse en el propósito de mi vida, fue esta que he adjuntado. En esta edición Mafalda expresa que cuando sea grande quiere ser una intérprete en la U.N. para evitar las guerras entre países cambiando comentarios de odio por otros de paz. Estas palabras se quedaron grabadas en mi mente y me enamoré de la idea de hacer eso posible, desde ese entonces decidí que iba a estudiar tantos idiomas como pudiese para cumplir ese sueño.

Al emprender un camino nuevo es de gran ayuda contar con un guía, afortunadamente tuve como ejemplo a mi profe de inglés Gloria Estela, una mujer proveniente de Pasto cuya forma de enseñar, aunque a muchas compañeras parecía no gustarles, me dio bases fuertes en este idioma. Desde quinto hasta séptimo aprendí a estudiar por mi cuenta, a buscar nuevas formas para asimilar información y no quedarme solo con lo que se nos daba en el colegio. Lamentablemente sólo pude tenerla como guía durante esos dos años, pero fueron suficientes para mejorar mis técnicas de estudio y lograr un nivel que me permitió destacarme entre mis compañeras.

En el año 2007, ya con 10 diez años de edad, seguía siendo una niña aunque siempre se me dijo que era muy madura para mi edad. Pero bueno, como todo en la vida no puede ser hermoso, sino que debemos sufrir a veces para apreciar lo demás, uno de los momentos más duros de mi vida y de la de mis familiares ocurrió, el gigante que me protegió en los inicios de mi vida se hizo mayor y su salud no era la misma de antes, un día mi familia y yo fuimos a visitarlo y él tuvo que ser llevado al hospital para una operación de emergencia, su apéndice necesitaba ser extraído, se nos dijo que era algo “de poco riesgo”, mi hermano y yo no pudimos ir a verlo por ser menores de edad así que nos quedamos en casa con mi abuela, la hermosa doncella que nos

cuidaba y alentaba con frases positivas. El 3 de noviembre de 2007 fue un día tranquilo, la doncella se quedó en su casa y mis padres nos llevaron de vuelta a la nuestra diciendo que al día siguiente todo estaría mejor. La mañana del 4 noviembre me despertó mi madre con la noticia de que el amoroso gigante había partido, de mis ojos comenzaron a salir lágrimas enormes que parecían nunca terminar. El día era hermoso, los pájaros cantaban, el sol brillaba y sus rayos entraban por mi ventana bañando la habitación con su luz, pero para mí todo era oscuro. El hombre que lo sabía todo, aquel que sanaba cualquier dolor con un cálido abrazo y una frase de aliento ya no estaba aquí. Pérdidas como esa no se alivian nunca, solo se aprende a vivir con el hecho de que esa pieza ya no estará, solo su recuerdo perdurará. Tras él, uno a uno sus hermanos fueron partiendo hasta quedar solo el menor, que gracias a Dios aún tenemos entre nosotros para contarnos las grandes historias y aventuras de un pasado que no conocimos.

Después de esto me volví muy dependiente, comencé a tenerle pavor a los cambios y a perder seres queridos, me apegué mucho más a mis amigas, quería apreciar cada segundo con ellas en el colegio. Cuando no estaba estudiando estaba con mi padre y mi hermano haciendo cualquier cosa juntos, mi madre viajaba constantemente por lo que mi relación con ella era diferente, pero cada vez que podía, jugaba también con ella y la dejaba experimentar peinados con mi cabello. Desde mis 11 años siempre quise destacar en el colegio y tener notas casi perfectas para hacer sentir orgulloso a mi padre, ahora todo giraba en torno a él, hacía caso a todo lo que me dijera y me aterraba pensar que podía llegar a decepcionarlo en algún momento. Mi bachillerato transcurrió normalmente entre clases, exámenes y las actividades comunes que se hacen en estos años. Al llegar a décimo comencé a pensar en qué iba a hacer cuando me graduara, la idea principal siempre fue estudiar idiomas y convertirme en traductora, el sueño de mi infancia, pero mis

familiares comenzaron a decirme que sería mejor estudiar otra carrera profesional y complementarla con los idiomas, porque de esa forma sería una profesional de mayor nivel. Cada vez que escuchaba eso me entristecía pero prefería dejar el tema para después y seguir concentrada en mis estudios. Decimo terminó, pasé a once ya con 16 años y la verdadera presión sobre mi futuro comenzó.

El último año escolar fue el más fácil en cuanto a lo académico, pero fue agobiante psicológicamente, sentía tristeza al pensar que ya no vería a mis amigas ni compartiría horas y horas con ellas, hablando y contando chistes que solo nosotras entendíamos, pero a la vez me sentía feliz por ver que esas niñas que jugaban con colores, monedas, piedras y todo lo que estuviera a la mano eran ahora mujeres emprendiendo un camino hacia sus sueños. Sentía nostalgia al pensar que dejaría el uniforme que parecía solo gustarme a mí, que no volvería a pertenecer a esos salones y jardines que me vieron crecer, y más que cualquier otra cosa, me asustaba pensar que comenzaría una carrera que no me gustaba en una nueva institución o, peor aún, que pasaría seis meses más pensando qué hacer con mi vida.

Durante grado once tuve que ver una materia llamada orientación profesional, en esta debía exponer frente a la directora y la psicóloga del colegio la carrera que estudiaría al graduarme. Me sentía presionada porque a pesar de saber que quería estudiar lenguas extranjeras, no podía exponerlo porque mis padres y familiares pensaban que era mejor que escogiera algo más, pensé en estudiar arquitectura pero no me veía trasnochando haciendo maquetas o proyectos, pensé en química pero no me agradaba mucho la idea, por mi mente pasaron casi todas las carreras y facultades posibles pero la única que quería era lenguas extranjeras. Tomé la decisión de decirle a mi padre que no quería estudiar nada que no fuera lenguas, pero lamentablemente esta carrera solo estaba en la

Universidad del Valle y la Santiago de Cali, ninguna de estas le agradaba a él, la única posibilidad restante era estudiar en Bogotá, pero esto no era opción para mí. Mis padres no me iban a dejar ir sola a otra ciudad y el presupuesto tampoco alcanzaba. Así que después de muchos intentos fallidos de persuadir a mi padre, él terminó diciéndome “a vos te gustan muchas cosas, mejor estudia administración y cuando te gradúes escoges qué hacer con eso”, yo, sin un argumento para oponerme, acepté su propuesta y una semana después de graduarme del Carmelo estaba estudiando administración de empresas en la Pontificia Universidad Javeriana.

Mi primera experiencia en la universidad fue buena, sentía que estaba complaciendo el deseo de mi padre y por lo tanto era lo correcto, me gustaban algunas de las materias que veía y conocí personas muy buenas, mis notas eran altas y disfrutaba de las actividades que ofrecía el campus. Finalizando ese primer semestre comencé a tener problemas con las materias, seguía estudiando pero los temas se hacían tediosos, dejé de prestar atención y comencé a extrañar mis días de colegio, quería irme pero no podía decepcionar a mi padre, tuve problemas con matemáticas, los temas se hacían más complicados y las explicaciones del profesor eran pocas o nulas, no quise contarle nada a mi papá por pensar que todo iba salir bien y que con la ayuda de mis compañeros era suficiente, pero no fue así, en ese semestre gané todas las materias menos matemáticas. Era la primera vez que perdía algo y mi padre debía saberlo. Fueron muchas las veces que intenté contarle, esperé hasta un momento en el que él estuviera de buen humor, me llené de valor y se lo dije. Mi papá se sorprendió, se decepcionó y me preguntó por qué no había pedido su ayuda, yo preferí callar pues cualquier respuesta iba a ser una excusa. De esta forma terminó el primer semestre y durante las vacaciones asistí a un curso preparatorio de matemáticas.

En el segundo semestre matriculé japonés para hacer los días más llevaderos, me inscribí al gimnasio para liberar tensiones y algunas de las nuevas materias como Investigación de Mercados y Planeación, me gustaban, me iba muy bien, pero había otras como Gestión Pública que eran una tortura, comencé a sentirme frustrada, pensaba que sólo estaba malgastando mi tiempo por un capricho de mi padre y mi humor cambió, estaba irritable todo el tiempo y esto me trajo problemas con algunas compañeras, no quería asistir a clases y me quejaba constantemente, detestaba esa actitud. Solo en la clase de japonés encontraba paz pues estudiaba algo de mi interés y conocí compañeros que compartían mis gustos, en especial a uno que también estuvo en el curso preparatorio de matemáticas pero en un salón distinto, nos volvimos muy cercanos, un día comenzó a acompañarme en el bus camino a casa y se quedaba en la universidad para ayudarme con problemas de matemáticas. Poco a poco fui compartiendo más y más tiempo con esta persona, me preocupaba por él y él se preocupaba por mí, después de un tiempo me pidió que fuera su novia y alegremente acepté, llegué a considerar que quedarme en la Javeriana no estaría tan mal si podía verlo cada día. Una tarde le hablé sobre mi sueño de estudiar lenguas extranjeras y de lo frustrada que me sentía estudiando administración, él me dijo que lo mejor sería estudiar lo que de verdad quisiera, otros compañeros de clase e incluso la profe de japonés, me alentaban a estudiar lenguas, me daban valor para decir lo que realmente quería. Después de mucho dudar y reflexionar decidí finalmente decirle a mi padre que no podía más, no quería seguir estudiando una carrera que me hacía infeliz ni sentirme incómoda con mis compañeros. Él vio que estaba frustrada, notó los cambios en mi humor y, con algo de dificultad, entendió por fin que lo mejor era dejarme seguir mi sueño. Terminé el segundo semestre en la Javeriana con un promedio alto, gané matemáticas y me fui con la alegría de saber que pronto comenzaría a estudiar lo que de verdad amaba.

El segundo semestre terminó en Julio y las inscripciones para la Universidad del Valle eran en noviembre, los seis meses libres que tanto temía antes de graduarme del Carmelo ahora tenía que esperarlos para comenzar de nuevo. Gracias a que en la Javeriana me volví tan cercana a mi profesora de japonés, ella me permitió seguir asistiendo a su clase en el semestre siguiente aunque yo ya no estuviera en la universidad, de esa forma pude seguir en contacto con mis compañeros y entre ellos con ese tan especial que me dio su apoyo cada día. Así los meses se hicieron más cortos y finalmente en noviembre de 2014 me inscribí a la carrera de Licenciatura en Lenguas Extranjeras de la Universidad de Valle. Presenté el examen de admisión y esperé los resultados con gran ansiedad, todos los que me apoyaban estaban tan nerviosos por ver los resultados como yo, finalmente fue publicada la lista de admitidos y mi código estaba entre ellos, en ese momento sentí que había vuelto a tomar el camino hacia mi sueño.

Ahora tengo 18 años y me alegra poder decir que las experiencias que he vivido en este corto tiempo me han ayudado a comprender lo hermosa y complicada que puede ser la vida en cierta medida, es realmente reconfortante ver que ni los buenos ni los malos momentos son eternos sino que vienen por etapas y hay que saber apreciarlos, aprender al máximo de cada uno y seguir adelante. Me siento muy agradecida con todas las personas que han hecho parte de mi vida y lo que me han enseñado, tuve mucha suerte al nacer en medio de una familia tan hermosa y espero seguir creciendo, llenarme de sabiduría para poder ser un ejemplo para los más jóvenes y graduarme como una profesional íntegra que se destaque en lo que ama.

Escribir es
dibujar la silueta
= vibrante o difusa
DE UNA EXISTENCIA

ENSAYOS



Ensayar a hacer ensayos

En esta parte del libro vamos a comenzar a publicar algunos de los ensayos que realizan los estudiantes en el curso de Composición II de la Licenciatura de Lenguas extranjeras, un espacio para el ejercicio de la lectura y la escritura significativa en el aula.

Estos textos son el producto del ejercicio de lectura y escritura durante dos semestres en los que los estudiantes se dedican a estudiar un texto de literatura Colombiana. El objetivo de estos dos cursos es aprender leyendo, escribiendo y reflexionando sobre la lectura y la escritura a la vez que exploramos la nueva literatura Colombiana.

Los estudiantes durante el tercer semestre de la carrera construyen un problema sobre el texto estudiado y ensayan cómo hacer de manera socialmente compartida en el aula un ensayo. Por eso al texto final de esta experiencia la llamamos ensayar a hacer ensayos, es el primer intento consciente de investigar para escribir y para aprender escribiendo.

“A través del curso de Composición en español II se presentaron muchos retos a la hora de escribir el ensayo, sin embargo, durante la exposición de estos se pudo apreciar el gran avance que hemos tenido durante estos tres semestres, ahora podemos plasmar nuestras ideas de una forma clara y directa, sin dejar de lado una redacción entretenida. Los ensayos en general fueron muy buenos, se notó el esfuerzo que cada grupo hizo para redactar sus ensayos.”

El trabajo de escritura colectiva también me enseñó mucho, a través de las discusiones grupales se logra mejorar y complementar el texto, argumentar y contra argumentar, exponer e investigar son actividades que se realizan mejor en grupo. Me gusta mucho trabajar con otras personas a la hora de elaborar o revisar textos pues por un lado, me exige hacer un trabajo más pulido y rigurosos; por otro lado, si soy yo quien está leyendo el texto de alguien más me exige mayor concentración en el texto, revisarlo muy minuciosamente y aportar sugerencias o comentarios.

*Katherine Vásquez
Composición II 2015*

El nuevo doctor Frankenstein: comparación entre la construcción del monstruo de frankenstein y “el año del verano que nunca llegó”

Katherine Vásquez

Nathalia Serrano

Ángela Cordero

En su última novela el escritor William Ospina desarrolla una gran obsesión por los sucesos ocurridos en 1816 en Villa Diodati, Suiza; en especial sobre la manera en la que estos fueron determinantes para la creación de dos clásicos de la literatura: “El vampiro” y “Frankenstein o el moderno Prometeo”. Su obsesión lo lleva a indagar en la historia no solo de ese verano, sino también en la de la vida de sus participantes tanto el antes

como él después de los hechos. Toda esta búsqueda da como resultado su creación “El año del verano que nunca llegó” una obra que está construida con partes del presente y del pasado, de fragmentos de las historias de los personajes y sus familias. Ospina toma piezas de múltiples lugares, de su propia realidad y de varios eventos tanto históricos como literarios con las que cuidadosamente va formando su criatura, proceso que se asemeja a la construcción del monstruo del Dr. Frankenstein, resaltando el hecho de que ambas creaciones están formadas por piezas de distintos orígenes.

La postmodernidad es un elemento que juega un papel muy importante en la estructura de ambos casos. Como mencionamos anteriormente, la novela de Ospina hace parte de la literatura postmoderna, el narrador omnisciente se elimina para ser reemplazado por el propio autor, Ospina se convierte en personaje principal de su obra, recurriendo a la metaficción para crear un mundo dentro de este mundo, poniendo en paralelo el “ahora” con el pasado, como dice Fernando Vázquez (1993) “No hay continuidad (...) La novedad es el único tiempo histórico que aceptan los postmodernos”. En el caso de Frankenstein, a pesar de que la novela es parte de la literatura gótica, existe una relación entre el personaje y la postmodernidad que se ve reflejada en el cuerpo del monstruo, como expone Enrique Ramalle (2007) “el cuerpo se hace más flexible, maleable, adaptable al aspecto deseado” es una construcción formada por la imaginación y los ideales del Dr. Frankenstein, una innovación de lo tradicional.

En la postmodernidad se suele mezclar la realidad con la ficción para contar una historia. Con este movimiento las obras se empezaron a crear de diferentes maneras, incluso, algunos autores llegaron a tomar partes de diferentes orígenes para crear un relato. En la novela “El año del verano que nunca llegó” lo posmoderno se refleja a través de la idea de salirse de los esquemas comunes y llevar la literatura a otro nivel. El autor va

formando la novela al ritmo de sus indagaciones y viajes, él toma fragmentos de la vidas de Lord Byron, Clara Wollstonecraft, John Polidori y Mary y Percy Shelley; sucesos históricos, literarios y artísticos; paisajes y edificaciones de diversas partes del mundo, para ir construyendo con todos estos elementos una novela bastante compleja. “Mi aventura no era distinta de la del maniático doctor Dippel reuniendo en las oscuridad un montón de fragmentos dispersos e inertes para tratar de construir con ellos un ser vivo” (p.286)

Esta narrativa postmoderna se relaciona directamente con la forma en la que fue creado el monstruo del Dr. Frankenstein, quien le dio vida a partir de un ensamblaje de trozos de cadáveres. Victor Frankenstein rebuscó en los rincones más incógnitos y prohibidos de su mundo, recogiendo a su paso cada fragmento que le pudiera ser de ayuda para la contrucción su obra.

El año pasado, en una entrevista para la agencia privada de noticias Europa Press, Ospina afirmó que “la decisión de escribir un libro no nace de una reflexión consciente sino que nace de una obsesión, de algo más oscuro que uno no se explica por qué lo hace sino que lo obedece”, esto es exactamente lo que ocurre con “El año del verano que nunca llegó” nace gracias a la insaciable obsesión que el autor desarrolla por la historia que se inicia en los salones de Villa Diodati una noche de 1816. Este mismo caso sucede con el personaje de Frankenstein quien realiza sus acciones en torno a la obsesión que tiene por encontrar a su creador, después de haber sido abandonado por el mismo.

La búsqueda obsesiva tiene un desenlace diferente en cada caso: por un lado, Ospina llega a la satisfacción con los resultados obtenidos al terminar su travesía, por el otro, el final al que llega Frankenstein está lleno de desdicha y arrepentimiento; a pesar de esto se genera una semejanza a nivel psicológico entre la novela de Ospina y el monstruo pues es esta obstinación el motor y la

base de ambas creaciones, sin ella no existiría ninguna de las dos historias.

De cualquier manera, es claro que existe una fuerte conexión entre la construcción de la novela “El año del verano que nunca llegó” y la formación de la criatura del doctor Frankenstein. Relación que se hace evidente no solo a nivel físico sino también a nivel psicológico, en especial, si nos centramos en el hecho de que ambas creaciones están ingeniosamente formadas con fragmentos de diferente procedencia. Además, esto pasa de ser una simple suposición a un hecho que se vuelve innegable pues hasta el mismo Ospina dijo una vez “Por todas partes iba encontrando pedazos del monstruo y mi aventura literaria se parecía a la de Frankenstein, armando con fragmentos un ser y tratando de darle vida en el lenguaje”.

Bibliografía

OSPINA, W. (2015) El año del verano que nunca llegó. Literatura Random House.

RAMALLE, E. (2007) Frankenstein, un espejo de la identidad humana. Revista Berceo.

SHELLEY, M. (1818) Frankenstein o el moderno Prometeo. Anaya.

VÁSQUEZ, F. (1993) “Las premisas de Frankenstein” 30 fragmentos para entender la postmodernidad. Revista Signo y pensamiento, edición 23.

“El ejercicio grupal de realizar las reseñas y especialmente los ensayos de forma compartida permitió la discusión de los elementos que conforman cada uno de estos textos. Esta discusión favoreció el refortalecimiento de conceptos previamente adquiridos pero que permanecían ambiguos.

La escritura colectiva tiene influencia en cada uno de los miembros del grupo y su manera de escribir, ya que con ella se aprende a mirar desde diferentes perspectivas una temática o problemática, permitiendo la amplificación o el aprendizaje de conceptos y a su vez, la formación de conocimientos. Además, permite desarrollar una escritura objetiva teniendo en cuenta el receptor o persona que va a leer el texto para que pueda comprender la lectura”

*Daniel Alejandro Sánchez
Composición II 2015*

“El año del verano que nunca llegó” como exponente de la posmodernidad en la literatura colombiana.

Daniel Alejandro Sánchez

Angie Alejandra

Kimberly Vaca Muñoz

En Colombia, la literatura antes de la década de los setenta estuvo caracterizada por una estructura lineal que se reconoce especialmente por tener una introducción, un nudo y un desenlace. El autor enfoca la visión del narrador utilizando la primera persona (testigo o protagonista) así como la tercera persona (omnisciente), presentando generalmente un final cerrado y sin ningún conflicto por resolver (Pizarro, 1970). Éste tipo de estructura narrativa no promueve la introspección y la interpretación subjetiva del lector. Sin embargo, luego de la globalización, con la entrada de los medios de comunicación y

las grandes editoriales españolas al país se empieza a romper con los dogmas tradicionales y comienza la creación de nuevos paradigmas y criterios de narrativa literaria que ahora permite “el goce, la estética, la interpretación individual y no la verdad impuesta.” (Pineda Botero, 2001). Puede hablarse entonces de estructuras no rígidas que dan relevancia al análisis literario libre que promueven una nueva manera de leer, centradas en el juego, el azar, el placer estético y especialmente, en la creatividad del lector.

En éste novedoso marco de posmodernidad literaria, en el que se elimina las relaciones habituales de los objetos con el mundo y se pone en evidencia la contradicción de las cosas para destruir la aparente cohesión narrativa (Pineda, 1995); encontramos la obra de William Ospina, “el año del verano que nunca llegó”, en la que el autor construye una realidad metafictional que frustra el proceso de lectura habitual y lineal, problematizando la estructura convencional y retando al lector a seguir esta nueva organización narrativa (Rodríguez, 1995).

¿Cómo se caracteriza entonces la novela de Ospina que rompe con la narrativa tradicional y que propone un reto al lector para la interpretación de la realidad que ahí se plasma?

Este libro se constituye en un excelente representante de la literatura posmoderna en Colombia, pues plantea una desestructuración narrativa en la que el autor une el pasado con el presente, lo real y lo irreal trasladando a sus lectores a diferentes partes del mundo, en diversos momentos de la historia. Así mismo, el uso de elementos de la autoconciencia narrativa y la metafiction literaria promueven la interacción mucho más consiente entre el lector y el texto, para que este pueda afrontar el reto que el autor le propone e interpretar la realidad que allí se plantea.

Por lo anteriormente mencionado, se hace necesario ahondar en los conceptos que distinguen la literatura tradicional de la posmoderna. Es importante recordar el carácter lineal de la estructura narrativa tradicional, en la que a pesar de percibirse una pluralidad de voces de diversos personajes (polifonía), éstas se encuentran unidas por un hilo narrativo claramente definido por el autor. A diferencia de la estructura posmoderna, el escritor tradicional pretende dar a conocer una historia de manera sencilla y comprensible, por esto su estructura simple y lineal resulta en un final cerrado. Debido a esto, el lector tradicional asume una posición pasiva de los sucesos narrados, no posee libertad para cruzar los límites precisos que le presenta el autor y se convierte en un simple receptor.

Ahora bien, este tipo de estructura lineal no permite la introspección pues no problematiza el texto y no incita al lector a realizar inferencias, especulaciones y a tener una relación consciente con el relato. En contraste con este tipo de estructura, la novela posmoderna renuncia a su construcción como unidad estricta de acción y configura la coherencia de su conjunto por medios más sutiles: por la técnica de la polifonía (las historias paralelas no son relatadas sucesivamente, sino que son entremezcladas, Kundera 1987).

Cómo elemento de la posmodernidad narrativa, la polifonía se ve reflejada en la obra de William Ospina cuando, a través de toda su novela, el escritor introduce una pluralidad de voces sin relación aparente, pero que constituyen las bases fundamentales de la realidad ficcional que nos propone. Esta realidad ficcional pensada por Ospina, representa un intento por romper el 'hacer-saber' para dar paso a un 'hacer-hacer' y 'hacer-ser', en el que el escritor ya no informa sino que crea una realidad 'ficticia' en la que reconstruye la personalidad de los protagonistas, imagina diálogos y sentimientos que conforman el fundamento distintivo de sus tesis: Evidenciar de la manera más íntima posible, el origen de los mitos modernos de Frankenstein y El Vampiro.

De esta manera, el autor ya no sólo comunica las complejidades de la acción y las experiencias humanas, también la inmensa potencialidad de las fuerzas creativas, la posibilidad de todo

ser humano de construir su propia ficción de la realidad, de fabricar su propio mundo (Rodríguez, 1995). Así, cuando Ospina a través de sus facultades narrativas, realiza una reflexión sobre las inquietudes, temores, obsesiones, insatisfacciones, traumas y dificultades que enfrentan sus protagonistas y él mismo, se revela en su novela una estructura en la que intervienen diversas personalidades y diálogos ficticios que llevan al lector a la reflexión de la conciencia de los personajes y del mismo escritor.

Esta última característica hace referencia al concepto de autoconciencia narrativa, en la que la voz interior del autor, entabla un diálogo con el mundo exterior para entenderlo y representa la mimesis de la conciencia del narrador y el estímulo de la conciencia del lector (Pineda Botero, 2006). La reflexión sobre sí mismo, sobre las razones de sus acciones y sobre la identidad de sus personajes, de la historia afectiva de los mismos y del mundo que los rodea, permite la expresión de sentimientos, pensamientos y acciones del narrador en sus personajes.

Al hacer uso de características posmodernas de la literatura, Ospina construye una novela que plantea interrogantes y que no presenta un final cerrado: La combinación de su vida personal con la de los personajes de su libro, y la reflexión sobre sus actos y decisiones, le permite la construcción de diálogos y personalidades que fundamentan su realidad ficcional. A través de los viajes que realiza, los libros que lee, o los lugares que visita, el autor nos presenta un escenario completo de los detalles que rodearon la leyenda de Villa Diodati. La autoconciencia entonces, es la característica que adquiere el autor al pensarse como parte de su libro, a la introspección que realiza sobre su obsesión con los acontecimientos que dieron origen a los mitos modernos de El Vampiro y Frankenstein.

El trasfondo histórico de los personajes, sus antecedentes familiares y sus relaciones personales justifican y le dan validez a la trama planteada por Ospina en su libro. Explotando esta característica polifónica, el autor centra su interés no solo en un personaje, sino que da protagonismo a cada sujeto que acoge

en su libro y presenta una combinación de vidas, historias y experiencias. Por esta razón, aparecen de manera fugaz por las páginas de ‘El año del verano que nunca llegó’, personajes como Galileo, Milton, Dante Gabriel Rossetti, Henry James, Borges, Conan Doyle y otros tantos. Cada uno de ellos da una puntada en ese curioso tejido que parece abolir el azar.

De manera desordenada y casi caprichosa, Ospina caracteriza su relato con elementos ‘novedosos’ que representan un aporte significativo al enriquecimiento de la literatura colombiana. El autor mezcla los tiempos en que se desarrolla la historia y crea una pluralidad de voces e historias que se entrelazan sutilmente: “El ensayo irónico, el fragmento autobiográfico, el hecho histórico y la fantasía libre, se combinan en un todo como las voces de la música.”

El carácter constante de deconstrucción que se encuentra en la novela, así como la invención de diálogos y la indagación detectivesca de su autor, permiten definir ‘El año del verano que nunca llegó’ como una obra posmoderna. Ospina permite explorar toda una realidad ficticia en la que trasporta a sus lectores a diferentes escenarios, en tiempos que se superponen entre sí, y por medio de una pluralidad de voces y personajes que de manera brillante, el escritor introduce en todo su texto.

Finalmente, refiriéndose a la situación que narra, podríamos decir que para Ospina escribir es, dar un sentido al mundo, un orden al azar. Tal y como plantea en “el año del verano que nunca llegó”: “Hasta el caos tiene un orden” y su obra no es ajena a esta afirmación.

Bibliografía

BAQUERO, GOYANES MARIANO. (1970). Capítulo I 'El concepto estructura' tomado de 'Estructuras de la novela actual'. (pp 13-21). Barcelona: Editorial Planeta SA.

BAQUERO, GOYANES MARIANO. (1970). 'Estructuras de la novela actual' (pp 103-244) Barcelona: Editorial Planeta SA.

PIZARRO, NARCISO.(1970). Análisis estructural de la novela. (). Madrid: SigloXXI de España editores, S.A.

PINEDA BOTERO, ÁLVARO. (2006) La esfera inconclusa: novela colombiana en el ámbito global, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia

PINEDA BOTERO, ÁLVARO. (1995) El reto de la crítica: Teoría y canon literario, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S.A.

KUNDERA, MILAN. (1987) El Arte de la Novela. Barcelona: Tusquets Editores, S.A.

RODRIGUEZ, JAIME ALEJANDRO. (1995) Autoconciencia y Posmodernidad: Metaficción en la novela colombiana. Editorial Editores, Bogotá, Colombia.

Escribir es
dibujar la silueta
= vibrante o difusa
DE UNA EXISTENCIA

